

Fruto prohibido

James Hadley
Chase



Selecciones del Séptimo Círculo

Lectulandia

Ed Dawson lleva una apacible existencia en Roma como corresponsal de un periódico neoyorquino propiedad del magnate Sherwin Chalmers. Pero su vida dará un giro radical el día que su jefe le pide que se ocupe de su hija Helen, estudiante de arquitectura, que va a viajar a la capital italiana.

Al principio Dawson cree que no tendrá que hacer frente a grandes preocupaciones en su papel de niñera, porque la chica parece muy capaz de cuidar de sí misma. Pero las cosas no son lo que parecen, se descubre un cadáver y Dawson no tardará en verse envuelto en una turbia historia en la que acabará siendo objetivo de la mafia y sospechoso de asesinato.

James Hadley Chase, maestro del thriller clásico, nos presenta una narración trepidante con mujeres fatales, tráfico de drogas, falsas apariencias, mentiras y un protagonista, acosado por el crimen organizado y la policía, que debe descubrir al verdadero asesino para demostrar su inocencia.

Lectulandia

James Hadley Chase

Fruto prohibido

ePub r1.4

GONZALEZ 02.06.14

Título original: *You Find Him, I'll Fix Him*
James Hadley Chase, 1956
Traducción: Mary Williams
Selecciones del Séptimo Círculo nº 1
Colección creada por Jorge Luis Borges y Adolfo Bioy Casares
Dirigida por Carlos V. Frías
Retoque de cubierta: orhi

Editor digital: GONZALEZ
Corrección de erratas: Akhenaton & sorprenent
ePub base r1.1

más libros en lectulandia.com

PRIMERA PARTE

En una calurosa tarde de julio dormitaba en mi oficina, sin que eso resultara perjudicial para nadie y sin tener nada importante que hacer, cuando la campanilla del teléfono me despertó con sobresalto.

Tomé el receptor.

—¿Sí, Gina?

—Mr. Sherwin Chalmers está en el teléfono —dijo Gina casi sin aliento.

Yo también quedé sin aliento.

—¿Chalmers? ¡Por amor de Dios! ¿Está aquí en Roma?

—Habla desde Nueva York.

Me tranquilicé un poco pero no del todo.

—Bien, comunícame —dije sentándome derecho, no más tranquilo de lo que estaría una solterona si hubiera encontrado un hombre debajo de su cama.

Durante cuatro años yo había estado a cargo de la oficina del *New York Western Telegram*, en Roma, y este era mi primer contacto con Chalmers, propietario del periódico.

Chalmers era un multimillonario, un dictador en su propio terreno particular y un brillante periodista. Que Sherwin Chalmers me llamara por teléfono era algo así como si el presidente me invitara a tomar el té en la Casa Blanca.

Acerqué el receptor a mi oído y esperé. Se oyeron los «clics», y «pops» de siempre, y luego la fría voz de una mujer que decía:

—¿Es Mr. Dawson?

Respondí que sí.

—Mr. Chalmers va a hablar. ¿Quiere esperar un minuto por favor?

Respondí que esperaba y me pregunté cómo habría reaccionado la mujer si le hubiera dicho que no.

Hubieron más «clics» y «pops», y luego una voz que sonaba como un martillo castigando un yunque:

—¿Dawson?

—Sí, Mr. Chalmers.

Hubo una pausa e intenté imaginar cual sería el desastre que se avecinaba. Tenía que ser un desastre. No podía creer que el gran hombre llamara a menos que algo lo hubiera disgustado.

Lo que siguió me sorprendió.

—Escuche, Dawson. Mi hija llegará a Roma mañana en el avión de las once y cincuenta. Quiero que vaya a esperarla y la lleve al Excelsior Hotel. Mi secretaria ya ha reservado una habitación para ella. ¿No tiene inconveniente?

No sabía que tuviera una hija. Sabía que se había casado cuatro veces, pero la hija

era algo nuevo para mí.

—Va a estudiar en la universidad —continuó dejando salir las palabras de su boca como si estuviera cansado del tema y quisiera terminar de una vez—. Si necesita algo le he dicho que recurra a usted. No quiero que le dé dinero. Eso es importante. Yo le envío sesenta dólares semanales, y es bastante para una jovencita. Tiene que estudiar, y si estudia como yo quiero, no necesitará mucho dinero. Pero me gustaría saber que hay alguien a mano en caso de necesidad o de enfermedad.

—¿Entonces, ella no conoce a nadie aquí? —pregunté, pues no me gustaba mucho como pintaba el asunto. No me consideraba muy calificado como niñera.

—Le he dado algunas cartas de presentación, y estará en la universidad, de manera que conocerá gente —respondió Chalmers. Advertí el tono de impaciencia en su voz.

—Muy bien, Mr. Chalmers. Iré a recibirla y si necesita algo me encargaré de ello.

—Eso es lo que quiero. —Hubo una pausa y continuó—. ¿Andan bien las cosas por ahí? —No parecía demasiado interesado.

Le dije que andaban un poco flojas.

Hubo otra pausa larga, y podía oírlo respirar pesadamente. Tuve la visión de un hombre bajo y grueso con una mandíbula como la de Mussolini, ojos como las puntas de un punzón para hielo y la boca como una trampa para osos.

—Hammerstock me habló de usted la semana pasada —dijo abruptamente—. Opina que debería traerlo aquí.

Aspiré con lentitud. Había estado deseando oír eso durante los últimos diez meses.

—Bien, me gustaría mucho si eso fuera posible.

—Lo pensaré.

El «clic» en mi oído me dijo que había colgado. Puse el auricular en su lugar, empujé la silla para atrás a fin de tener espacio para respirar y fijé la mirada en la pared de enfrente mientras pensaba qué hermoso sería volver a mi país después de haber pasado cuatro años en Italia. No era que me disgustara Roma, pero sabía que mientras estuviera aquí no me aumentarían el salario ni tendría oportunidad de lograr una promoción. Si habría de llegar a alguna parte sólo sería en Nueva York.

Después de algunos minutos de cavilación que no me conducirían a nada, me dirigí a la oficina de Gina.

Gina Valetti, morena, bonita, alegre, de veintitrés años había sido mi secretaria y *factotum* general desde que me hice cargo de la oficina en Roma. Siempre me había sorprendido que una muchacha con su belleza y sus formas pudiera ser tan lista.

Dejó de escribir a máquina y me miró inquisitiva. Le referí lo de la hija de Chalmers.

—Suena terrible, ¿verdad? —dije sentándome en el borde de su escritorio— una

estudiante robusta y gorda que además necesita mi consejo y atención. ¡Vaya, las cosas que tengo que hacer por el *Western Telegram*!

—Podría ser hermosa —respondió Gina con voz fría—. Muchas muchachas norteamericanas son hermosas y atractivas. Podrías enamorarte de ella. Si te casaras con ella te encontrarías en una posición muy cómoda.

—No piensas más que en el casamiento. Todas ustedes, las muchachas italianas, son lo mismo. No conoces a Chalmers; yo sí. Siendo hija suya no puede ser hermosa. Además yo no le interesaría como yerno. Tendrá proyectado para su hija algo mucho mejor que yo.

Me miró largamente por debajo de sus arqueadas y negras pestañas; luego se encogió de hombros.

—Espera a verla.

Gina se había equivocado, pero yo también. Helen Chalmers no era hermosa pero tampoco era gorda. Me pareció completamente negativa. Era rubia, y llevaba anteojos de carey, ropa holgada y zapatos de tacos bajos. Su pelo estaba peinado hacia atrás dejando libre la cara. Parecía tan apagada como sólo puede serlo una colegiala muy responsable.

La recogí en el aeropuerto y la llevé al Excelsior Hotel. Pronuncié las palabras amables habituales que se le dicen a una extraña, y ella respondió con igual cortesía. Cuando llegamos al hotel estaba tan aburrido de ella que no veía el momento de dejarla. Le dije que me llamara a la oficina si necesitaba algo, le di mi número de teléfono y me despedí. Estaba seguro que no me llamaría. Tenía un atisbo de eficiencia en su continente que me convenció de que podría manejar cualquier situación que pudiera surgir sin mi ayuda ni consejo.

Gina envió flores al hotel en mi nombre. También había telegrafiado a Chalmers diciendo que la muchacha había llegado bien.

No podía hacer mucho más, así es que como aparecieron un par de buenas historias, aparté a Miss Chalmers de mi mente y la olvidé.

Como diez días más tarde, Gina sugirió que llamara a la muchacha para preguntarle cómo estaba. Lo hice, pero en el hotel me informaron que se había marchado hacía seis días, y que no tenía dirección.

Gina sugirió que lo averiguase para el caso de que Chalmers quisiera saberlo.

—Bien, encárgate tú —respondí— yo estoy ocupado.

Gina obtuvo la información de la comisaría central. Parecía que Miss Chalmers había alquilado un departamento de tres habitaciones amueblado en la Via Cavour. Gina consiguió el teléfono y yo la llamé.

Cuando acudió al teléfono pareció sorprendida, y tuve que repetirle dos veces mi nombre antes de que me reconociera. Tuve la impresión de que ella me había olvidado tan completamente como yo a ella, y, cosa bastante extraña, eso me irritó.

Me dijo que no necesitaba nada, que le iba muy bien y, gracias. Había un cierto tono de impaciencia en su voz que sugería que le molestaba que le hiciera preguntas, y también tenía ese algo de cortesía que las hijas de los hombres muy ricos utilizaban cuando hablan con los empleados de su padre, todo lo cual me enfureció.

Le corté de prisa la conversación, recordándole otra vez que si en algo podía serle útil estaba a su disposición, y colgué.

Gina que por mi expresión calculó lo que había sucedido dijo con tacto:

—Después de todo, es la hija de un millonario.

—Ya lo sé. De ahora en adelante puede cuidarse sola. Prácticamente me despidió.

Lo dejamos así.

No supe nada de ella durante las cuatro semanas siguientes. Tenía mucho que hacer en la oficina pues iba a tomar mis vacaciones dentro de dos meses, y quería que todo estuviera «al pelo» para cuando llegara Jack Maxwell de Nueva York. Maxwell venía a reemplazarme durante mi ausencia.

Había proyectado pasar una semana en Venecia, y luego dirigirme al sur para pasar otras tres semanas en Ischia. Estas eran mis primeras vacaciones largas en cuatro años y las esperaba ansiosamente. Proyectaba viajar solo. Me gusta gozar de un poco de soledad y también me gusta poder cambiar de idea con respecto al lugar y al tiempo de permanencia, y si tuviera compañía no tendría esa libertad de acción.

Cuatro semanas y dos días después de haber hablado con Helen Chalmers por teléfono, recibí la visita de Giuseppe Frenzi, un buen amigo mío que trabajaba en *L'Italia del Popolo*. Me pidió que lo acompañara a una reunión que el productor de cine, Guido Luccino, ofrecía en honor de alguna estrella cinematográfica que había producido un impacto en el festival de Venecia.

Me gustan las reuniones italianas. Son agradables y divertidas y la comida siempre es fascinante. Le dije que pasaría a buscarlo a eso de las ocho.

Luccino tenía un departamento grande cerca de Porta Pinciana. Cuando llegamos, la playa para automóviles estaba llena de Cadillacs, Rolls-Royces y Bugattis que hacían que mi Buick 1964 pareciera insignificante cuando lo estacioné en el último espacio libre.

Fue una hermosa reunión; conocía a la mayor parte de la gente. Cincuenta por ciento de ellos eran norteamericanos, y Luccino, que agasajaba a los norteamericanos, hacía circular las bebidas con liberalidad. A eso de las diez de la noche, y luego de unos cuantos whiskies puros, salí al patio a admirar la luna y a refrescarme.

En el patio había una muchacha vestida de blanco; estaba sola. Su espalda y hombros desnudos parecían de porcelana a la luz de la luna. Apoyaba las manos en la balastrada, con la cabeza inclinada hacia atrás mientras observaba el cielo. La luna hacía que su pelo rubio pareciera espuma de vidrio. Caminé hacia ella y me detuve a

su lado. Yo también me puse a contemplar el firmamento.

—Muy agradable comparado con la jungla de allí adentro —dije.

—Sí.

No se volvió para mirarme. Yo la espí a hurtadillas.

Era hermosa, sus facciones eran pequeñas, los labios rojos, brillantes; la luna chispeaba en sus ojos.

—Pensé que conocía a todo el mundo en Roma —dije—. ¿Cómo es que no la conozco a usted?

Volvió la cabeza y me miró. Luego sonrió.

—Debería conocerme Mr. Dawson. ¿He cambiado tanto que no me reconoce?

La miré detenidamente, y de pronto sentí el latido del pulso y una presión en el pecho.

—No la reconozco —dije, pensando que era la mujer más hermosa que hubiera visto en Roma, joven y deseable.

Rio.

—¿Está seguro? Soy Helen Chalmers.

Mi primera reacción cuando supe quién era fue decirle que había cambiado mucho, lo sorprendido que estaba de encontrarla tan hermosa, cosas por el estilo, pero después de haber mirado sus ojos iluminados por la luna pensé otra cosa. Sabía que sería un error decir lo que era obvio.

Pasé media hora con ella en el patio. Este encuentro inesperado me desequilibró. Tenía plena conciencia de que era la hija de mi patrón. Ella también estaba expectante pero no parecía contrariada. Mantuvimos la conversación en un plano impersonal. Hablamos de la reunión, de quién era quién, de que la orquesta era buena y la noche hermosa.

Me sentía atraído por ella como la aguja por el imán. No podía apartar los ojos de la muchacha. No podía creer que esta hermosa criatura era la misma que había ido a recibir al aeropuerto; no parecía posible.

De pronto, en medio de la conversación formal que estábamos manteniendo, me preguntó.

—¿Tiene el coche aquí?

—Sí, está estacionado abajo.

—¿Quiere llevarme a casa?

—¿Ahora? —Me sentía decepcionado—. La reunión se animará dentro de un momento. ¿No quiere que bailemos?

Ella se quedó mirándome. Sus ojos azules indagaban en forma desconcertante.

—Lo lamento. No fue mi intención sacarlo de aquí. No se preocupe; puedo tomar un taxi.

—No me está sacando de ninguna parte. Si realmente quiere marcharse tendré mucho gusto en llevarla a su casa. Pensé que lo estaba pasando bien.

Levantó los hombros y sonrió.

—¿Dónde está su coche?

—Es el último, un Buick negro.

—Entonces me encontraré con usted en el automóvil.

Se alejó, y cuando intenté acompañarla, levantó la mano haciendo un gesto inequívoco. Me decía que no debían vernos juntos.

La dejé adelantarse mientras encendí un cigarrillo. Esto de pronto se había convertido en una conspiración. Advertí que me temblaban las manos. Le dí unos minutos, y volví al hall que estaba lleno de gente, busqué a Luccino, pero no lo encontré y decidí posponer mi agradecimiento para la mañana siguiente.

Salí del apartamento, bajé las escaleras y caminé hacia donde estaba estacionado el coche.

La encontré sentada en el Buick. Me ubiqué a su lado.

—Al salir de Via Cavour, queda mi casa.

Enfilé por Via Vittorio Veneto. A esa hora el pesado tránsito usual había disminuido un poco, y sólo me llevó diez minutos llegar a la calle donde ella vivía. Durante el viaje ninguno de los dos pronunció una palabra.

—Por favor, pare aquí —me dijo.

Lo hice y bajé del coche. Di la vuelta y abrí la portezuela de su lado. Descendió y miró de un extremo a otro la desierta calle.

—¿Quiere subir? Estoy segura que tenemos muchas cosas de que hablar.

Volví a recordar que era la hija de mi patrón.

—Me gustaría, pero tal vez sea mejor que no lo haga. Se está haciendo tarde. No quiero molestar a nadie.

—No lo hará.

Comenzó a caminar por la calle, de manera que apagué las luces del coche y la seguí.

Explico esto en detalle porque no quiero dar una impresión equivocada de mis primeras relaciones con Helen. Será difícil creer, pero si hubiera sabido que no había nadie en su departamento (ni amiga, ni personal de servicio, ni nadie), nada en el mundo me hubiera hecho entrar. No lo sabía. Pensé que por lo menos habría una criada.

De cualquier manera me sentía incómodo entrando en su departamento a esa hora de la noche. Me preguntaba que diría Sherwin Chalmers si alguien le dijera que me había visto en el departamento de su queridísima hija a las once menos cuarto de la noche.

Mi futuro y todo lo que ello significaba para mí estaba en manos de Chalmers. Una palabra suya y quedaría despedido de la actividad periodística para siempre. Andar haciendo tonterías con su hija podía ser tan peligroso como hacerlo con una víbora de cascabel.

Pensando en esto más tarde, comprendí que Helen tampoco quería correr ningún riesgo. Había evitado que la acompañara desde el departamento de Luccino, y se ocupó de que detuviera el coche a doscientos metros de la entrada de su casa, de manera que si alguno de mis amigos viera mi coche no pudiera sumar dos más dos.

Caminamos hasta el ascensor automático, sin encontrar a nadie en el vestíbulo. Entramos al departamento sin que nadie nos viera.

Cuando cerró la puerta y me llevó a un hall grande y agradable, suavemente iluminado y adornado con flores, tuve de pronto la impresión de que éramos los dos únicas personas en el departamento.

Dejó caer su abrigo en una silla y se dirigió a un bar muy elegante.

—¿Whisky o gin?

—No está sola en el departamento, ¿verdad?

Se volvió y me miró con fijeza. A la luz tenue, se la veía magnífica.

—Sí, ¿por qué? ¿Es eso un crimen?

Sentí que se me humedecían las palmas de las manos.

—No puedo quedarme aquí. Usted debería saberlo.

Continuó mirándome con las cejas levantadas.

—¿Tiene tanto miedo de mi padre?

—No se trata de tenerle miedo a su padre —respondí furioso de que con tanta crudeza hubiera puesto el dedo en la llaga—. No puedo permanecer aquí solo con usted, y usted debería saberlo.

—¡Oh, no sea tonto! —respondió con impaciencia—. ¿No puede actuar como una persona adulta? ¿Porque si una mujer y un hombre están solos en un departamento es necesario que no se conduzcan bien?

—Ese no es el caso. Se trata de lo que la otra gente pueda pensar.

—¿Qué otra gente?

En eso tenía razón. Sabía que nadie nos había visto entrar al departamento.

—Me pueden ver al salir. Además, lo que me molesta es el concepto...

De pronto se echó a reír.

—¡Oh, por amor de Dios! Deje de actuar como un victoriano y siéntese.

Ya debía haber tomado mi sombrero y mandado mudar. Si hubiera hecho eso me hubiera evitado muchos problemas, y al decir esto me quedo corto. Pero tengo en mi carácter una veta atolondrada, irresponsable, que algunas veces sumerge mi buen juicio habitual, y eso fue lo que sucedió en aquel momento.

De manera que me senté y tomé un whisky fuerte con hielo partido que ella me había dado y la observé mientras se preparaba un gin con agua tónica.

Ya hacía cuatro años que estaba en Roma y no había llevado una vida de célibe, precisamente. Las mujeres italianas son hermosas y excitantes. Había pasado muy buenos momentos con ellas, pero mientras estaba sentado allí, mirando a Helen con su traje blanco, sabía que éste podría ser el momento más hermoso de todos; esta muchacha tenía algo especial, algo que quitaba el aliento y además me perturbaba.

Se dirigió a la chimenea y se reclinó en la repisa mientras me miraba medio sonriente.

Como sabía que este era un juego peligroso y que no necesitaría de mucho estímulo para meterme de cabeza en toda clase de dificultades, le dije:

—Bien, y ¿cómo le va en la Universidad?

—Oh, eso no era más que una patraña —respondió con indiferencia— tuve que inventar algo para decirle a mi padre; de lo contrario no me hubiera dejado venir sola.

—¿Quiere decir que no va a la Universidad?

—Por supuesto que no.

—¿Pero no teme que su padre se entere?

—No, está demasiado atareado para preocuparse por mí. —Descubrí la amargura en el tono de su voz— en verdad sólo se interesaba en su persona y en su última adquisición femenina. Yo le molestaba, de manera que le dije que quería estudiar arquitectura en la Universidad de Roma. Como Roma está muy lejos de Nueva York, y una vez aquí, yo no podía entrar de pronto en su habitación y sorprenderlo tratando de convencer a alguna pequeña buscadora de oro de que es un hombre mucho más joven de lo que parece, inmediatamente accedió a enviarme a Roma.

—¿De manera que los anteojos de carey, los zapatos de taco bajo y el pelo tirante peinado hacia atrás también fueron parte del engaño? —pregunté, comprendiendo que al confiármelo ella me hacía cómplice, y si Chalmers lo descubría, el golpe podría caer en mi cuello tanto como en el de Helen.

—Por supuesto. Cuando estoy en casa siempre me visto de aquel modo. Convencí a mi padre de que soy una sesuda estudiante. Si me viera como estoy ahora, tomaría una respetable señora mayor para que me sirviera de dama de compañía.

—Tiene usted bastante sangre fría con respecto a esto, ¿no es cierto?

—¿Por qué no? —Se alejó y dejó caer en un sillón—. Mi madre murió cuando yo tenía diez años. Mi padre ha tenido otras tres esposas. Dos de ellas tenían sólo dos años más de lo que yo tengo ahora, y la otra era menor. Fui tan bien acogida por todas ellas como una epidemia de polio. Me gusta depender de mí. Me divierto mucho.

Al mirarla no me costaba creer que se divertía mucho, probablemente más de lo conveniente.

—No es más que una niña, y esto no es un modo de vida para usted.

Ella rio.

—Tengo veinticuatro años y no soy una niña, y esta es la forma en que quiero vivir.

—¿Por qué me dice todo esto? ¿Qué le hace pensar que no le enviaré un cable urgente a su padre diciéndole lo que pasa?

Ella meneó la cabeza.

—No hará eso. He hablado con Giuseppe Frenzi con respecto a usted. Me dio muy buenas referencias. No le hubiera traído aquí si no hubiese estado segura de usted.

—Exactamente, ¿para qué me hizo venir?

Me miró. La expresión de sus ojos de pronto me dejó sin aliento. No había manera de equivocarse esa expresión, me estaba invitando a que le hiciera el amor.

—Me gustas —dijo—. Los hombres italianos pueden llegar a cansar mucho. Son tan intensos y tan directos. Le pedí a Giuseppe que te llevara a la fiesta. Y aquí estamos.

No imaginen que no me sentí tentado. Sabía que lo único que tenía que hacer era tomarla en mis brazos y no habría la menor oposición. Pero todo era demasiado

descarado; demasiado a sangre fría y esta actitud de ella me chocó. También estaba el asunto de mi empleo. Tenía más interés en conservarlo que en hacer tonterías con ella. Me puse de pie.

—Comprendo. Bien, se está haciendo tarde. Tengo que hacer antes de ir a casa. Me marcharé.

Me miró, la boca se le endureció.

—Pero no puedes irte ahora. Acabas de entrar.

—Lo lamento. Tengo que marcharme.

—¿Es decir que no quieres quedarte?

—No se trata de lo que quiero hacer, sino de lo que voy a hacer.

Levantó los brazos y corrió los dedos por su pelo. Ese es quizás el gesto más provocativo que puede hacer una mujer. Si tiene las formas adecuadas, no hay movimiento más insinuante que el levantar los brazos y mirar a un hombre como ella me estaba mirando. Casi cedí, casi, pero no del todo.

—Quiero que te quedes.

Negué con la cabeza.

—En verdad, tengo que marcharme.

Me estudió durante un momento largo, sus ojos sin expresión. Luego se encogió de hombros, bajó los brazos y se puso de pie.

—Bien, si eso es lo que deseas. —Cruzó hasta la puerta, la abrió, y se dirigió al hall. La seguí y tomé mi sombrero que había dejado sobre una silla. Ella abrió la puerta, miró el corredor y se hizo a un lado.

No tenía deseos de marcharme. Tuve que violentarme para salir al corredor.

—Tal vez quieras comer conmigo alguna noche o ir al cinematógrafo —le dije.

—Sería muy agradable —respondió con cortesía—. Buenas noches. —Sonrió en forma distante y cerró la puerta en mi cara.

Por supuesto que las cosas no quedaron así. ¡Cuánto mejor hubiera sido! Pero una relación entre un hombre como yo y una muchacha como Helen tarde o temprano tendría que complicarse.

Traté de apartarla de mi mente, pero sin resultado. Continuaba viendo la expresión de sus ojos cuando la dejé y eso me perturbaba. Sabía que estaba buscándome problemas, y sin embargo, ahí estaba la fascinación de ella que hacía que cualquier problema careciera de importancia. En los momentos de mayor cordura me decía que para mí Helen era un verdadero veneno, pero cuando me abandonaba la sensatez me repetía... y, ¿qué importa?

Durante los cinco o seis días siguientes pensaba constantemente en Helen. No le dije a Gina que había encontrado a Helen en la reunión, pero Gina tiene una sorprendente habilidad para saber qué es lo que estoy pensando, y la sorprendí varias veces mirándome con una expresión intrigada e inquisidora.

Al cabo del sexto día no sabía lo que hacía. Me resultaba imposible concentrarme en el trabajo; sólo podía pensar en esa rubia y adorable criatura. Decidí terminar con este estado de tensión y llamarla por teléfono al llegar a mi departamento.

Nadie contestó. La llamé tres veces durante la tarde; en el cuarto intento, a eso de las dos de la mañana, oí que alguien levantaba el receptor y una voz que decía:

—¿...?

—¿Hola...?

—Soy Ed Dawson...

—¿Quién?

Me sonreí. Su pregunta era excesivamente obvia, y me indicaba que ella estaba tan interesada en mí como yo en ella.

—Permíteme refrescarte la memoria. Soy la persona que está a cargo de la oficina del *Western Telegram* en Roma.

Ella rio.

—Hola Ed.

Así estaba mejor.

—Me siento solo —dije—. ¿Hay alguna posibilidad de que salgas conmigo mañana a la noche? Pensé que si no tienes nada mejor que hacer, podríamos comer en «Alfredo».

—¿Quieres esperar un momento? Tengo que fijarme en la agenda.

Esperé; sabía que se estaba desquitando, pero no me importaba.

Al cabo de dos minutos reapareció en el teléfono.

—Mañana a la noche no puedo. Tengo un compromiso.

Debería haberle dicho que sentía mucho que así fuera y colgar el receptor, pero

estaba demasiado perturbado para hacer eso.

—Entonces... ¿cuándo podríamos vernos?

—El viernes.

Sería dentro de tres días.

—Muy bien, lo dejamos para el viernes.

—Preferiría no ir a lo de «Alfredo». ¿No hay algún lugar más tranquilo?

Su pregunta me hizo reaccionar. Si bien yo no había pensado en el peligro de que nos viesan juntos, ella lo había hecho.

—Sí. Tienes razón. ¿Qué te parece ese pequeño restaurante frente a la fuente de Trevi?

—Me gusta mucho más. Será encantador.

—Te esperaré allí. ¿A qué hora?

—A las ocho y media.

—Muy bien. Hasta entonces.

La vida no tuvo mayor interés para mí hasta el viernes a la noche. Sabía que Gina estaba preocupada por mi actitud. Por primera vez en cuatro años la traté con mal humor. No lograba concentrarme ni encontrar el menor entusiasmo en el trabajo que estaba haciendo. Helen estaba constantemente presente en mi recuerdo.

Comimos en el pequeño restaurante. La comida no era mala, pero no podría decir que recuerde lo que ordené. Me resultaba difícil mantener una conversación. Todo lo que quería hacer era mirarla. Helen estaba fría, distante, pero al mismo tiempo provocativa. Si me hubiese invitado a su departamento habría ido, y... al diablo con Sherwin Chalmers, pero no lo hizo. Me dijo que tomaría un taxi para volver a su casa. Cuando le sugerí que la acompañaría, me despidió con un precioso gesto. Me quedé parado fuera del restaurante, hasta que el taxi, deslizándose por la angosta calle, se perdió de vista. Entonces me dirigí a casa caminando; mi mente era un hervidero. El encuentro no me había servido de nada; en realidad, había empeorado la situación.

Tres días después volví a llamarla.

—Estoy muy ocupada —me respondió, cuando la invité para ver una película— no creo que pueda ir.

—Tenía la esperanza de que pudieras salir conmigo. Dentro de un par de semanas tomo mis vacaciones y no te veré durante un mes.

—¿Vas a estar afuera un mes?

—Sí. Me voy a Venecia y luego a Ischia. Proyecto permanecer allí tres semanas.

—¿Con quién te vas?

—Solo. Pero eso no importa. ¿Qué me dices?, ¿quieres venir al cine?

—Bien, podría ser que pudiera arreglarlo, pero no te lo aseguro. Te llamaré. Ahora tengo que cortar porque están llamando a la puerta. —Colgó.

No me llamó hasta después de cinco días. En el momento en que yo estaba por

telefonar a su casa, sonó el teléfono. Era ella.

—He querido comunicarme contigo —me dijo en cuanto contesté—. Pero no he tenido ni un minuto libre hasta ahora. ¿Qué estás haciendo?

Eran las veinticuatro. Me estaba desvistiendo para meterme en cama.

—¿Ahora mismo?

—Sí.

—Nada, me iba a acostar.

—¿Por qué no vienes a casa? No dejes el automóvil cerca.

No dudé un momento.

—Por supuesto. Estaré allí en seguida.

Entré a su departamento como si fuera un ladrón, tomando todas las precauciones para que nadie me viera. La puerta principal estaba entreabierta, y todo lo que tuve que hacer fue cruzar el corredor hasta llegar al ascensor que me llevaría a su puerta.

La encontré en la sala, seleccionando discos de una pila de *long plays*. Una envoltura de seda blanca envolvía su cuerpo, y sus cabellos rubios caían hasta sus hombros. Estaba muy bonita, y lo sabía.

—¿Encontraste la forma de llegar hasta aquí? —me preguntó sonriendo y dejando los discos a un lado.

—No fue muy difícil. —Cerré la puerta—. Tú sabes que no deberíamos hacer esto: es el camino que nos llevará a serios problemas.

Helen se encogió de hombros.

—No tienes que quedarte.

Me acerqué a ella.

—No tengo intenciones de quedarme. ¿Por qué me llamaste?

—¡Por Dios, Ed! —exclamó con impaciencia— ¿no puedes dejar de estar tenso, siquiera un momento?

Ahora que estaba a solas con ella, mi cautela se agudizó. Una cosa era imaginarme solo con ella, y otra muy distinta estarlo, sabiendo las consecuencias que eso tendría para mi ascenso en el diario, en caso de ser descubierto. Ahora lamentaba haber venido.

—Puedo —respondí—. Pero tengo que pensar en mi trabajo. Si tu padre descubriera que ando en enredos contigo, estoy perdido. Lo digo en serio. Se encargaría de que no trabajara en ningún otro diario durante el resto de mis días.

—¿Qué enredo? —me preguntó, abriendo mucho sus ojos y pareciendo sorprendida.

—Tú sabes lo que quiero decir.

—Pero mi padre no se enterará. ¿Por qué habría de saberlo?

—Podría enterarse si alguien me viera entrar o salir de aquí y se lo dijese.

—Entonces tienes que cuidar de no ser visto. No creo que sea tan difícil.

—Mi trabajo significa todo para mí, Helen. Es mi vida.

—No eres precisamente una persona romántica, ¿verdad? —dijo riéndose—. Mis italianos no piensan en sus trabajos, piensan en mí.

—No estoy hablando de tus italianos.

—¡Oh, Ed! Siéntate, por favor y cálmate. Ahora estás aquí. ¿Entonces por qué tratas de complicar las cosas?

Me senté, pensando que había sido una locura venir.

Helen se acercó al bar.

—¿Quieres un scotch o un rye?

—Un scotch.

La observaba preguntándome para qué me habría invitado a esas horas de la noche. No advertía ninguna actitud provocativa.

—Oh, Ed. Antes de que lo olvide, ¿podrías fijarte en esta cámara cinematográfica? La compré ayer, y el resorte no funciona. ¿Entiendes algo de esto?

Señaló una silla de la que colgaba un lujoso estuche de cuero. Me levanté, abrí el estuche y saqué una cámara Paillard Bolex de 16 mm. triple lente.

—¡Vaya! ¡Es espléndida! —comenté—. ¿Para qué quieres una cosa como ésta, Helen? Debe costar mucho dinero.

Se rio.

—Me resultó bastante cara, pero siempre quise tener una cámara filmadora. ¿No te parece que una muchacha por lo menos puede tener un *hobby*? —Puse hielo granizado en dos vasos—. Quiero tener un recuerdo de mi estadía en Roma, para mi vejez.

Hice girar la cámara entre mis manos. De pronto pensé que sin duda debía estar viviendo con un presupuesto mucho más alto de los sesenta dólares semanales que le pasaba su padre. Éste me había dicho que eso era lo que le pasaba porque no quería que tuviese más dinero. Conociendo el precio de los departamentos en Roma, estaba seguro de que éste costaría alrededor de cuarenta dólares semanales. Observé el bar que estaba provisto de todo tipo de bebidas. ¿Cómo se las arreglaba para vivir así? Además, esta costosa cámara que había comprado...

—¿Alguien te legó una fortuna?

Sus ojos brillaron, y por un momento pareció confusa, pero fue sólo por un instante.

—Ojalá fuera así. ¿Por qué me lo preguntas?

—¿No es asunto mío, pero todo esto debe costarte mucho dinero, verdad? —Hice un gesto abarcando toda la habitación.

Se encogió de hombros.

—Es posible. Mi padre me pasa una generosa mensualidad. Me gusta vivir bien.

No me miró mientras hablaba. Aunque no hubiese sabido cuanto le pasaba su

padre, la mentira resultaba obvia. A pesar de sentirme intrigado comprendí que no era de mi incumbencia, así que cambié de tema preguntando:

—¿Qué le pasa a la cámara?

—Este resorte no funciona.

Su índice rozó el dorso de mi mano al señalarlo.

—Tiene el seguro puesto —respondí, mostrándoselo—. Es este botón. Si se aprieta para abajo, funcionará. Se coloca el seguro para evitar que el motor funcione por accidente.

—¡Dios mío! Estuve a punto de devolverla hoy. Creo que debo leer las instrucciones. —Tomó la cámara de mis manos—. Nunca he entendido las cosas mecánicas. Mira todos los rollos de película que he comprado. —Señaló diez cajas de películas de 16 mm. que estaban sobre el escritorio.

—Supongo que no vas a utilizarlas todas en Roma —comenté—. Tienes bastante como para filmar toda Italia.

Me dirigió una mirada extraña que me pareció que ocultaba algo.

—Voy a reservar la mayor parte para Sorrento.

—¿Sorrento? —Estaba sorprendido—. ¿Entonces vas a ir a Sorrento?

Sonrió.

—No eres el único que se va de vacaciones. ¿Has estado alguna vez en Sorrento?

—No. Nunca he ido al Sur.

—Alquilé una villa en las afueras de Sorrento. Es preciosa y está muy aislada. Volé a Nápoles hace un par de días y arreglé todo. Hasta he conseguido una mujer de la aldea vecina para los quehaceres domésticos.

De pronto tuve la impresión de que no me estaba comentando todo esto sin una razón especial. La miré con atención.

—Me parece espléndido —dije—. ¿Cuándo te vas?

—En la misma fecha en que te vas a Ischia. —Colocó la cámara sobre el escritorio, se acercó y se sentó a mi lado en el sofá—. Y como tú, viajo sola.

Me miró. La invitación que había en sus ojos hizo dar un brinco a mi corazón. Se inclinó hacia mí, con los labios llenos y rojos entreabiertos. Antes de que me diera cuenta de lo que estaba haciendo la tenía en mis brazos y la besaba.

Ese beso duró por lo menos veinte segundos y despertó todos mis deseos. Entonces sentí las manos de ella sobre mi pecho, apartándome y esa presión sostenida hizo que recuperara mi control. La dejé apartarse y me puse de pie.

—Es una locura conducirse así —comenté respirando como un viejo que ha subido corriendo las escaleras. Me quité los rastros de lápiz labial que sentía en la boca.

—Es una locura en Roma —respondió, reclinándose con una sonrisa— pero no en Sorrento.

—Un momento... —comencé a decir, pero me interrumpió haciendo un gesto con la mano.

—Sé lo que sientes por mí. No soy una niña y yo siento lo mismo por ti. Ven conmigo a Sorrento, todo está arreglado. Sé, también, tu preocupación con respecto a mi padre y a tu trabajo. Te aseguro que estarás totalmente a salvo. He alquilado la villa a nombre del señor Douglas Sherrard y señora. Serás el señor Sherrard, un hombre de negocios en vacaciones. Allí, nadie nos conoce. ¿No quieres pasar un mes a solas conmigo?

—Pero no podemos hacerlo —repliqué sabiendo que no había ninguna razón que lo impidiera, y deseándolo—. No debemos precipitarnos en una cosa así...

—No seas tan prudente, querido. No nos estamos precipitando en nada. Lo he planeado con mucho cuidado. Yo iré a la villa en mi coche. Tú vendrás al día siguiente por tren. Es un lugar hermoso. Mira al mar desde una colina alta. La villa más próxima está a más de cuatrocientos metros. —Se puso de pie de un salto y trajo un mapa a gran escala que había sobre la mesa—. Te mostraré exactamente dónde queda. Mira, está marcado aquí en el mapa. Se llama Bella Vista, ¿no es delicioso? Desde la terraza se puede ver la bahía y Capri. Tiene jardín. Hay naranjos y limoneros y viñas. Está completamente aislada. Te encantará.

—Por supuesto, Helen. Admito que me agradaría ir. No sería humano si no fuera así, pero ¿qué nos sucederá después que pase el mes?

Rio.

—Si tienes miedo de que quiera que te cases conmigo, es absurdo. No me casaré hasta dentro de algunos años. Esto es algo que tengo deseos de hacer. Ni siquiera sé si te amo, Ed, pero sé que deseo estar a solas contigo durante un mes.

—No podemos hacerlo, Helen, No es correcto...

Tocó mi cara con sus dedos.

—Querido, ¿quieres portarte bien e irte ahora? —me palmeó la cara y se apartó de mí—. Acabo de volver de Nápoles y estoy muy cansada. No tenemos nada más que hablar. Te prometo que estaremos a salvo. Ahora depende de que tú quieras pasar o no un mes conmigo. Prometo que esto no significará ninguna atadura ni tendrá consecuencia alguna para el futuro. No nos veamos hasta el 29. Estaré en la estación de Sorrento para buscarte en el tren de las tres y media de Nápoles. Si no estás en el tren comprenderé.

Cruzó el hall y abrió la puerta unas pulgadas. Me reuní con ella.

—Espera, Helen...

—Por favor, Ed. No digamos nada más. Estarás en el tren o no estarás. Eso es todo. —Sus labios rozaron los míos—. Buenas noches, querido.

Yo la miré y ella me miró.

Cuando salí al corredor sabía que estaría en el tren.

SEGUNDA PARTE

Disponía de cinco días antes de partir para Sorrento. Durante ese tiempo tenía mucho que hacer, pero me resultaba difícil concentrarme.

Era como un adolescente esperando con ansia la primera cita. Esto me irritaba. Había imaginado que ya estaría bastante curtido como para manejar la situación que Helen había urdido, pero no era así. La idea de pasar un mes a solas con esta adorable muchacha me tenía excitado. En mis momentos de sensatez —y eran pocos— me decía que era una locura seguir adelante con esto, pero me tranquilizaba sabiendo la eficiencia de Helen. Me había dicho que no habría peligro y lo creía. Me decía que sería un idiota si no aprovechaba la oportunidad que ella me estaba ofreciendo.

Dos días antes de partir, Jack Maxwell llegó a Roma para hacerse cargo de la oficina en mi ausencia.

Había trabajado con él en Nueva York desde 1949.

Era un buen periodista, pero no tenía mucho talento para otra cosa que no fueran noticias. No me gustaba mucho. Era demasiado apuesto, demasiado suave, demasiado bien vestido y demasiado lleno de demasiados.

Tenía la impresión de que yo tampoco le gustaba mucho, pero esto no me impidió brindarle una gran bienvenida. Después de haber pasado un par de horas en la oficina hablando sobre el trabajo futuro, sugerí que podríamos comer juntos.

—Espléndido —dijo—. Veamos qué tiene esta antigua ciudad para ofrecer. Te advierto, Ed. No espero nada más que lo excelente.

Lo llevé a lo de «Alfredo» que es uno de los lugares en que mejor se come en Roma, y ordené *porchetta*, que es lechón asado en asador, parcialmente deshuesado y relleno con hígado, salchichas, y hierbas; es un plato muy sabroso.

Después de haber comido, y de haber bebido la tercera botella de vino, se ablandó y se mostró amistoso.

—Eres afortunado, Ed —dijo aceptando el cigarrillo que le ofrecía—. Quizás no lo sepas, pero eres el preferido del *viejo*, allá en Nueva York. Hammerstock tiene muy buena *opinión* de lo que le has estado enviando. Te diré algo extraoficial: sólo que no se lo digas a nadie. Hammerstock quiere que vuelvas en un par de meses. La idea es que yo te reemplace aquí, y te van a encargar el Departamento de Exterior.

—No te creo —respondí mirándole—. Estás bromeando.

—Es verdad. No haría bromas sobre una cosa así. —Traté de no mostrar mi alegría, pero no creo que lo lograra muy bien. Que me pusiera al frente del Departamento de Exterior en la sede central era mi máxima ambición. No sólo significaba más dinero, sino también el mejor de todos los puestos del *Western Telegram*.

—Se hará oficial en un par de días —me informó Maxwell—. El viejo ya ha dado su consentimiento. Eres un hombre afortunado.

Lo admití.

—¿Sentirás dejar a Roma?

—Me acostumbraré —respondí sonriendo—. Por una cosa así vale la pena dejar a Roma.

Maxwell se encogió de hombros.

—No lo sé. No me gustaría para mí. Es un trabajo demasiado duro y sería una tortura trabajar tan cerca del viejo. —Se hundió en su silla—. Ese lechón estaba bueno. Me parece que Roma me va a gustar.

—No hay ciudad en el mundo que pueda comparársele.

Se llevó el cigarrillo a la boca y con un fósforo lo encendió y me echó el humo en la cara.

—Dime, ¿cómo anda la turbulenta Helen?

La pregunta me sobresaltó.

—¿Quién?

—Helen Chalmers. Tu eres su niñera o algo por el estilo, ¿no es así?

La luz roja se encendió. Maxwell olfateaba el escándalo. Si llegaba a tener la menor sospecha de que había algo entre Helen y yo, haría cuanto estuviera en su mano para saber de qué se trataba.

—Le serví de niñera exactamente durante un día —respondí con indiferencia—. Desde entonces rara vez la he visto. El viejo me *pidió* que la fuera a buscar al aeropuerto y la llevara al hotel. Creo que está en la Universidad.

Arqueó las cejas.

—¿Que está dónde?

—En la Universidad —repetí—. Me parece que está siguiendo un curso de arquitectura.

—¿Helen? —se inclinó hacia adelante y me miró, luego soltó una carcajada—. Eso es lo más gracioso que he oído. ¡Helen siguiendo un curso de arquitectura! —Volvió a reclinarsse riendo a carcajadas.

La gente se daba vuelta para mirarnos. En verdad parecía que había oído la broma más graciosa del siglo. Por mi parte no le encontraba gracia alguna. Lo más que podía hacer era no dar un puntapié a la silla y aplicarle un puñetazo en su preciosa cara.

Cuando terminó de reír, me miró. Quizás advirtiera que yo no estaba tan divertido, porque hizo un esfuerzo por controlarse y movió la mano como disculpándose.

—Lo siento, Ed. —Sacó el pañuelo y se enjugó los ojos—. Si conocieras a Helen como yo la conozco... —y volvió a reír.

—Mira, sea como fuera, no puede ser para tanto —interrumpí, con la voz áspera

—. ¿De qué se trata?

—Pues así es. ¡No me digas que también te ha conquistado! Hasta ahora la única persona del personal del *Telegram* que no ha caído en sus redes es su padre. No quiero creer que todavía no la hayas calado...

—No te entiendo. ¿Qué quieres decir?

—Bien, decididamente no la has visto muy seguido. Tenía la impresión de que podía haberte buscado. Parece que le gustan los hombres altos, corpulentos y varoniles. Supongo que no habrá aparecido en Roma con tacones bajos, anteojos y el pelo echado para atrás...

—Aún no entiendo, Jack. ¿Qué hay en todo esto?

—¿En todo esto? —sonrió—. Parece que eres más afortunado de lo que creía, o poco afortunado; depende del punto de vista que tengas. Todos los muchachos allá en New York la conocen. Es sensacional. Cuando nos enteramos que venía a Roma y que el viejo quería que la vigilaras, todos pensamos que tarde o temprano serías hombre perdido. Helen desplegará sus ardides con cualquiera que tenga pantalones. ¿Quieres decirme que no ha tratado de hacerte alguna insinuación?

Sentí primero calor y luego frío.

—Lo que me dices es algo nuevo para mí —respondí con naturalidad.

—Bien, bien. Es una amenaza para los hombres, de acuerdo, admito que tiene todo. Tiene belleza, ojos insinuantes y unas formas que harían resucitar a un muerto. Pero ¡menudo problema puede significarle a un hombre! Si Chalmers no fuera el periodista más poderoso, todos los diarios de Nueva York publicarían titulares escandalosos con respecto a ella una o dos veces por semana. Se libra de la publicidad porque ningún periódico quiere enemistarse con su padre. Helen se mete en casi todos los enredos sucios que hay. Porque se vio envuelta en el asesinato de Menotti, es que dejó Nueva York y vino a Roma.

Me quedé inmóvil en la silla, mirándolo. Menotti había sido un notorio *gangster* de Nueva York, enormemente acaudalado, poderoso y certero asesino. También estaba conectado con los negociados de los sindicatos y del vicio. En todo sentido era un mal elemento.

—¿Qué tuvo que ver con Menotti? —pregunté.

—Los rumores decían que eran amantes —respondió Maxwell—. Siempre andaba con él. Un pajarito me dijo que lo mataron en el departamento de ella.

Hacia dos meses que Menotti había sido asesinado brutalmente en un departamento de tres habitaciones que había alquilado como nido de amor. La mujer que lo había ido a visitar desapareció, y la policía no había podido hallarla. El asesino también desapareció. Todo hacía pensar que Menotti había sido asesinado por orden de Frank Setti, un *gangster* rival, que fue deportado por traficante de drogas, y se suponía que ahora estaba viviendo en algún lugar de Italia.

—¿Qué pajarito? —pregunté.

—Fue Andrews que, como sabes, tiene un olfato especial para estas cosas. Generalmente sabe lo que dice. Quizás se haya equivocado esta vez. Todo lo que sé es que ella acostumbraba a salir con Menotti. Que partió para Roma en seguida de que Menotti fuera asesinado. El encargado del edificio de departamentos en el que Menotti fue estrangulado dio a Andrews una buena descripción de la mujer. La descripción calzaba a Helen Chalmers como un guante. Nuestra gente tapó la boca del encargado antes de que la policía llegara a él, de manera que no se supo nada.

—Comprendo.

—Bien, si no tienes nada sabroso para referirme con respecto a la estadía de ella en Roma, quizás se ha asustado y por fin se está comportando bien. —Sonrió—. En verdad me siento defraudado. Cuando me enteré que iba a reemplazarte, pensé que tal vez podría tirarme yo un lance con ella. ¡Vale la pena! Como tú tenías que vigilarla, esperaba que ustedes fueran algo más que amigos.

—¿Crees que tengo tan poco seso como para andar haciendo tonterías con la hija de Chalmers? —pregunté acalorado.

—¿Por qué no? Vale la pena, y cuando Helen maneja este tipo de situaciones, tiene buen cuidado de que el viejo no la descubra. Anda correteando con hombres desde que tiene diez y seis años, y Chalmers jamás se ha enterado. Si no la has visto sin anteojos y sin ese horrible peinado, te aseguro que no has visto nada. Es magnífica, y lo que es más, me han dicho que es muy sensual. Si alguna vez me hace una insinuación no me voy a hacer rogar.

En alguna forma lo saqué del tema de Helen para traerlo al de los negocios. Después de pasar otra hora en su compañía lo llevé a su hotel. Dijo que estaría en la oficina a la mañana siguiente para ponerse al tanto de algunos asuntos y me agradeció la compañía.

—Eres realmente afortunado, Ed —dijo cuando nos despedíamos—. El Departamento de Exterior es uno de los mejores puestos del diario. Hay individuos que darían su brazo izquierdo para tenerlo. Yo no, no lo quiero. Es demasiado pesado el trabajo, pero para ti... —se interrumpió y sonrió—. Un hombre que deja que una ninfa como Helen se le escabulla entre los dedos... bien, ¡por el amor de Dios! ¿Qué otra cosa podría hacer excepto dirigir el Departamento de Exterior?

Pensó que era una buena broma, y golpeándome la espalda se dirigió riendo hacia los ascensores.

Yo no pensé que la broma fuera tan buena. Subí al coche y anduve a través del congestionado tránsito hasta que llegué a mi departamento. Durante el trayecto pensé. La información que había recibido de Maxwell referente a Helen me provocó un impacto. No dudaba de que lo que me había dicho fuera verdad. Sabía que Andrews era verídico en cualquiera de sus versiones. De manera que había estado involucrada

en el asunto de Menotti. De pronto me preguntó con quién estaría *involucrada* aquí en Roma. Si le gustaban los peligrosos *gangsters* en Nueva York, podría haber seguido cultivando el mismo gusto aquí. ¿Sería esta la explicación para su alto nivel de vida? ¿Estaría algún hombre manteniéndola?

Cuando me desvestí y metí en cama me pregunté si en verdad tomaría el tren para Sorrento. ¿En verdad quería enredarme con una muchacha de ese tipo? Si en realidad iba a dirigir el Departamento de Exterior y estaba seguro de que Maxwell no me hubiera dado la noticia sin tener datos concretos, sería un loco en arriesgar, por poco que fuera, el futuro cargo. Como el mismo Maxwell lo reconoció, era el cargo más codiciado del periódico. Sabía que si Chalmers descubría que su hija y yo éramos amantes significaría no sólo perder ese puesto, sino que quedaría para siempre fuera del periodismo.

No, dije en voz alta cuando apagaba la luz. Helen puede ir a Sorrento sola, yo no iré. Puede encontrar algún otro tonto. Yo iré a Ischia.

Pero dos días después estaba en el tren local de Nápoles a Sorrento. Me decía que era un tonto y un loco, pero por más que me repetía una y otra vez que no debía seguir adelante, allí estaba en el tren. Estaba en camino hacia Nápoles. El tren no corría demasiado ligero para mis deseos.

Antes de tomar el tren a Nápoles, había ido a la oficina a eso de las diez para un control final y verificar si no había alguna carta personal para mí.

Maxwell había salido pero encontré a Gina revisando una pila de telegramas.

—¿Algo para mí? —pregunté sentándome en el borde de su escritorio.

—No hay cartas personales. Mr. Maxwell puede ocuparse de esto —dijo hojeando los telegramas con las uñas cuidadosamente manicuradas—. ¿No deberías estar ya en camino? Pensé que querías partir temprano.

—Tengo mucho tiempo.

El tren para Nápoles no salía hasta las doce. Le había dicho a Gina que iba a Venecia y había tenido dificultades para evitar que ella tomara un *asiento* para mí en el expreso Roma-Venecia.

Sonó el teléfono en ese momento y Gina levantó el receptor. Me incliné hacia adelante y comencé a mirar con indiferencia los telegramas.

—¿Quién habla? —preguntó Gina—. Mrs. ¿qué...? ¿Quiere esperar un momento? No sé si está. —Me miró frunciendo el ceño, vi una expresión de sorpresa en sus ojos. Una tal Mrs. Douglas Sherrard pregunta por ti.

Iba a decir que no sabía quién era y que no quería hablar con ella cuando algo familiar en el nombre hizo sonar la campana de alarma en mi cabeza. ¡Mrs. Douglas Sherrard! Ese era el nombre que Helen había utilizado cuando alquiló la villa en Sorrento. ¿Podría ser Helen la que estuviera en el teléfono? No pensaba que estuviera tan ansiosa como para llamarme a la oficina.

Tratando de no mostrar consternación, me acerqué y tomé el receptor de manos de Gina. Dándole a medias la espalda para que no pudiera verme la cara, dije con cautela:

—¿Hola...? ¿Quién es?

—Hola, Ed —era Helen—. Ya sé que no debía llamarte a la oficina pero intenté hacerlo a tu departamento y no contestaba nadie.

Quería decirle que era una locura llamarme a la oficina... quería colgar el receptor... pero sabía que Gina empezaría a preguntarme de qué se trataba.

—¿Qué sucede? —pregunté con sequedad—. ¿Hay alguien escuchando?

—Sí.

Para complicar las cosas, la puerta de la oficina se abrió de golpe y Jack Maxwell entró.

—¡Vaya, por Dios! ¿Todavía estás aquí? —exclamó al verme—. Creí que ya estabas en camino a Venecia.

Moví la mano para que se callara, diciendo en el teléfono:

—¿Hay algo que yo pueda hacer?

—Sí, por favor. ¿Te importaría traerme un filtro Wratten número ocho para mi cámara? Lo necesito y no puedo conseguirlo en Sorrento.

—Por supuesto. Lo haré.

—Gracias, querido. Estoy impaciente porque llegues. El panorama es maravilloso...

Tenía miedo que su voz baja y clara llegara a oídos de Maxwell. Era evidente que estaba escuchando. La interrumpí.

Maxwell me miró inquisitivamente.

—¿Siempre tratas a las damas que te llaman de esa manera? —me preguntó mientras miraba los telegramas que estaban sobre el escritorio—. Un poquito rudo, ¿no es cierto?

Traté de no demostrar lo molesto que estaba, pero sabía que Gina me estaba observando asombrada. Y mientras me alejaba del escritorio, Maxwell también se quedó mirándome.

—Sólo vine a ver si habían cartas personales para mi —dije, encendiendo un cigarrillo para ocultar mi confusión—. Ya es hora de irme.

—Necesitas aprender a relajarte —dijo Maxwell—. Si no fueras un periodista impasible, y de conducta intachable, diría por tu expresión furtiva que estabas en algún aprieto. ¿Es así?

—¡Oh, no digas tonterías! —respondí sin poder reprimir el tono cortante.

—¡Vaya! Estás un poco nervioso esta mañana. Sólo estaba bromeando.

No repliqué y él continuó:

—¿Llevas el coche?

—No, viajo por tren.

—¿Viajas solo? —preguntó mirándome a hurtadillas—. Espero que tengas una hermosa rubia para que te consuele si llueve.

—Viajo solo —dije tratando de no parecer tan acalorado como me sentía.

—¡Hombre...! ¡Yo sé lo que haría si tuviera un mes de vacaciones!

—Quizás no pensemos de la misma manera —me dirigí a Gina—. Cuida a este muchacho, No lo dejes cometer demasiados errores, y no trabajes con exceso. Te veré el 29.

—Que te diviertas, Ed —respondió ella con tranquilidad. No se sonrió, y esto me dio que pensar. Algo la inquietaba—. No te preocupes por nosotros. Estaremos bien.

—Estoy seguro de eso —me volví a Maxwell—. ¡Hasta pronto y buena caza!

—Mejor caza para ti, hermano —respondió mientras nos estrechábamos la mano.

Me marché, bajé por el ascensor hasta la planta baja, llamé a un taxi e indiqué al conductor que me llevara a lo de Barberini. Allí compré el filtro fotográfico que Helen había pedido. Acabé de empacar, me aseguré que todo estaba cerrado con

llave, y tomé un taxi camino a la estación.

Lamenté no tener mi coche, pero Helen había llevado el de ella y no había por qué tener dos coches en Sorrento. No me atraía demasiado ese viaje en tren de Roma a Nápoles. Después de pagar el taxi, despedí a un changador que quería tomar mi maleta y me dirigí a la gran estación.

Compré un boleto para Nápoles, verifiqué que el tren todavía no había llegado, y me dirigí al quiosco de periódicos y compré un montón de diarios y revistas. Durante todo el tiempo observaba si había alguna cara conocida.

Sabía que tenía demasiados amigos en Roma para sentirme tranquilo. En cualquier momento alguno podría aparecer. No deseaba que le fueran con el cuento a Maxwell de que en lugar de tomar el tren de las once para Venecia, me habían visto tomar el tren de las doce para Nápoles.

Como tenía que esperar diez minutos, me dirigí a uno de los bancos ubicados en un rincón distante y me senté. Leí el diario ocultándome detrás de las páginas abiertas. Esos diez minutos fueron eternos.

Cuando por fin me dirigí a la plataforma, todavía no me había encontrado con nadie conocido. Tomé asiento en el tren con alguna dificultad, y volví a ocultarme detrás del periódico.

Recién cuando el tren salió de la estación me sentí aliviado.

Hasta entonces todo había salido bien, me dije. De ahora en adelante podía considerarme como lanzado a mis vacaciones sin contratiempos.

Todavía me sentía intranquilo. Había deseado que Helen no me llamara y que Gina no hubiera oído el nombre de Mrs. Douglas Sherrard. Me habría gustado tener la cabeza lo bastante bien sentada para no sentirme tan atraído por esta muchacha rubia y excitante. Ahora que conocía un poco su pasado comprendí que no podía ser mi tipo de mujer. Una mujer que andaba enredada con un hombre como Menotti no podía ser mi ideal; pensé que sólo se trataba de una atracción física. Estaba actuando como un tonto sensual.

Todo este razonar no me llevaba a ninguna parte. Sabía que si había algo que deseaba sobre todas las cosas, era pasar un mes en su compañía.

Esto era otra manera de decir que en lo referente a Helen yo era un hombre perdido.

El tren local llegó a la estación Sorrento con veinte minutos de retraso. El tren estaba lleno, y tardé unos minutos para abrirme paso entre la gente y salir a las proximidades de la estación donde una hilera de taxis y coches de caballos esperaban pasajeros.

Estaba parado al rayo del sol, buscando con la mirada a Helen, pero no había señales de ella. Puse mi maleta en el suelo, aparté a un mendigo insistente que quería conducirme a un taxi y encendí un cigarrillo.

Me sorprendió que Helen no estuviera allí para recibirme, pero recordando que el tren había llegado tarde, pensé que podía haber ido a mirar las tiendas para pasar el tiempo. De manera que me apoyé en la pared de la estación y esperé.

El gentío que salía de la estación desapareció lentamente. Algunos eran recibidos por amigos, otros se alejaban caminando, algunos alquilaban taxis y carruajes, hasta que quedé solo. Pasaron quince minutos y aún no había señales de Helen; comencé a impacientarme.

Quizás estuviera sentada en algún café de la *piazza*. Levanté mi maleta y la llevé al depósito de equipajes donde la dejé. Luego, aliviado de su peso, enderecé por la calle hacia el centro de la ciudad.

Di vueltas buscando a Helen, pero no la veía. Visité el estacionamiento de coches, pero no vi ningún coche que pudiera ser el de Helen. Me dirigí a uno de los cafés, me senté a una mesa y ordené un express.

Desde allí podía vigilar la entrada a la estación y también ver cualquier coche que llegara desde la *piazza*.

Iban a ser las cuatro y media. Bebí el café, fumé tres cigarrillos y luego, fastidiado con la espera, le pregunté al mozo si podía usar el teléfono. Tuve una pequeña dificultad en encontrar el número de la villa, pero luego de una demora el operador lo encontró, y después de más demoras, me informó que no contestaba nadie.

Esto era una humillación.

Era posible que Helen hubiera olvidado la hora de llegada del tren y que recién saliera de la villa para la estación. Conteniendo mi impaciencia, pedí otro café y me senté a esperar, pero cuando llegaron las cinco y diez, no sólo estaba irritado, también estaba intranquilo.

¿Qué le había sucedido? Sabía que se había mudado a la villa. Entonces, ¿por qué no había venido a recibirme como habíamos convenido?

Por el mapa que me había mostrado, sabía más o menos dónde quedaba la villa. A *grosso modo* calculé cinco millas colina arriba desde Sorrento. Me dije que estaría más tranquilo haciendo algo en lugar de permanecer sentado en el café, de manera

que decidí caminar hacia la villa en la esperanza de encontrarla cuando ella bajara a buscarme.

No había más que una ruta a la villa, de manera que no podíamos desencontrarnos. Todo lo que tenía que hacer era seguir el camino y tarde o temprano nos encontraríamos.

Sin apremio, me puse en marcha por la larga ruta hacia la villa.

Durante la primera milla tuve que abrirme paso a través de grupos de turistas que miraban vidrieras, esperaban ómnibus y en general molestaban la visión del paisaje, pero una vez pasado el centro, y andando por el serpenteante sendero que eventualmente conduce a Amalfi, sólo tuve que enfrentar el tránsito ligero.

Dos millas a lo largo de este camino me llevaron a uno lateral que me apartaría de la carretera principal hacia las colinas. Ahora eran las seis y veinte, y todavía no había señales de Helen. Estiré el paso y comencé un largo y tortuoso ascenso a las colinas. Luego de haber andado otra milla, sin rastros de Helen, estaba traspirando y preocupado.

Vi la villa, encaramada en la alta colina, dominando la bahía de Sorrento una media hora antes de llegar a ella. Era tan hermosa y excitante como Helen había dicho, pero en ese momento no me encontraba en un estado de ánimo propicio para apreciar la belleza. Mi único pensamiento era hallar a Helen.

Había tenido razón cuando dijo que la villa estaba aislada. Decir aislada era poco. La villa estaba en terrenos propios, y no había una sola casa a la vista.

Empujé el portón de hierro y entré al sendero, bordeado a ambos lados por dalias de seis pies de altura, con pesadas corolas de ocho pulgadas y de todos los colores.

El camino se abría en una explanada en donde estaba el Lincoln convertible de Helen. ¡Bien, por fin! pensé tan pronto como vi el coche, nos habíamos desencontrado en el camino.

Subí los peldaños que llevaban a la villa. La puerta de calle estaba entreabierta y entré.

—¡Helen! ¿Estás aquí?

El silencio que había en la casa me deprimió. Entré a un gran hall con piso de mármol.

—¡Helen!

Lentamente pasé de una habitación a la otra. Había un gran salón con un comedor separado por una arcada, la cocina, un gran patio que miraba al mar, sesenta metros más abajo. Arriba había tres dormitorios y dos cuartos de baño. La villa era moderna, bien amueblada y un lugar ideal para pasar las vacaciones. Me habría sentido feliz si Helen hubiera estado allí para recibirme. Pero ahora sólo me detuve un momento para asegurarme de que no estaba en la villa antes de salir y comenzar a buscarla por el jardín.

Mis repetidas llamadas no obtuvieron respuesta, y ya comenzaba a estar positivamente alarmado.

En el extremo de uno de los caminos del jardín descubrí un portón que estaba entreabierto. Más allá del portón había un estrecho sendero que llevaba hacia arriba a la cima de la colina que se erguía por encima de la villa. ¿Habría ido hacia allá? me pregunté. Decidí no esperar a que volviera. Este sendero parecía ser la única otra salida de la villa. Sabía que no podíamos habernos desencontrado en el camino desde Sorrento. Había una posibilidad de que hubiera salido a caminar por el sendero y hubiera perdido la noción del tiempo o tenido un accidente.

Volví de prisa a la villa para dejarle una nota en caso de que Helen estuviera en Sorrento y que de alguna manera nos hubiésemos desencontrado. No quería que ella regresara precipitadamente a Sorrento, y no me encontrara en la villa.

Hallé un papel de carta timbrado en uno de los cajones del escritorio y garabateé una breve nota, que dejé sobre la mesa del hall; luego salí de la villa y de prisa caminé por el sendero del jardín hasta el portón.

Había andado quizás un cuarto de milla y comenzaba a pensar que era imposible que Helen hubiera venido por acá cuando vi, allá abajo, construida en la ladera de la colina, una gran villa blanca. Estaba situada en el lugar más inaccesible que jamás hubiera visto. Sólo había un tramo empinado de gradas que conducía desde la cima del acantilado hasta la villa. De hecho, la única forma para llegar al lugar era por mar. No estaba interesado en la villa y ni siquiera me detuve, pero la miré mientras continuaba mi camino por el tortuoso sendero. Pude ver una gran terraza con una mesa, reposeras y una sombrilla grande y roja. Al pie de un tramo de escalones había una bahía en la que estaban amarradas dos poderosas lanchas a motor. Mientras seguía caminando me pregunté qué millonario sería propietario de esta residencia. No había andado más que trescientos metros antes de que la villa se borrara por completo de mi mente, porque vi tirado en el sendero el estuche de la cámara de Helen.

Lo reconocí en seguida y me detuve de golpe, con el corazón saltando en el pecho.

Durante un momento largo quedé mirándolo; luego, adelantándome, me incliné y lo recogí. No cabía duda de que era el de Helen. Aparte de la forma y el cuero de chanco nuevo, estaban sus iniciales grabadas en oro. El estuche estaba vacío.

Con el estuche en la mano seguí de prisa. Cincuenta metros más adelante, el sendero de pronto doblaba en ángulo recto, y se metía en un espeso bosque que cubría el último cuarto de milla hasta la cima de la colina.

El sendero al dar vuelta en ángulo recto se acercaba peligrosamente al saledizo, y deteniéndose allí, miré hacia abajo a la escarpada ladera y al mar que golpeaba contra las grandes rocas a unos doscientos pies más abajo.

Quedé sin aliento cuando vi algo blanco que yacía, medio sumergido en el mar y

desordenadamente como una muñeca rota sobre las rocas.

Quedé aturdido, mirando hacia abajo, el corazón golpeando en el pecho, la boca seca.

Podía ver el largo cabello rubio flotando suavemente en el mar. La falda del vestido blanco inflándose mientras el mar se arremolinaba alrededor del cuerpo quebrado.

No tuve necesidad de hacer ninguna conjetura. Sabía que la mujer muerta que estaba allí abajo era Helen.

TERCERA PARTE

Tení a que estar muerta.

No podía haber sobrevivido a la caída ni estar tendida en la forma en que se encontraba, con el mar cubriéndole la cabeza sin estar muerta, pero no lo podía creer.

—¡Helen!

Sentía la voz quebrada mientras le gritaba.

—¡Helen!

El eco me devolvió el llamado; un sonido fantasmal que me hizo estremecer. Me repetía que no podía estar muerta. Tenía que constatarlo. No podía dejarla allí. Podría estar ahogándose mientras yo la miraba.

Me eché de bruces y me adelanté a la orilla hasta que mi cabeza y hombros estuvieron fuera del saledizo. La altura me mareó. Desde este lugar la caída era pavorosa.

Miré febrilmente de arriba a abajo la ladera para encontrar un camino que descendiera hasta ella, pero no había. Era como tratar de trepar por una monstruosa pared. La única forma de bajar sería por medio de una soga.

El corazón martillaba en mi pecho, y una transpiración fría me corría por la cara, mientras me asomaba peligrosamente por el borde unas pulgadas más adelante.

Desde esta posición podía verla con mayor claridad. Vi que su rostro y cabeza estaban completamente sumergidos, bajo el suave lamer de las olas, y cuando una flecha de luz del sol poniente alumbró el mar, pude ver un halo rojo en derredor del pelo rubio.

Estaba muerta.

Volví al sendero, me puse en cuclillas, enfermo y temblando. Me preguntaba cuánto tiempo haría que estaba tendida allí. Podía haber estado muerta durante horas.

Tenía que pedir ayuda. Había un teléfono en la villa. Podría llamar a la policía desde allí. Si me daba prisa tal vez pudieran llegar hasta ella antes de que estuviera demasiado oscuro para encontrarla.

Me puse de pie y retrocedí unos pasos vacilante, inseguro, y luego me detuve de golpe.

¡La policía!

De pronto comprendí lo que significaría para mí una investigación policial. No tardarían mucho tiempo en averiguar que Helen y yo planeábamos pasar un mes en la villa. Poco después la noticia llegaría hasta Chalmers. Una vez que llamara a la policía, toda la sórdida historia saldría a relucir.

Mientras titubeaba, vi acercarse un barco pesquero que entraba con lentitud a la pequeña bahía precisamente abajo de donde yo estaba. En seguida me di cuenta que

era una nítida silueta contra el cielo. Aún cuando la tripulación se hallaba demasiado lejos para distinguir mis facciones, una ola de pánico me hizo caer sobre manos y rodillas, ocultándome.

¡Vaya problema! Estaba metido en un terrible enredo. Había sabido durante todo el tiempo, allá en el fondo, que me metía en dificultades al vincularme con Helen, y ahora ya estaba hecho.

Mientras me agachaba imaginé la expresión que tendría la pesada y dura cara de Sherwin Chalmers cuando le diera la noticia de que su hija y yo habíamos resuelto permanecer en una villa en Sorrento, y que su hija se había caído del acantilado.

Estaría seguro de que habíamos sido amantes. Hasta podría pensar que me había cansado de ella y empujado por el acantilado. Este pensamiento me consternó.

Existía la posibilidad de que la policía también pudiera pensarlo. Hasta donde yo sabía, nadie la había visto caer. No podía probar la hora exacta de mi llegada. Había salido de un tren colmado de gente, uno entre cientos de pasajeros. Dejé mi maleta al empleado del depósito de la estación, pero él veía caras distintas a todas horas del día, y no era probable que me recordara. No había nadie más. No creía haber visto a nadie en mi larga caminata desde Sorrento. Por lo menos a nadie que estuviera dispuesto a jurar la hora exacta en que llegué al acantilado.

Mucho dependía, por supuesto, de la hora en que Helen había muerto, si se hubiera caído más o menos a la hora en que llegué, y si la policía sospechara que yo la había empujado por el acantilado, pues entonces me encontraría en una situación muy difícil.

Ahora me sentía sumamente nervioso. Mi único pensamiento era mandarme mudar lo más lejos posible sin que nadie me viera. Al darme vuelta para retomar el sendero, tropecé con el estuche de la cámara de Helen que dejé caer cuando la vi.

Lo recogí, titubeé, luego hice ademán de tirarlo por sobre el acantilado, pero me detuve a tiempo.

No podía permitirme, como estaban las cosas, cometer un sólo error. Mis huellas digitales estaban en el estuche.

Saqué el pañuelo y lo limpié con cuidado. Lo repasé cuatro o cinco veces antes de quedar satisfecho. Luego arrojé el estuche al mar, y de prisa caminé por el sendero.

La luz se estaba desvaneciendo. El sol, una gran bola de fuego, inundaba el cielo y el mar en un resplandor rojo. Dentro de media hora habría oscurecido.

Seguí andando, casi sin mirar la solitaria villa blanca que había visto al subir, pero advirtiendo que ahora se veían luces en tres o cuatro ventanas.

Mi pánico cedió un poco mientras caminaba ligero. Me disgustaba dejar a Helen, pero estaba seguro de que estaba muerta y me dije que ahora tenía que pensar en mí.

Cuando llegué al portón del jardín, me habla repuesto de la primera impresión de su muerte y mi mente comenzaba a funcionar otra vez.

Sabía que lo que debía hacer era llamar a la policía. Me decía que si refería la verdad, y admitía que iba a pasar un mes con la muchacha y explicaba cómo la había encontrado, no había razón para que no me creyeran. Por lo menos no podrían sorprenderme en una mentira. Pero si me callaba, y por alguna desgraciada coincidencia llegaran a sospechar de mí, estaría justificado que me hicieran responsable de su muerte.

Este razonamiento me hubiera convencido, si no fuera por el nuevo puesto. Yo deseaba estar al frente del Departamento Exterior más que nada en el mundo. Sabía que no obtendría el empleo si Chalmers se enteraba de la verdad. Sería una locura tirar por la borda mi futuro diciéndole la verdad a la policía; de esa manera iba a pura pérdida. Si guardaba silencio, y tenía un poco de suerte había una buena posibilidad de lograrlo.

Si hubiera habido algo entre nosotros, sería distinto, me decía. Ni siquiera estaba enamorado de la muchacha. Había sido un impulso estúpido e irresponsable. Ella tenía más culpa que yo. Ella me había alentado, se había ocupado de todo. Según Maxwell, era una sirena con experiencia. Tenía fama de crear problemas a los hombres. Sería un tonto si no tratara de ponerme a salvo.

Habiéndome confesado todo esto, me sentí más tranquilo.

Está bien, pensé. Tengo que asegurarme de que nadie sepa jamás que he estado aquí. Tengo que establecer una coartada.

Ya había llegado al portón que conducía del jardín a la villa. Me detuve para mirar el reloj. Eran las ocho y media. Maxwell y Gina creían que en este momento estaba en Venecia. No había esperanza de llegar a Venecia esta noche. Mi única manera de establecer una coartada era volver a Roma. Con suerte podría llegar a las tres de la madrugada. Iría a la oficina a la mañana siguiente temprano para decir que había cambiado de idea y que, en lugar de ir a Venecia, me había quedado en Roma para terminar un capítulo de la novela que estaba escribiendo.

No resultaba una gran coartada, pero era lo mejor que se me ocurría en ese momento. Sería fácil para la policía probar que no había estado en Venecia, pero le sería imposible probar que no había pasado todo el día en mis habitaciones. Tenía una escalera privada que llevaba al apartamento y nadie me veía entrar ni salir jamás.

¡Si sólo hubiera traído mi coche! Habría sido simple llegar a Roma con el coche. No me atreví a tomar el Lincoln convertible que vi al dar vuelta por el sendero del jardín.

La criada que Helen había contratado para ocuparse de la villa ciertamente sabría que Helen había traído su coche. Si éste desapareciera, la policía podría llegar a la conclusión de que la muerte de Helen no había sido accidental.

Tendría que caminar hasta Sorrento y tratar de tomar el tren a Nápoles. No tenía la menor idea de la hora del último tren de Sorrento a Nápoles, pero pensé que sería

probable que para el momento en que cubriera cinco millas a pie, el último tren se hubiera ido. Sabía que había un tren a las once quince de Nápoles a Roma, pero tenía que llegar a Nápoles. Una vez más miré el convertible. Luché contra la tentación de tomarlo. Pero eso podría complicar las cosas más de lo que ya estaban.

Al caminar en derredor del coche hacia la salida, miré atrás a la oscura y callada villa y me sobresalté.

¿Había imaginado el reflejo de luz que apareció en el interior del hall?

Rápida y silenciosamente, con el corazón martillando en el pecho, me puse en cuclillas detrás del automóvil.

Miré las ventanas del hall durante un largo momento, y luego volví a ver un destello de luz blanca que en seguida desapareció.

Esperé jadeando, mientras espiaba por sobre el capot del Lincoln.

Volvió a aparecer la luz. Esta vez permaneció encendida por más tiempo.

Había alguien en el hall con una linterna eléctrica. ¿Quién podría ser?

No era la criada contratada por Helen porque ella no necesitaba andar a oscuras. Hubiera encendido las luces.

Ahora estaba en verdad aturdido. Agachado me aparté del automóvil crucé la explanada y me alejé de la villa hasta que llegué al reconfortante refugio de una hortensia gigante. Me puse detrás y me quedé espiando la villa.

La luz se movía por el hall como si el intruso que estaba adentro estuviera buscando algo.

Quería saber quién era. Tuve tentaciones de entrar y sorprenderlo quienquiera que fuese; probablemente algún ladrón furtivo, pero sabía que debía evitar que él me viera. Nadie debía saber que yo había estado en la villa. Me desesperaba observar la luz moverse dentro de la habitación y no pude hacer nada.

Después de unos cinco minutos se apagó la luz. Hubo una larga pausa, y entonces advertí la alta figura de un hombre que salía de la puerta de calle. Se detuvo un momento en la escalinata. Estaba demasiado oscuro para distinguir otra cosa que su borrosa silueta.

Bajó con cautela la escalinata, se dirigió al coche y miró el interior. Encendió la linterna. Me daba la espalda. Pude ver que llevaba un desaliñado sombrero y que era muy ancho de hombros. Me alegraba de no haber entrado a sorprenderlo. Parecía lo bastante corpulento y recio como para defenderse bien y algo más.

La luz se apagó y el hombre comenzó a alejarse del automóvil. Yo me agaché, esperando que viniera hacia donde yo estaba, para salir por el camino de acceso. Pero no lo hizo; en cambio, con rapidez y en silencio cruzó por el césped, y apenas pude verlo cuando se dirigía por el sendero que lleva al distante portón del jardín, antes de que lo tragara la oscuridad.

Intrigado e inquieto, me quedé mirando hasta que advertí que el tiempo pasaba, y

que tenía que volver a Roma; entonces dejé el escondite, de prisa recorrí el camino de acceso, crucé el portón de hierro y me dirigí a la carretera.

Durante todo el camino a Sorrento estuve intrigado con este intruso. ¿Sería un ratero? ¿O estaba relacionado en alguna forma con Helen? Este interrogatorio permaneció sin respuesta. El único consuelo que pude sacar de esta misteriosa situación era que no había sido visto.

Llegué a Sorrento a las diez y diez. Había corrido, caminado y vuelto a correr, y estaba bastante fuera de mis cabales cuando llegué a la estación. El último tren para Nápoles había salido diez minutos antes.

Disponía de cinco minutos para llegar de alguna manera a Nápoles y abordar el tren. Tomé mi maleta del depósito de equipajes, cuidando de inclinar la cabeza para que el empleado no pudiera verme bien; luego me dirigí a la oscura playa de estacionamiento de la estación donde esperaba solitario un taxi. El conductor dormitaba, y me metí en el automóvil antes de que el hombre despertara.

—Le daré el doble de la tarifa y una propina de cinco mil liras si me lleva a la estación de Nápoles antes de las once quince —propuse.

No hay en el mundo un conductor más intrépido, loco o peligroso que un italiano. Cuando se le desafía de este modo, lo único que hay que hacer es afirmarse bien en el asiento, cerrar los ojos y rezar.

El conductor ni siquiera se volvió para mirarme. Aguzó su atención, hundió el pulgar en el botón de contacto, metió el embrague y salió de la estación en dos ruedas.

La carretera que lleva a Sorrento durante doce millas tiene la forma de una víbora enroscada. Hay curvas de horquilla, vueltas cerradas y sólo espacio suficiente para que pasen dos ómnibus si se detienen, y los conductores se inclinan por las ventanillas y las toman muy despacio.

Mi chófer anduvo por este camino como si fuera llano y derecho como una regla. Mantenía la mano en la bocina y los faros daban aviso de que llegaba, pero hubo momentos en que pensé que había sonado mi última hora. Fue pura suerte que no encontráramos al ómnibus local, que pasa a esa hora, porque de otra manera no hubiéramos podido evitar un choque.

Una vez en la autopista a Nápoles era un simple deslizarse, y pude aflojar un poco la tensión. A esta hora no había mucho tránsito, y el taxi siguió bramando y resoplando a ochenta y cinco millas por hora durante un poco más de treinta minutos.

Llegamos a los alrededores de Nápoles a las once menos cinco. Este fue el momento crucial del viaje, porque el tránsito de Nápoles a todas horas es notable por pesado y lento. Fue entonces cuando el conductor me demostró que no sólo era un chófer peligroso, sino completamente indiferente con respecto a la integridad de la vida humana.

Cortó a través del tránsito en la forma en que un cuchillo caliente corta manteca. El hecho de que otros conductores italianos quedaran intimidados subraya su feroz arrojo. Ningún chófer italiano jamás cederá paso de buena gana a otro conductor, pero en este caso, parecían encantados de hacerlo, y todo el camino hasta la estación estuvo puntualizado por el chillar de las cubiertas torturadas mientras los automóviles frenaban violentamente, el sonar de las bocinas y los gritos de improperios.

Me sorprendió que la policía no interviniera. Quizás se debiera a que el taxi desaparecía antes de que tuviesen tiempo de llevar sus silbatos a la boca.

Llegamos a la estación a las once y cinco, y cuando el chófer frenó y patinando detuvo el coche, se volvió sonriente para mirarme.

Yo tenía el sombrero muy echado sobre los ojos y el interior del automóvil estaba oscuro, sabía que no podría reconocermme si volviéramos a encontrarnos.

—¿Qué le parece, *signor*? —preguntó obviamente satisfecho consigo mismo.

—¡Extraordinario! —respondí casi sin aliento, y le puse en la mano un puñado de sucios billetes de mil liras—. Lo ha hecho muy bien, gracias.

Tomé la maleta, bajé del taxi y corrí por la acera hasta la estación. Compré un boleto y me dirigí a la plataforma donde el tren estaba esperando.

Cuatro minutos más tarde, solo en un desaseado coche de tercera clase, observé las luces de Nápoles desvanecerse en la distancia.

Estaba en camino a Roma.

Los grandes ojos azules de Gina se abrieron con la sorpresa de verme parado en la puerta.

—¡Vaya, Ed!

—¡Hola!

Cerré la puerta y caminé hasta el escritorio y me senté en el borde. Era un alivio estar de nuevo en lo mío. Tenía una sensación de seguridad en esta oficina bien ordenada y acogedora.

Había pasado seis horas horribles, traspirando en mi apartamento. Fue espantoso estar a solas con la muerte de Helen en mi mente.

—¿Ha sucedido algo malo? —preguntó con viveza. Deseaba poderle decir hasta qué punto estaban mal las cosas.

—No, nada está mal —respondí—. No pude conseguir alojamiento en Venecia. Llamé a la Asociación de Viajes y me dijeron que no tenía la menor posibilidad de conseguir nada a breve plazo, de manera que resolví dejar Venecia de lado. Pensé que podría trabajar un poco en mi novela. Me engolfé tanto en ella que no dejé de escribir hasta las tres de la mañana.

—Pero se supone que estás en vacaciones —dijo Gina. Había una expresión de asombro e intriga en sus ojos que me advirtió que no estaba muy convencida de que lo que yo le decía fuera verdad.

—Si no vas a ir a Venecia, ¿adónde irás?

—No me atosigues. —Encontraba difícil usar un tono de chanza y comprendí que quizás había sido un error ver a Gina tan pronto después de la muerte de Helen. Ya comenté antes que Gina tenía el don de saber, hasta cierto punto, lo que pasaba en mi mente. Advertí mientras ella me miraba que sospechaba que algo malo hubiera ocurrido—. Pensé que podría buscar el coche e ir a Monte Carlo. —Tienes mi pasaporte en alguna parte, ¿no es cierto? No lo pude encontrar en el apartamento.

En ese momento se abrió la puerta y entró Maxwell. Se detuvo en el dintel y me miró con curiosidad. Sus ojos se tornaron hostiles.

—Hola —dijo, y luego entró en la habitación, cerrando la puerta tras él—. ¿Es que no puedes mantenerte alejado de este lugar, o no tienes confianza en mi desempeño?

Yo no estaba en estado de ánimo para tolerarle nada.

—No estarías acá si no creyera que lo puedes hacer bien —respondí cortante—. He venido a buscar mi pasaporte. Traté de ir a Venecia, pero todos los hoteles están llenos.

Se distendió un poco, pero advertí que no le agradaba mi presencia.

—Has tenido bastante tiempo para informarte. ¿No es así? Necesitas organizarte.

Por el amor de Dios. ¿Qué hiciste durante todo el día de ayer?

—Trabajar en mi novela —respondí encendiendo un cigarrillo y sonriéndole.

Su rostro se endureció.

—¡No me digas que estás escribiendo una novela!

—Por supuesto. Así es. Se supone que todo periodista es un escritor en potencia. Espero hacer una fortuna con el mío. Tú deberías intentarlo. No me asusta la competencia.

—Tengo cosas mejores que hacer en mi tiempo libre —contestó cortante—. Bien, voy a trabajar. ¿Conseguiste tu pasaporte?

—Lo que es otra manera de decir que estorbo y que por favor me mande mudar —volví a sonreír.

—Tengo que dictar algunas cartas.

Gina se había marchado al archivo. Volvió con mi pasaporte.

—Estaré a su disposición en cinco minutos, Miss Valetti —dijo Maxwell dirigiéndose a su oficina—. Hasta pronto, Ed.

—Hasta pronto.

Cuando se hubo marchado a una oficina interior y cerrado la puerta, Gina y yo intercambiamos miradas. Le guiñé un ojo.

—Me las arreglaré bien. Te llamaré cuando haya encontrado hotel.

—De acuerdo, Ed.

—No partiré hasta dentro de un par de días. Estaré en mi apartamento hasta el jueves a la mañana, si algo sucede, sabes dónde encontrarme.

Me miró con fijeza.

—Pero estás en vacaciones. No sucederá nada que Mr. Maxwell no pueda resolver.

Me esforcé en sonreír.

—Ya lo sé, pero de todos modos, si tú me necesitas, estaré en mi apartamento. Hasta pronto.

La dejé mirándome y bajé a mi coche.

No estaba seguro de haber obrado con prudencia al hacer esa sugerencia a Gina, pero sabía que tarde o temprano llegaría la noticia de la muerte de Helen. Una vez que la policía descubriera de quién se trataba, seguramente se pondrían en contacto con la oficina, y yo estaba ansioso por estar en la investigación desde el principio.

Volví a mi apartamento.

No tenía deseos de trabajar en mi novela. La muerte de Helen yacía en mi mente como una pesadumbre. Cuando más pensaba en ella, tanto más advertía lo tonto que había sido. Me había vuelto loco con sus atractivos físicos. Ahora descubría que no la había amado nunca. Su muerte significaba poco para mí, aparte de la preocupación que me ocasionaba en cuanto a su repercusión en mi vida. También comprendí que no

debí haber huido como lo hice. Debí de haber tenido el coraje de llamar a la policía y decirles la verdad. Hasta que la indagación se hubiera terminado y el veredicto de muerte accidental se registrara, sabía que no iba a tener un momento de sosiego.

Era probable que hubiera una investigación a propósito del misterioso Douglas Sherrard. Helen había dicho que había rentado la villa con ese nombre. El empleado inmobiliario daría seguramente esa información a la policía. Se harían preguntas: ¿Quién es Douglas Sherrard? ¿Dónde está? Quizás la policía no sintiera demasiada curiosidad. Sabrían que Helen no era Mrs. Douglas Sherrard. Presumirían que tenían un *affaire* con algún hombre y que el hombre no había llegado. ¿Se darían por satisfechos dejando de lado este aspecto de la indagación? ¿Habría borrado todas mis huellas como para no ser descubierto si buscaban a Sherrard?

Me senté en el hall que miraba hacia el foro romano; estaba traspirando. Cuando el teléfono sonó, alrededor de las cuatro, apenas pude obligarme a dejar la silla para atenderlo.

—¿Hola? —dije, sabiendo que mi voz sonaba como el croar de una rana.

—¿Eres tú, Ed?

Reconocí la voz de Maxwell.

—Sí, soy yo. ¿Quién otro puede ser?

—¿Quieres venir en seguida? —parecía excitado—. ¡Por Dios, lo que me ha caído en las manos! La policía acaba de telefonar. ¡Dicen que han encontrado a Helen Chalmers... está muerta!

—¡Muerta! ¿Qué ha sucedido?

—Ven, ¿quieres? Llegarán en cualquier momento, y quiero que estés aquí.

—Iré en seguida —respondí y colgué.

¡Bien, ahí estaba! ¡Ya se había producido! Había comenzado un poco antes de lo que imaginé. Crucé la habitación, me serví dos dedos de Scotch y lo bebí. Advertí que mis manos temblaban, y cuando me miré en el espejo que había sobre el bar, vi que mi rostro tenía el color del sebo y mis ojos expresaban miedo.

Dejé el apartamento y bajé al garaje del subsuelo.

Cuando había llegado hasta donde el tránsito se pone pesado, el whisky comenzaba a hacer su efecto. Ya no estaba tan asustado. Finalmente me liberé del temblor cuando llegué hasta el edificio del *Western Telegram*.

Encontré a Maxwell y a Gina en la oficina exterior. Maxwell parecía enfermo. Tenía el rostro blanco como nieve recién caída. Gina también parecía preocupada. Me echó una mirada intranquila y se retiró hacia el fondo, pero sentí que continuaba observándome.

—¡Me alegra verte! —exclamó Maxwell. Su hostilidad y aspereza habían desaparecido—. ¿Qué diré al viejo cuando se entere? ¿Quién le dará la noticia?

—Tranquilízate —le dije con sequedad—. ¿Qué ha sucedido? ¡Vamos, dímelo!

—No me dieron detalles. Sólo dijeron que la hallaron muerta. Cayó por un acantilado en Sorrento.

—¿Cayó por un acantilado? —Ahora estaba actuando bien—. ¿Qué hacía en Sorrento?

—No lo sé. —Maxwell nerviosamente encendió un cigarrillo—. ¡Vaya mi suerte! ¡Que pase una cosa así en mi primer viaje a Italia! Oye Ed, tu tendrás que decírselo a Chalmers. Pondrá el grito en el cielo.

—Tranquilízate. Yo se lo diré. Lo que no puedo comprender es por qué razón estaba en Sorrento.

—Quizás la policía lo sepa. ¡Por Dios! ¡Esto tenía que sucederme a mí! —Hundió su puño en la palma de la mano—. Encárgate tú, Ed. Ya sabes cómo es Chalmers. Exigirá una investigación. Es seguro que querrá una investigación. Pensará...

—¡Oh, cálmate! Deja de torturarte. Esto no es culpa tuya. Si quiere una investigación, que la tenga.

Hizo un esfuerzo por serenarse.

—A ti te resulta muy cómodo hablar. Eres la niña de sus ojos. Pero conmigo es otra cosa.

En ese momento se abrió la puerta y el teniente Italo Carlotti del Departamento de Homicidios de Roma, entró.

Carlotti era un hombre bajo y moreno con un rostro tostado, arrugado y unos penetrantes ojos azul pálido. Bordeaba los cuarenta y cinco años, pero representaba treinta. Hacía dos o tres años que lo conocía, y nos llevábamos bien. Sabía que era un policía listo y consciente sin mucho genio en su trabajo. Obtenía resultados mediante una cuidadosa y penosa dedicación.

—Creía que estaba en vacaciones —dijo, mientras nos estrechábamos la mano.

—Estaba por partir cuando sucedió esto. ¿Conoce a la *signorina* Valetti? Este es el *signor* Maxwell. Me está reemplazando.

Carlotti estrechó la mano de Maxwell y se inclinó ante Gina.

—Vamos a ver, ¿qué sucedió? —dije sentándome en el escritorio de Gina e indicándole una silla—. ¿Está seguro de que es Helen Chalmers?

—No creo que haya dudas con respecto a eso —dijo, plantándose delante de mí sin acercarse a la silla que le había indicado—. Hace tres horas me informaron desde la oficina de Nápoles que habían encontrado el cuerpo de una joven al pie del acantilado, a cinco millas de Sorrento. Se pensó que se había caído del sendero del acantilado. Hace media hora me dijeron que habían identificado a la *signorina* Helen Chalmers. Aparentemente había rentado una villa cerca del lugar donde cayó. Cuando se registró la villa, surgió por el contenido del equipaje quién era la *signorina*. Quiero que venga alguien de su oficina conmigo a Sorrento para identificar el cadáver.

Yo no había esperado esto. La idea de ir a la morgue para identificar lo que

quedaba de la belleza de Helen me descomponía.

Maxwell dijo con rapidez:

—Tú la conoces, Ed. Tendrás que ir. Yo no he visto más que fotografías de ella.

Carlotti mirándome propuso:

—Ahora mismo salgo para allá. ¿Puede venir conmigo?

—Iré —me deslicé del escritorio. Volviéndome a Maxwell continué—. No hagas nada hasta que te llame. Puede no tratarse de ella. Te llamaré en cuanto lo sepa. Quédate por aquí hasta que hable contigo.

—Y ¿qué hacemos con Chalmers?

—Yo me encargaré de él —repliqué; y volviéndome a Carlotti—. Bien, vamos ya.

Le dí unas palmaditas en el hombro a Gina al salir de la oficina detrás de Carlotti. No dijimos una palabra hasta que nos encontramos en camino, y de prisa, hacia el aeropuerto de Roma. Entonces pregunté:

—¿Tiene idea de cómo sucedió?

Me miró impasible.

—Ya le dije; se cayó del acantilado.

—Ya sé lo que me dijo. Pregunto si hay algo más en todo esto.

Carlotti se encogió de hombros en una forma que sólo hacen los italianos.

—No lo sé. Alquiló una villa bajo el nombre de Mrs. Douglas Sherrard. ¿No estaba casada, verdad?

—No, que yo sepa.

Encendió uno de esos espantosos cigarrillos italianos y echó el humo por la ventanilla del coche.

—Hay algunas complicaciones —continuó, luego de un largo momento de silencio—. El *signor* Chalmers es un hombre importante. No quiero problemas.

—Tampoco yo. No sólo es un hombre importante, también es mi jefe —me acomodé en el asiento—. Además de hacerse llamar Mrs. Sherrard, ¿hay alguna otra complicación?

—¿Dígame, sabe algo acerca de ella? —Sus ojos azules indagaban en mi cara—. Por el momento nadie más que usted, yo y la policía de Nápoles sabemos esto, pero no será posible mantenerlo en silencio mucho más tiempo. Parecería que tenía un amante.

Yo puse cara de sorpresa.

—¡Vaya, qué noticia para Chalmers! Tiene que tener cuidado con lo que le diga a la prensa, teniente.

Hizo un gesto afirmativo con la cabeza.

—Entiendo eso. Por lo que me he enterado, alquiló la villa bajo los nombres conjuntos de Mr. y Mrs. Douglas Sherrard. ¿Cree que podría haber estado casada en secreto?

—Podría ser, pero no me parece probable.

—A mí tampoco. Me parece que estaba pasando una luna de miel extra-matrimonial en Sorrento. —Volvió a levantar los hombros expresivamente—. Sucede. ¿Conoce a alguien llamado Douglas Sherrard?

—No.

Quitó la ceniza del cigarrillo.

—Grandi, que es el que interviene en el caso, parece creer que se trata de una caída accidental. Sólo me ha pedido que lo ayude en la investigación por tratarse de una persona tan importante como el *signor* Chalmers. Es un contratiempo que esté involucrado un amante. Si no fuera por eso sería una cosa bastante sencilla.

—Podría no ser necesario mencionarlo —dije mirando hacia afuera por la ventanilla.

—Es posible. ¿No sabe si tenía un amante?

—Prácticamente no sé nada acerca de ella —sentía las palmas de las manos húmedas—. No debemos precipitarnos en llegar a conclusiones. Hasta que no hayamos visto el cuerpo, no sabemos con seguridad si se trata de ella.

—Me temo que sea ella. Toda su ropa y su equipaje llevan su nombre. Se encontraron cartas en su equipaje. La descripción coincide. No creo que haya duda con respecto a eso.

No dijimos nada más hasta que estuvimos en Nápoles, luego de pronto afirmó:

—Usted tendrá que explicar la situación al *Signor* Chalmers. El hecho de que haya arrendado la villa bajo un nombre supuesto es seguro que saldrá a luz en la investigación. Comprenderá que no podemos hacer nada para callarlo.

Me di cuenta que estaba preocupado de lo que pensaría Chalmers.

—Oh, desde luego —respondí—. Ni usted ni yo tenemos la culpa de lo que ha sucedido.

Me miró largamente de soslayo.

—El *signor* Chalmers tiene mucha influencia —comentó.

—Desde luego, pero podía haberla utilizado con su hija antes de que se viera envuelta en una situación como ésta.

Encendió otro de sus horribles cigarrillos, se hundió en su asiento y cayó en una cavilación profunda. Yo me sumergí en la mía.

Me sorprendía que no hubiera dicho algo más sobre Douglas Sherrard. Esto me intranquilizaba un poco. Conocía a Carlotti. Se movía con lentitud pero se movía con seguridad.

Llegamos a Nápoles alrededor del mediodía. Había un coche de policía esperándonos. El teniente Grandi de la Policía de Nápoles estaba parado al lado del coche, aguardando.

Era un pajarraco de mediana estatura con un rostro afilado, solemne, ojos oscuros

y piel olivácea. Me tendió la mano, mirando más allá de mi hombro derecho. Tuve la impresión de que no le agradó que formara parte del grupo. Hizo sentar a Carlotti en el asiento de atrás y a mí en el asiento de adelante al lado del chófer. Él se ubicó al lado de Carlotti.

Durante el largo y veloz viaje a Sorrento, apenas pude oír su rápido italiano y que hablaba constantemente, con voz apenas perceptible.

Traté de escuchar lo que decía, pero el ruido del viento y el rugir del motor hacían que eso fuera imposible. Me desinteresé, encendí un cigarrillo y miré a través del parabrisas al camino recto que se precipitaba continuamente hacia nosotros, pensando en el viaje de la noche, anterior, tanto más rápido y mucho más peligroso.

Llegamos a Sorrento. El chófer nos hizo pasar por detrás de la estación del ferrocarril a un pequeño edificio de ladrillos que servía como morgue de la localidad.

Descendimos del coche. Carlotti me dijo:

—Esto no será agradable para usted, pero es necesario. Tiene que ser identificada.

—Está bien.

Pero no estaba bien. Yo traspiraba y sabía que debía haber perdido el color. No tenía por qué preocuparme de mi apariencia. Cualquiera tendría el mismo aspecto en esas circunstancias.

Lo seguí a través de la puerta del edificio, hasta un corredor embaldosado y a una habitación pequeña y desnuda.

En medio de la habitación había una tabla sobre unos caballetes donde yacía un cuerpo cubierto por una sábana.

Nos acercamos a la mesa. El corazón me golpeaba furiosamente. Me sentía tan descompuesto que creía que iba a desvanecerme.

Observé a Carlotti adelantarse y levantar la sábana.

No cabía duda de que era Helen, y por supuesto, estaba muerta. Aun cuando alguien con una mano hábil la había aseado y arreglado lo mejor posible, su rostro todavía mostraba las señales de la terrible caída que había sufrido.

Era bastante enervante estar ahí mirando el rostro destrozado, muerto. Me alejé sintiéndome enfermo. Grandi, que había venido detrás de mí, me puso la mano en el brazo mientras Carlotti volvía a cubrirla con la sábana.

Me aparté de Grandi y salí al corredor. El aire fresco que llegaba desde una puerta abierta me ayudó a reponerme.

Los dos detectives salieron en silencio y los tres nos encaminamos al automóvil.

—Sí, es ella —dije al llegar al coche—. No cabe duda.

Carlotti se encogió de hombros diciendo:

—Tenía esperanza de que hubiera habido un error. Esto va a ser muy molesto. Habrá mucha publicidad.

Pude advertir que todavía estaba preocupado por Chalmers. Sabía que Chalmers tenía bastante influencia para hacerlo saltar de su trabajo si daba un paso en falso.

—Sí —respondí. No me preocupaba él. Tenía demasiadas cosas en que pensar en ese momento para tener lástima de nadie excepto de mí—. Tendré que enviarle un telegrama.

—Ahora iremos a la policía. Puede telegrafiar desde allí.

Entramos al coche: Carlotti y Grandi atrás y yo con el chófer. Ninguno dijo una palabra mientras andábamos por la calle principal congestionada de tráfico, hasta la seccional de policía. Cuando llegamos me sentía un poco más recobrado, aun cuando todavía estaba bastante sacudido. Me dejaron en una oficina mientras se dirigieron a otra para conferenciar.

Llamé a Maxwell.

—No cabe duda —le dije, cuando vino al teléfono—. Es Helen.

—Vaya, ¡por Dios! ¿Y qué hacemos ahora?

—Voy a enviarle un telegrama a Chalmers. Le daré tres horas para que se reponga de la impresión, y luego lo llamaré por teléfono.

Podía oírlo respirar como un viejo asmático.

—Supongo que es todo lo que puedes hacer —dijo después de una larga pausa—. Bien... Si me necesitas para algo...

—Cuida la oficina; que la hija de Chalmers haya caído de un acantilado no significa que la oficina se paralice.

—Yo me ocuparé de la oficina si tú te ocupas de Chalmers —me respondió—. No necesito meter baza en eso, Ed. Tú eres mandado a hacer para estas cosas. El hombre

te aprecia, te considera muy hábil. Yo no le sirvo de mucho. Me ocuparé del trabajo aquí; tú ocúpate de Chalmers.

—Bien, pásale el teléfono a Miss Valetti, ¿quieres?

—Por supuesto. Espera un momento.

El alivio que se advertía en su voz era casi cómico. Un momento después, la voz fría de Gina se oyó en la línea.

—¿Entonces está muerta, Ed?

—Si, está muerta. ¿Tienes el cuaderno? Quiero que le envíes un telegrama a Chalmers.

—Puedes empezar...

Eso es algo que siempre he admirado en Gina. Por grave que fuera la emergencia, nunca se aturdió.

Dicté un telegrama a Chalmers; le dije que su hija había tenido un accidente. Que lamentaba que hubiera muerto. Le dije que lo llamaría a su casa a las dieciséis hora europea para darle más información. Eso me daba tres horas de tiempo para reunir los detalles y averiguar todo lo que la policía había descubierto. También me daba tiempo para elaborar algo si fuera necesario.

Gina dijo que enviaría el telegrama en seguida.

—Hazlo —respondí—. Pudiera ser que Chalmers llamara antes que yo. Si es así, tú no sabes nada... ¿entiendes? No te mezcles en esto, Gina. Tú no sabes nada. Dile que lo llamaré a las dieciséis en punto.

—Está bien, Ed.

Era reconfortante oír su voz tranquila y natural.

Colgué el receptor y eché hacia atrás la silla. Mientras lo hacía, entró Carlotti.

—Voy a dar un vistazo al lugar en que murió —dijo—. ¿Quiere venir?

Me puse de pie.

—Por supuesto, iré.

Mientras salía de la oficina tras de él, vi que Grandi estaba esperando en el corredor. Quizás me atormentaba una conciencia culpable, pero tenía la incómoda impresión de que su mirada estaba llena de sospecha.

CUARTA PARTE

La lancha de la policía siguió la curva del alto acantilado. Yo estaba sentado en la popa de la lancha al lado de Carlotti. Él fumaba y llevaba anteojos de sol azules. Me parecía extraño que un policía usara anteojos para sol. Pensaba que debía estar por encima de esas superficialidades.

Grandi y tres policías uniformados estaban en el medio de la lancha. Grandi no llevaba anteojos ahumados; cualquier cosa que hiciera siempre sería oficial y correcto.

Tan pronto dimos vuelta por la curva, reconocí la pequeña bahía y las grandes rocas en las que Helen había caído.

Carlotti miraba la cima del acantilado. Hizo un gesto imperceptible. Comprendí que estaba pensando lo que se sentiría al caer desde esa altura. Mirando hacia arriba, yo también pensé lo mismo. La distante cima me hizo sentir un pigmeo.

La lancha resopló al entrar en la bahía. Tan pronto llegó a un costado de las rocas, descendimos.

Grandi le dijo a Carlotti:

—No hemos tocado nada. Quería que tú lo vieras primero. No hicimos más que llevarnos el cuerpo.

Él y Carlotti comenzaron una búsqueda sistemática en el lugar. Yo y dos de los policías nos sentamos en las rocas, apartados, observándolos. El tercer policía permaneció en la lancha.

No pasó mucho tiempo antes de que Grandi encontrara el estuche de la cámara que yo había arrojado desde el acantilado. Estaba medio sumergido en el agua entre dos rocas. Lo atrapó. Él y Carlotti lo examinaron en la forma en que un par de científicos examinarían algo caído de Marte.

Advertí el cuidado con que Carlotti manipulaba el estuche, y me alegré de haber borrado mis huellas digitales.

Finalmente me miró.

—Esto debe ser de ella. ¿Le interesaba la fotografía?

Casi le digo que sí, pero reaccioné a tiempo.

—No sabría decirle —respondí—. La mayor parte de las norteamericanas que visitan Italia traen una cámara.

Carlotti asintió y le entregó el estuche a uno de los policías que lo puso con cuidado en una bolsa plástica.

Continuaron buscando. Al cabo de diez minutos y después de haber trepado a alguna distancia desde donde yo estaba sentado vi que habían descubierto otra cosa. Grandi se inclinó y la recogió de entre la ladera del acantilado y una roca. Los dos hombres estaban juntos, dándome la espalda, mientras examinaban lo que habían

encontrado.

Esperé fumando, consciente de que mi corazón latía con fuerza y de que tenía la boca seca.

Por fin, después de lo que me pareció una eternidad, Carlotti se acercó hasta mí. Me levanté de la roca y me dirigí a su encuentro. Vi que tenía lo que quedaba de la cámara Paillard Bolex de Helen. Era obvio que se había golpeado en una roca al caer por la ladera del acantilado. Los lentes del telefoto se habían salido y había una hendidura en un costado.

—Esto podría explicar cómo sucedió el accidente —dijo Carlotti mostrándome la cámara—. Probablemente estaba filmando en esta postura. —Sostuvo la cámara y miró a través del visor—. Si estaba parada al borde del sendero allá arriba, sería fácil que hubiera dado un paso en falso con esta cosa oscureciendo su visión.

Tomé la cámara y miré el pequeño panel indicador, del reverso y que muestra cuántos pies de la película se ha utilizado. Marcaba doce pies.

—¿Hay película adentro? —pregunté—. Parecería que el agua no ha entrado. Haga revelar el film y sabrá con certeza si estaba filmando desde la cima del acantilado.

Esto pareció agradarle.

Durante todo el tiempo que habíamos estado en camino hacia el puerto y durante todo el tiempo en que estuvimos en la lancha, dirigiéndonos al lugar donde Helen había muerto, sabía que en el fondo estaba íntimamente preocupado por el problema que Chalmers podría crearle.

—Si no se hubiera hecho llamar Mrs. Douglas Sherrard —dijo, quitándome la cámara— esto hubiera sido un asunto sencillo. Ahora iremos a la villa. Quiero hablar con la criada.

Volvimos al puerto de Sorrento dejando dos de los policías buscando rastros. Parecían bastante deprimidos al quedarse solos en las rocas. Me lo explicaba. Hacía mucho calor y allí no había sombra.

Cuando llegamos al puerto tomamos el coche de la policía y nos dirigimos a la villa.

El viaje desde la bahía hasta la villa tomó un poco más de hora y media.

Dejamos el automóvil en los portones y caminamos por la explanada.

El Lincoln convertible estaba en la explanada frente a la villa.

—¿Este automóvil pertenecía a Helen?

Respondí que no sabía.

Grandi interrumpió con impaciencia para decir que ya había verificado las chapas de registro. Helen había comprado el coche hacía diez semanas, poco después de llegar a Roma.

Me pregunté de dónde habría sacado el dinero. Me intrigaba. Pensé que era

posible que hubiera telegrafiado a su padre y que él le hubiera enviado dinero, pero recordando lo que Chalmers había dicho acerca de mantenerla limitada a su asignación, no parecía muy probable.

Entramos todos al vestíbulo. Carlotti me rogó con cortesía que me sentara y esperara mientras registraban la villa.

Me senté y esperé.

Estuvieron un tiempo largo en el dormitorio. Después de un rato Carlotti salió trayendo una pequeña caja de cuero, el tipo de caja que se compra en Florencia cuando se está obligado a hacer un regalo a un amigo, al regresar al país.

—Será mejor que se haga cargo de estas cosas —dijo poniendo la caja en la mesa—. Todo debe ser entregado al *signor* Chalmers. Será mejor que me dé un recibo.

Levanté la tapa. En la caja había algunas joyas. Dos anillos; uno de ellos con un gran zafiro, el otro con tres brillantes. Había un collar y un par de aros de brillantes. No entiendo mucho con respecto al valor de las joyas, pero hasta yo me daba cuenta que éstas podían valer mucho dinero.

—Son muy hermosas —dijo Carlotti. Daba la impresión de ser un experto en el tasamiento de las joyas—. Es una suerte que nadie haya entrado a la casa mientras no había gente que la cuidara.

Recordé el intruso corpulento, de hombros anchos.

—¿Dónde las encontró? —pregunté.

—Estaban sobre su tocador a disposición del que quisiera robarlas.

—¿Son verdaderas? Quiero decir... ¿no son una imitación?

—Por supuesto que son verdaderas —me reconvino— diría, *grosso modo*, que deben valer tres millones de liras.

Mientras Carlotti redactaba el recibo para que yo lo firmara; observé la caja y su contenido. Sobre su tocador a disposición del que quisiera robarlas. Sentí un escalofrío que me trepaba por la espina dorsal.

No parecía que el intruso que había visto en la casa fuera un ladrón. ¿Entonces, quién había sido? La campanilla del teléfono me sorprendió.

Carlotti respondió.

—Sí... sí... sí... —escuchó un momento largo, luego gruñó algo y colgó.

Grandi entró en la habitación. Su rostro tenía una expresión expectante.

Carlotti encendió un cigarrillo antes de decir:

—Acaban de recibir el informe de la autopsia.

Se veía que algo lo había perturbado. Sus ojos estaban inquietos otra vez.

—Bien, ustedes saben cómo murió —dije en un intento de tender un puente sobre la larga pausa que siguió.

—Sí, no hay duda sobre eso.

Se apartó del teléfono. Percibía su inquietud como si podría sentir el tacto de una

mano en la oscuridad.

—¿Hay algo más?

Advertí que mi voz se había impacientado. Grandi se volvió para mirarme.

—Sí, hay algo más —respondió Carlotti sonriendo—. Estaba embarazada.

Eran cerca de las tres y media cuando Carlotti terminó su inspección de la villa y de interrogar a la criada.

Yo no la vi.

Podía oír el débil murmullo de sus voces mientras hablaban en la cocina. Permanecí en el vestíbulo, fumando un cigarrillo tras de otro; tenía la mente como una ardilla aterrorizada en una jaula.

¡De manera que Helen estaba embarazada!

Ese sería el clavo final en mi féretro si descubrían quien era Douglas Sherrard. Sabía que no sólo era inocente de su muerte, sino también de su estado, pero si los hechos salían a luz, nadie lo creería.

¡Qué idiota, qué estúpido había sido en mezclarme con esa muchacha!

¿Quién había sido su amante?

Pensé otra vez en el misterioso intruso de hombros anchos que había visto la noche anterior. ¿Sería ese el hombre? Era posible. Y ahora resultaba obvio que no había sido un ladrón. Ningún ladrón hubiera dejado joyas por valor de tres millones de libras en el tocador.

Seguí dando vueltas a la situación en mi mente, observando el reloj sobre la chimenea, sabiendo que dentro de media hora tendría que darle a Chalmers los detalles de la muerte de Helen.

Cuanto más pensaba en ello, tanto más consciente me sentía de que un paso en falso sería mi ruina.

Carlotti entró al vestíbulo cuando las manecillas del reloj de la chimenea señalaban las tres y cuarenta y cuatro.

—Las cosas se complican —dijo con mal humor.

—Ya lo sé. Lo dijo antes.

—¿Cree que ella era del tipo de las que se suicidan?

La pregunta me sorprendió.

—No lo sé. Le dije que no sé nada de ella. —Me sentí impelido a declarar de una vez esto, de manera que seguí—: Chalmers me pidió que la recibiera en el aeropuerto y que la condujera al hotel. De esto hace catorce semanas. Desde entonces casi no la he visto. No sé nada acerca de ella.

—Grandi dice que es posible que el amante la haya abandonado —continuó Carlotti. No creo que prestara mucha atención a lo que le dijera—. Piensa que se arrojó desde el acantilado, desesperada.

—Las muchachas norteamericanas no hacen ese tipo de cosas. Son demasiado prácticas. Tiene que tener cuidado al sugerirle una teoría de ese tipo a Chalmers. Quizás no le guste.

—No se lo estoy sugiriendo al *signor* Chalmers, se lo sugiero a usted —respondió Carlotti con calma.

Grandi entró en este momento y tomó asiento. Se quedó mirándome con sus ojos fríos y hostiles. Por una u otra razón yo parecía no agradarle.

—Hágame todas las sugerencias que desee —respondió mirando con insistencia a Carlotti—. No le ayudará ni de una manera ni de otra, pero cuidado con lo que le diga a Chalmers.

—Sí, comprendo eso. Confío en su ayuda. Parecería que ha habido un asunto amoroso. La criada me ha dicho que la muchacha llegó aquí hace dos días. Vino sola. Le dijo que esperaba a su marido que llegaría al día siguiente, es decir ayer. La criada dice que no cabe duda de que lo esperaba. Parecía muy alegre. —Guardó silencio y me miró—. Le estoy refiriendo lo que me ha dicho la criada. Con frecuencia se puede confiar en las mujeres en estos asuntos.

—Continúe —respondí—. No estoy discutiendo con usted.

—Este hombre debía llegar a Sorrento desde Nápoles a las tres y media. La *signorina* le dijo que iba a esperar el tren, y que ella debía volver a las nueve a retirar las cosas de la comida. La mujer abandonó la villa a las once de la mañana. Entre ese momento y la hora en que la *signorina* debía salir para llegar a tiempo a la estación, ocurrió algo que le impidió ir o que la hizo cambiar de parecer acerca de ir a esperarlo.

—¿Algo como qué?

Se encogió de hombros.

—Puede haber recibido un mensaje. No hay constancia de ningún llamado telefónico. No lo sé. Pienso que es muy posible que se enterase de una o de otra manera de que su amante no iba a venir.

—Está especulando —dije—. Tiene que cuidarse de no hacer especulaciones con Chalmers.

—Para entonces pueda ser que tengamos hechos. Estoy teorizando. —Se movía inquieto. Pude advertir que estaba perplejo y que le desagradaba la situación—. Estoy tratando de ver si encaja la teoría de Grandi; éste piensa que en un ataque de depresión se suicidó.

—¿Y qué importa? —respondí—. Está muerta. ¿No puede quedar como un accidente? No es necesario ventilar el asunto de que estaba embarazada, ¿verdad?

—El médico forense querrá tener el informe de la autopsia. No hay manera de silenciarlo.

—Bien, tengo cosas que hacer. Tengo que encontrar a este hombre Sherrard —dijo impaciente Grandi.

Sentí como si alguien me hubiera tocado la nuca con un pedazo de hielo.

—Voy a llamar al *signor* Chalmers —dije tratando de que mi voz pareciera

normal—. Querrá saber lo que está sucediendo. ¿Qué le digo?

Los dos hombres intercambiaron miradas.

—Será prudente decirle lo menos posible en esta etapa de la investigación —respondió Carlotti—. Me parece que sería mejor no mencionar a este hombre Sherrard. Podría decirle que se cayó del acantilado mientras filmaba, que habrá un interrogatorio y luego una investigación completa y que hasta entonces...

El teléfono lo interrumpió. Grandi levantó el receptor, escuchó un momento, luego me miró.

—Es para usted.

Tomé el tubo.

—¡Hola!

Era Gina.

—Mr. Chalmers llamó hace diez minutos. Dijo que saldría en avión para Roma en seguida, que lo esperes mañana a las dieciocho en el aeropuerto de Nápoles.

Hice una inspiración profunda y pausada. Esto era algo para lo cual no estaba preparado.

—¿Cómo estaba?

—Muy cortante y áspero —respondió Gina—. No parecía nada más que eso.

—¿Hizo alguna pregunta?

—No. Sólo me dijo la hora en que llegaría y me pidió que te dijera que lo esperaras.

—Bien, estaré allí.

—¿Necesitas algo?

—No. Vete a tu casa Gina. Ya no te necesito.

—Si quieres algo, estaré en mi apartamento toda la noche.

—Bien, pero no te molestaré. Hasta pronto —y colgué. Carlotti me observaba ceñudo.

—Chalmers llegará a Nápoles mañana a las dieciocho —dije—. Entre ahora y mañana será mejor que concreten algo. No hay la menor posibilidad de retacearle la verdad. Tendrá que decírselo todo y en detalle.

Carlotti hizo una mueca al ponerse de pie.

—Deberíamos encontrar a este Sherrard antes de mañana a la noche —comentó mirando a Grandi—. Deja a un hombre aquí. Debe quedarse hasta que se lo releve. Podemos volver a Sorrento. No se olvide de las joyas, *signor Dawson*.

Tomé la caja de cuero y la puse en el bolsillo. Mientras bajábamos los peldaños y cruzábamos la explanada hasta el automóvil, Carlotti dijo a Grandi:

—Te dejaré en Sorrento. Trata de averiguar si alguien conoce a Sherrard y si lo vieron en Sorrento. Verifica todos los visitantes norteamericanos que llegaron ayer; especialmente los que viajaban solos.

Llegué al aeropuerto de Nápoles pocos minutos antes de las dieciocho. Me informaron que el avión de Nueva York llegaba a horario, y que debería aterrizar en cualquier momento.

Me dirigí hasta las barreras, encendí un cigarrillo y esperé. Había cuatro personas aguardando. Dos señoras mayores, el tercero un francés grueso y la cuarta una rubia platinada con un busto que sólo se ve en las páginas de *Esquire*. Vestía un traje de piel de tiburón blanco, y un pequeño sombrero negro con un adorno de brillantes que debía costar un montón de dinero.

La miré y ella se volvió. Nuestros ojos se encontraron.

—Perdóneme. ¿Es usted Mr. Dawson? —me preguntó.

—Así es —respondí sorprendido. Me quité el sombrero.

—Yo soy Mrs. Sherwin Chalmers.

Me quedé mirándola.

—¿Sí...? Mr. Chalmers no ha llegado todavía, ¿verdad?

—Oh, no. He estado haciendo compras en París durante la semana pasada —sus ojos de color violeta profundo indagaban en mi cara. Poseía la belleza dura de las coristas de Nueva York. No podía tener más de veintitrés o veinticuatro años, pero había una mundanalidad en ella que la hacía parecer mucho mayor—. Mi marido me telegrafió para que lo esperara. Es una noticia horrorosa.

—Sí.

Yo me afanaba con el sombrero.

—Una cosa terrible... ¡era tan joven!

—Es espantoso.

Había algo en la forma en que continuaba mirándome que me hacía sentir incómodo.

—¿La conocía usted bien. Mr. Dawson?

—Casi nada.

—No alcanzo a comprender cómo pudo caerse...

—La policía cree que estaba filmando y que no se fijó por dónde andaba.

El ruido de un avión que se acercaba cortó esta incómoda conversación de golpe.

—Creo que está entrando el avión —comenté. Estábamos uno al lado del otro, observando aterrizar el avión. Pocos minutos después, los pasajeros comenzaron a descender. Chalmers fue el primero en salir. Pasó de prisa por la barrera. Me hice a un lado para permitirle saludar a su esposa. Hablaron unos momentos, y luego se acercó a mí y me tendió la mano. Me miró con fijeza y diciendo que quería llegar al hotel lo más rápidamente posible, que no quería hablar del asunto de Helen en este momento y que deseaba que concertara una entrevista con la policía en su hotel para las siete.

Él y su esposa subieron al asiento de atrás del Rolls que yo había alquilado para Chalmers, y como no me invitaron, me senté en el asiento de adelante con el chófer.

En el hotel me despidió con un breve:

—Lo veré a las siete, Dawson —y el ascensor los llevó en abrir y cerrar de ojos hasta el cuarto piso, dejándome casi sin aliento.

Había visto fotografías de Chalmers, pero en carne y hueso era más imponente. Aun cuando era bajo, grueso y con una constitución de barril, tenía un halo que me reducía a mí y a todos los que lo rodeaban al tamaño de pigmeos. La mejor descripción que puedo dar de él es que me recordaba a Mussolini en su momento cumbre. Tenía la misma mandíbula autoritaria y prominente, la misma tez oscura y los mismos ojos agudos. No parecía posible que pudiera haber sido el padre de una muchacha como Helen, cuya belleza frágil y fina había sido tan fatalmente atractiva para mí.

Cuando a las siete en punto, Carlotti, Grandi y yo entramos al fresco salón que el Hotel Vesuvius había puesto a su disposición, se había cambiado, y obviamente afeitado y duchado, y ahora estaba sentado en la cabecera de una gran mesa en el medio de la habitación, con un cigarro entre los dientes, y una oscura e intensa expresión en su rostro duro.

Sus esposa June estaba sentada cerca de la ventana. Tenía un vestido de seda azul pálido que le sentaba a la maravilla y sus largas y torneadas piernas estaban cruzadas, mostrando las rodillas hermosas que atrajeron los ojos de Grandi y dieron a su rostro cetrino y triste una expresión más animada.

Los presenté a él y a Carlotti y tomamos asiento. Durante un momento largo Chalmers se quedó mirando fijamente a Carlotti. Entonces dijo con su voz como ladrido:

—Bien, vamos a ver cuáles son los hechos.

Ya hace tres años que conozco a Carlotti bastante íntimamente. Hasta este momento, no tuve una gran opinión de él como policía. Sabía que era consciente, y que tenía fama de resolver los casos, pero nunca me impresionó como que tuviera un gran talento para su trabajo. Pero, la forma en que encaró a Chalmers durante los veinte minutos que siguieron, me dio una opinión por completo diferente de su persona.

—Los hechos, *signor* Chalmers —dijo con tranquilidad— serán penosos para usted, pero desde que los ha solicitado debo dárselos.

Chalmers estaba inmóvil, sus manos pecosas y regordetas unidas sobre la mesa, el cigarro humeando sobre su rostro duro, bien apretado entre sus dientes. Los ojos pequeños y agudos, del color de la lluvia, seguían mirando con fijeza a Carlotti.

—No se preocupe por lo penoso que me resulte —insistió— deme los hechos.

—Hace diez días, su hija partió de Roma y voló a Nápoles. Tomó el tren local de

Nápoles a Sorrento en donde visitó a un agente inmobiliario —recitó Carlotti como si lo hubiera repasado bien, aprendiéndolo de memoria—. Se presentó como Mrs. Douglas Sherrard, la esposa de un hombre de negocios norteamericano, en vacaciones en Roma.

Eché una rápida ojeada a Chalmers. Estaba impasible, el cigarro encendido, sus manos apoyadas sobre la mesa. De él pasé los ojos a su platinada esposa. Ella miraba a través de la ventana y no daba señales de estar escuchando.

—Quería alquilar una villa por un mes —siguió Carlotti tranquilo y en un inglés excelente—. Insistió en que deseaba un lugar aislado, y que el precio le era indiferente. Sucedió que el agente tenía un lugar así. Llevó a la *signorina* a esta villa y ella estuvo de acuerdo en tomarla. La *signorina* quería que alguien se ocupara de los quehaceres de la casa durante su permanencia. El agente se puso al habla con una mujer de una aldea cercana para que hiciera este trabajo. Esta mujer, María Candallo, me dice que el 28 de agosto fue a la villa, donde encontró que la *signorina* había llegado algunas horas antes en un Lincoln convertible.

—¿El coche estaba registrado a su nombre? —preguntó Chalmers.

—Sí —respondió Carlotti.

—Continúe.

—La *signorina* le dijo a María que su marido llegaba al día siguiente. Según la mujer, no cabía duda de que la *signorina* estaba muy enamorada de este hombre a quien llamaba Douglas Sherrard.

Por primera vez Chalmers dejó traslucir algo de sus sentimientos. Encogió sus hombros anchos y sus manos pecosas apretaron los puños.

Carlotti continuó:

—María llegó a la villa a las ocho y cuarenta y cinco de la mañana del día 29. Retiró y lavó las cosas del desayuno, y limpió la casa. La *signorina* le dijo que iba a Sorrento a esperar el tren de las tres y media de Nápoles. Dijo que su marido venía de Roma en ese tren. A eso de las once María se marchó. En ese momento la *signorina* estaba arreglando flores en el salón. Esa fue la última vez, que nosotros sepamos, que alguien la vio viva...

June Chalmers cruzó nuevamente las piernas. Volvió su bonita cabeza y me miró directamente. Sus mundanos ojos violetas se posaron en mí pensativos; una mirada desconcertante que me hizo desviar los ojos de los de ella.

—Lo que sucedió entre esa hora y las veinte y quince de la noche es sólo conjetura —siguió diciendo Carlotti—; es algo que probablemente no sepamos nunca.

Los ojos de Chalmers se encapotaron. Se inclinó hacia adelante.

—¿Por qué las veinte y quince? —preguntó.

—Fue la hora en que murió —respondió Carlotti—. No creo que haya dudas con

respecto a eso. Su reloj de pulsera se estrelló en la caída. Marcaba las ocho y quince.

Yo estaba tieso y atento. Esto era una novedad para mí. Significaba que yo estaba en la villa, cuando Helen cayó. Nadie, incluyendo un juez y el jurado, creería que yo no tenía nada que ver con su muerte, si llegaban a enterarse que había estado allí a esa hora.

—Me gustaría poder decirle —continuó Carlotti— que la muerte de su hija se debió a su desgraciado accidente, pero por el momento no lo puedo hacer. Admito que parecería ser una solución. No cabe duda de que llevó su cámara filmadora a la cima del acantilado. Es posible que con una cámara de ese tipo, absorta en lo que estaba filmando, no advirtiera que estaba al borde del abismo y cayera.

Chalmers se quitó el cigarro de la boca y lo dejó sobre el cenicero. Miró con fijeza a Carlotti.

—¿Está tratando de decirme que no fue un accidente? —preguntó con una voz que podría cortar una rebanada de pan viejo.

June Chalmers dejó de mirarme e inclinó la cabeza hacia un lado; por primera vez parecía interesarse en lo que estaba sucediendo.

—Eso lo tiene que decidir el forense —replicó Carlotti. Estaba muy tranquilo y miró los ojos de hielo del viejo sin pestañear—. Hay complicaciones. Hay muchos detalles que necesitan explicación. Parecería que hay dos explicaciones alternativas para la muerte de su hija: una es que cayó accidentalmente del acantilado mientras estaba filmando; la otra, que se haya suicidado.

Chalmers dobló los hombros y su cara se congestionó.

—¿Tiene alguna razón para decir semejante cosa?

Implicaba que sería mejor que Carlotti tuviera una buena razón.

Carlotti se lo espetó sin atenuantes.

—Su hija estaba embarazada de ocho semanas.

Hubo un largo y pesado silencio. No me atreví a mirar a Chalmers. Bajé los ojos hasta mis manos traspiradas que tenía apretadas entre los muslos.

June rompió el silencio diciendo:

—Oh, Sherwin. ¡No puedo creer eso...!

Miré rápidamente a Chalmers. Tenía la expresión de un criminal, el tipo de rostro que se ve en la pantalla de algún actor no muy bueno desempeñando el papel de un «gangster» acorralado.

—¡Cállate! —ordenó con una voz que temblaba de violencia. Entonces mientras ella se volvía para mirar a través de la ventana, él le dijo a Carlotti—. ¿Es eso lo que ha dicho el médico?

—Tengo la copia de la autopsia. Puede verla si lo desea.

—¿Helen, embarazada...?

Empujó la silla hacia atrás y se puso de pie. Aun parecía imponente, áspero y

despiadado, pero en alguna forma no me hacía sentir tan pigmeo; algo de su gran halo había desaparecido.

Caminó con lentitud por el salón mientras Carlotti, Grandi y yo nos mirábamos los pies y June a través de la ventana.

—Ella no se suicidaría —dijo de pronto—. Tenía demasiado carácter para hacer eso.

Parecían palabras huecas; palabras inesperadas en boca de un hombre como Chalmers. Me pregunté qué oportunidad había tenido él de averiguar el carácter de Helen.

Nadie dijo una palabra.

Continuó caminando por el salón, las manos en los bolsillos, su rostro ceñudo y pensativo.

Después de algunos minutos sumamente incómodos, se detuvo de pronto y preguntó:

—¿Quién es el hombre?

—No lo sabemos —respondió Carlotti—. Su hija puede haber proporcionado a propósito una información falsa al agente inmobiliario y a la criada, al decirles que era norteamericano. No hay ningún norteamericano con ese nombre en Italia.

Chalmers se acercó y volvió a sentarse.

—Es probable que no use su propio nombre —dijo.

—Eso es muy posible —respondió Carlotti—. Hemos averiguado en Sorrento. Había un norteamericano que viajaba solo en el tren de las quince y media desde Nápoles.

Sentí que el corazón se me contraía: fue una sensación horrible. Tenía dificultad para respirar.

—Dejó la maleta en la estación —continuó Carlotti—. Desgraciadamente la descripción que nos han hecho de él, varía. Nadie se fijó mucho en su persona. Fue visto por un conductor, caminando por la ruta Sorrento-Amalfi. Todos estaban seguros de que vestía un traje gris claro. El empleado de la estación dijo que era alto. El conductor piensa que era de estatura mediana. Un muchacho de la aldea vecina afirmó que era bajo y grueso. No hay una descripción concreta de él. Alrededor de las veintidós de esa misma noche recogió su maleta y tomó un taxi para Nápoles. Tenía mucha prisa. Le ofreció al chófer cinco mil liras de propina si lo llevaba a tiempo a la estación para tomar el tren de las veintitrés y quince para Roma.

Chalmers estaba sentado hacia adelante, la expresión tensa. Me recordaba a un animal de presa.

—El camino a Amalfi ¿es también el que lleva a esa villa?

—Sí. Hay un camino lateral.

—¿Mi hija murió a las veinte y quince?

—Sí.

—¿Y un individuo tomó un taxi de prisa alrededor de las veintidós?

—Sí.

—¿Cuánto tiempo tomaría para ir de la villa a Sorrento?

—En automóvil media hora; a pie más o menos en una hora y media.

Chalmers caviló durante un momento.

Yo estaba sentado respirando con la boca abierta, sintiéndome enfermo. Esperaba que saliera con algún descubrimiento devastador después de esas preguntas. Pero no fue así. De pronto encogió sus hombros y dijo:

—Ella no se suicidaría. Lo sé. Puede sacarse esa teoría de la cabeza, teniente. Es obvio. Se cayó del acantilado mientras filmaba.

Carlotti no dijo una palabra. Grandi se movió inquieto y miró fijamente sus uñas.

—Ese es el veredicto que espero escuchar —continuó Chalmers, con voz hosca.

—Yo tengo la obligación de darle los hechos al forense, *signor* Chalmers —respondió con suavidad Carlotti. La obligación de él es dar el veredicto.

Chalmers lo miró con fijeza.

—Sí. ¿Quién es el forense?

—El *signor* Giuseppe Maletti.

—¿Aquí, en Nápoles?

—Sí.

Chalmers asintió con la cabeza.

—¿Dónde está el cuerpo de mi hija?

—En la morgue de Sorrento.

—Quiero verla.

—Por supuesto. No habrá dificultad. Si me dice cuándo quiere ir, lo llevaré.

—No necesita hacerlo. No me agrada que me sigan. Dawson me llevará.

—Como usted diga, *signor*.

—Póngase en contacto con la persona encargada a fin de que pueda verla —Chalmers tomó otro cigarro y comenzó a quitarle el anillo. Por primera vez desde que entré en la habitación me miró—. ¿La prensa italiana está en antecedentes de este asunto?

—Todavía no. Hemos estado reteniéndolo hasta que usted llegara.

Me estudió, y luego asintió.

—Hizo bien. —Luego se volvió a Carlotti—. Gracias por los hechos, teniente. Si hay algo más que desee saber entre este momento y la indagatoria, me pondré al habla con usted.

Carlotti y Grandi se pusieron de pie.

—Estoy a sus órdenes, *signor* —respondió Carlotti. Cuando se fueron, Chalmers se sentó durante un momento, mirándose las manos. Luego dijo con tranquila saña:

—¡Maldito asunto...!

Me pareció que era el momento de entregar el estuche con las joyas que Carlotti me había confiado. Puse el estuche sobre la mesa frente a Chalmers.

—Esto pertenecía a su hija —dije—, se encontraron en la villa.

Ceñudo se inclinó, abrió el estuche y miró el contenido. Volcó la caja dejando que las joyas se desparramaran sobre la mesa.

June se levantó y se acercó para mirar por encima de su hombro.

—Tú no le regalaste eso, ¿verdad Sherwin? —preguntó.

—¡Por supuesto que no! —respondió, hurgando con un dedo grueso el collar de brillantes—. No le daría a una niña una cosa como ésta.

Ella hizo un movimiento por sobre el hombro de él para tomar el collar de brillantes, pero Chalmers con rudeza le apartó la mano.

—¡Déjalo! —El timbre de la voz me sorprendió—. Ve a sentarte.

Moviendo apenas sus hombros, June volvió a su asiento próximo a la ventana.

Chalmers metió las joyas en el estuche y cerró la tapa. Manejaba el estuche como si estuviera hecho de cáscara de huevo.

Se sentó inmóvil durante mucho tiempo, mirando la caja. Yo lo observaba preguntándome qué pasaría después. Sabía que tramaba algo. Estaba recuperando su gran halo. Su esposa mirando a través de la ventana, y yo mirándome las manos, volvíamos a ser pigmeos.

—Llame a ese Giuseppe, o como quiera que se llame, por teléfono —dijo Chalmers, sin volver los ojos— ese médico forense.

Busqué el número de Maletti en la guía y lo llamé.

Mientras esperaba que me conectaran, Chalmers continuó:

—Dé la noticia a la prensa, sin detalles. Dígales que Helen, estando de vacaciones, se cayó de un acantilado y se mató.

—Bien —respondí.

—Esté aquí mañana a las nueve con un coche. Quiero ir a la morgue.

Una voz dijo en el teléfono que era la oficina del forense. Pedí que llamara al señor Maletti. Cuando vino al teléfono le dije a Chalmers.

—El forense.

Se levantó y se acercó.

—Bien, ocúpese de lo que le he dicho, Dawson —exclamó, mientras tomaba el receptor de mi mano—. Ojo... ningún detalle.

Cuando salía de la habitación le oí decir:

—Habla Sherwin Chalmers...

De alguna manera hacía que su nombre sonara más importante y más imponente que cualquier otro nombre del mundo.

QUINTA PARTE

A las nueve en punto de la mañana siguiente estaba afuera del hotel Vesuvius con el Rons alquilado, según me habían ordenado.

La prensa italiana dio a la muerte de Helen gran difusión. Todos los periódicos publicaron su retrato mostrándola como yo la había conocido la primera vez, con sus anteojos de carey, el pelo tirado hacia atrás y una expresión seria e intelectual.

Tan pronto como dejé a Chalmers la noche anterior, llamé a Maxwell. Le dí instrucciones de dar la noticia.

—No hagas alharaca —dije—. Hazlo parecer una cosa común y corriente. La historia que debes dar a publicidad es que estaba pasando las vacaciones en Sorrento, que usaba una cámara filmadora y absorta en lo que estaba filmando perdió pie y cayó por el acantilado.

—¿Quién va a tragarse una cosa así? —preguntó con la voz excitada—. Querrán saber qué hacía viviendo sola en una villa tan grande.

—Ya lo sé. Pero esa es la historia, Jack, y debes atenerte a ella. Veremos que hacemos cuando las cosas se presenten. Esto es lo que quiere el viejo, y si te interesa conservar el puesto, así tiene que ser. —Corté antes que pudiera discutirlo más.

Me alegré cuando vi los periódicos de la mañana. Había seguido mis instrucciones al pie de la letra. La prensa traía la historia y la fotografía y eso era todo. A nadie se le ocurrió expresar una opinión. Sólo establecían los hechos, con sobriedad y sin histeria.

Alrededor de las nueve y diez, Chalmers salió del hotel y subió al asiento de atrás del Rolls. Tenía un montón de diarios bajo el brazo y el cigarro entre sus dientes. Ni siquiera me saludó con la cabeza.

Sabía dónde quería ir, de manera que no perdí tiempo preguntádoselo. Me senté al lado del chófer, le dije que nos llevara a Sorrento, de prisa.

Era una sorpresa que June Chalmers no hubiera venido. Desde donde estaba sentado podía ver por el espejo retrovisor a Chalmers mientras leía los diarios. Los vio uno por uno rápida e inquisidoramente, dejándolos caer en el piso del coche cuando acababa de leer lo que le interesaba.

Cuando llegamos a Sorrento había leído todos los periódicos. Sentado, fumando su cigarro miraba por la ventanilla comunicándose con el único dios que jamás conocería: consigo mismo.

Dirigí al chófer a la morgue. Cuando el Rolls llegó al pequeño edificio, Chalmers descendió, y haciéndome un gesto para que me quedara donde estaba, entró solo.

Encendí un cigarrillo y traté de no pensar en lo que iba a ver, pero tenía clavado en la memoria el rostro destrozado de Helen, hasta había soñado con ella la noche

anterior.

Chalmers estuvo adentro durante veinte minutos. Cuando salió, caminó con tanta rapidez como cuando había entrado. Su cigarro, fumado hasta quedar reducido a una pulgada y media, aún estaba entre sus dientes. Pensé que contemplar a la hija muerta con un cigarro en la boca era jugar el papel del «hombre de hierro» al extremo.

Entró al asiento de atrás del Rolls antes de que tuviera tiempo de salir y abrirle la puerta.

—Bien, Dawson, ahora iremos a la villa.

No se dijo una palabra durante el trayecto a la villa. Cuando llegamos me bajé del coche para abrir los portones de hierro forjado y volví a subir al automóvil. Luego de haber serpenteado por el camino de entrada, vi al convertible todavía estacionado en la explanada, frente a la puerta principal.

Mientras Chalmers se bajaba del coche preguntó:

—¿Es éste su automóvil?

Le dije que sí.

Le echó una ojeada y subió los peldaños y entró a la villa. Lo seguí.

El chófer nos observaba sin interés. Tan pronto como Chalmers le dio la espalda, encendió un cigarrillo.

Yo me quedé en el fondo mientras Chalmers recorría la villa. Dejó el dormitorio para el final y allí se demoró un tiempo. Curioso por saber qué hacía, me llegué hasta la puerta y miré.

Estaba sentado en la cama al lado de una de las maletas de Helen, y sus manos grandes, gruesas estaban hundidas entre la ropa interior de nylon mientras miraba fijamente por la ventana.

Su rostro tenía una expresión que me dejó helado, me volví con cautela hasta un lugar donde no podía verlo, me senté y encendí un cigarrillo.

Los últimos dos días habían sido los peores de mi vida. Me sentía atrapado y estaba esperando que el cazador llegara y terminara conmigo.

El hecho de que Carlotti me hubiera seguido el rastro desde Sorrento a la villa, que supiera que vestía un traje gris, que supiera exactamente el momento en que Helen había muerto, y que yo, el hombre misterioso vestido de gris, había estado allí a esa hora, me ponía la carne de gallina.

Había permanecido despierto la mayor parte de la noche, preocupado y pensando, y mientras estaba sentado y esperando que Chalmers revisara las cosas de su hija, todavía estaba preocupado.

En un momento dado salió en silencio, atravesó el pasillo y se dirigió a la ventana.

Lo observé, preguntándome en qué estaría pensando. Así permaneció algunos minutos; luego se volvió para sentarse en una silla próxima a la mía.

—¿No vio mucho a Helen mientras ella estuvo en Roma? —me preguntó mirándome con sus ojos color de lluvia.

Esta pregunta era inesperada y me sentí paralizado.

—No. La llamé dos veces, pero parece que no le interesaba encontrarse conmigo —le respondí—. Presumo que me consideraba un empleado de su padre.

Chalmers asintió.

—¿No tiene idea de quiénes eran sus amigos?

—Me temo que no.

—Es evidente que frecuentaba malas compañías.

No respondí.

—Supongo que ese individuo Sherrard le regaló las joyas y el coche —continuó, mirando sus manos pecosas—. Parecería que he cometido una equivocación dándole tan poco dinero. Debí de haberle dado más y enviado a una señora para que la acompañara. Cuando un hombre apuesto aparece, con dinero, y dispuesto a hacer regalos generosos, por decente que sea una muchacha, es una gran tentación caer en sus redes. Conozco bastante la naturaleza humana para saber eso. Debí evitar que cayera en semejante tentación. —Sacó un cigarro y comenzó a sacarle la envoltura de celofán—. Era una niña muy decente, Dawson —continuó—. Era una estudiante, una niña responsable. Quería estudiar arquitectura. Por eso la dejé venir a Italia. ¡Roma es el paraíso de los arquitectos!

Yo saqué el pañuelo y me enjuagué la cara. No dije nada.

—Tengo muy buena opinión de usted —continuó diciendo—. No le daría el Departamento de Exterior sino fuera así. He convenido con el forense en que dará el veredicto de muerte accidental. No se hablará de embarazo. He hablado con el jefe de policía. Acordó en dejar el asunto como está. La prensa también va a hacer lo mismo. También he hablado con respecto a eso. De manera que ahora tenemos un campo despejado. Esto se lo voy a encargar a usted. Tengo que estar en Nueva York pasado mañana. No tengo tiempo para ahondar en esto personalmente, pero usted sí. Desde ahora, Dawson, usted no tiene otra cosa que hacer que encontrar a Sherrard.

Helado, me quedé mirándolo.

—¿Encontrar a Sherrard? —repetí estúpidamente.

Chalmers asintió.

—Eso es. Sherrard sedujo a mi hija, y ahora lo pagará bien. Pero primero tenemos que encontrarlo. Esa será su tarea. Puede contar con todo el dinero que necesite y con toda la ayuda, también. Puede contratar un rebaño de detectives privados. Le enviaré algunos desde Nueva York si aquí no hay buenos. No será fácil. Es obvio que no usaba su verdadero nombre, pero en alguna parte debe haber dejado una pista, y una vez que la encuentre hallará otras y luego lo encontrará a él.

—Puede contar conmigo, Mr. Chalmers —conseguí decir no sé cómo.

—Hágame saber cómo va a encarar el asunto. Quiero que me informe de cada uno de los movimientos que haga. Si pienso en algo se lo haré saber. Lo que hay que hacer es encontrarlo, y encontrarlo pronto.

—¿Qué sucederá cuando lo encontremos?

Tenía que hacer esa pregunta. Tenía que saberlo. Me miró, y había una expresión en sus ojos que hizo que mi boca se secara.

—Esta es la forma en que yo lo veo —dijo—. Helen conoció a este canalla poco después de llegar a Roma. No le llevó mucho tiempo seducirla. El médico dijo que estaba embarazada de dos meses. Llegó a Roma hace catorce semanas, de manera que anduvo bien ligero. Probablemente ella le dijo lo que pasaba, y como todos los miserables de su tipo, comenzó a rehuirla. Supongo que Helen tomó esta villa en la esperanza de reconquistarlo. —Volvió la cabeza para mirar el corredor—. Es muy romántico, ¿verdad? Supongo que esperaba que el ambiente lo conmoviera. Por lo que dice ese miserable detective, Sherrard o como quiera que se llame vino, pero no se conmovió.

Crucé las piernas. Tenía que hacer algo. No podía seguir sentado como un estúpido congelado.

—¿Sabe lo que creo? —continuó Chalmers, volviendo toda la fuerza de su gran personalidad hacia mí—. Creo que la muerte de Helen no fue un accidente. Creo que tenemos dos alternativas: o trató de inducirlo a casarse con ella amenazándolo con suicidarse, y cuando él le dijo que saltara, Helen saltó o... para silenciarla la empujó por el acantilado.

—¿Cómo puede creer eso...? —comencé a decir, mi voz parecía salir de un túnel.

—No creo que ella haya saltado, —se inclinó hacia adelante, con una cara y unos ojos que aterraban— ¡creo que él la mató! Sabía que era hija mía. Sabía que tarde o temprano me enteraría de lo que le había hecho. Sabía que si se ponía en mi camino no tendría la más mínima oportunidad. De manera que la llevó hasta la cima y la empujó.

—¡Pero eso es un asesinato! —repliqué.

Descubrió los dientes en una sonrisa sin alegría.

—Por supuesto que es un asesinato, pero no tiene que preocuparse por eso. Todo lo que usted tiene que hacer es encontrarlo; ¡luego me encargo yo! Deje que todos piensen que se trata de un accidente. No quiero publicidad con respecto a eso. Nadie va a reírse a mis espaldas porque estaba embarazada. Si este individuo es arrestado y procesado por asesinato, toda la sucia historia saldrá a luz, y no quiero que suceda eso. Pero no significa que no voy a hacerle pagar por lo que ha hecho. Puedo matarlo a mi manera, y es lo que me propongo hacer. —Ahora sus ojos echaban chispas—. No piense que voy a asesinarlo. No estoy tan loco, pero puedo hacer de su vida tal infierno, que al fin se alegrará de saltarse la tapa de los sesos. Tengo poder y dinero

para hacerlo, y eso es lo que voy a hacer. Lo perseguiré primero en las cosas básicas de la vida. Haré que lo despidan de su casa o apartamento o donde quiera que viva. Puedo impedirle que tenga un automóvil. Puedo hacer que no vaya a ningún restaurante decente. ¿Piense usted que son cosas pequeñas? Imagine lo que sentiría usted. Luego puedo quitarle el dinero y despojarlo de sus valores. Puedo hacerle perder el empleo, y asegurarme que nadie le dé otro. Puedo contratar maleantes para que lo golpeen de tanto en tanto hasta que esté demasiado asustado para atreverse a salir a la calle durante la noche. Hasta puedo hacer que pierda el pasaporte. Entonces, cuando comience a pensar que la vida es mala, empezaré a perseguirlo en verdad. —Empujó hacia afuera la mandíbula y su cara enrojeció—. De cuando en cuando encuentro personajes extraños, rudos, gente que está un poco desequilibrada. Conozco a un individuo que dejaría ciego a este canalla por un par de cientos de dólares. Le sacaría los ojos, y se quedaría tan tranquilo. —De pronto sonrió; la sonrisa me heló—. Haré que lo pague, Dawson, no se equivoque con respecto a eso. —Con un grueso dedo golpeteaba la rodilla—. Encuéntrelo usted... y me encargaré de él.

En el bar que estaba contra una de las paredes del salón, encontré tres botellas de whisky y dos de gin. Abrí una de las botellas de whisky, busqué un vaso en la cocina y vertí tres dedos de licor.

Llevé el vaso al balcón y me senté en una banqueta. Bebí el whisky con lentitud, mirando el magnífico panorama sin verlo. Estaba temblando y con la mente ofuscada por el pánico.

Recién cuando terminé la bebida mis ojos comenzaron nuevamente a recoger imágenes. Desde donde estaba sentado, mirando hacia abajo, podía ver el lejano camino serpenteante que conduce a Sorrento; vi el gran Rolls negro que llevaba de vuelta a Chalmers a Nápoles, alejándose con rapidez por las curvas.

—Es todo suyo, Dawson —había dicho, mientras lo acompañaba al coche—. Manténgase en contacto conmigo. No hay problemas de dinero. No pierda tiempo escribiendo. Telefonee. Tan pronto como descubra algo, llámeme; no importa la hora. Arreglaré con mi secretaria para que sepa dónde estoy en todo momento. Estaré esperando. Quiero pronto a este canalla.

Era como darme una navaja y decirme que me apurara a cortarme el cuello. Me había sugerido que podría examinar la villa en detalle mientras estaba aquí, y registrar a fondo el lugar donde Helen había muerto.

—Utilice el coche. Cuando termine, véndalo y dé el dinero a alguna obra benéfica. Venda todo lo que hay allí adentro. No lo quiero. Lo dejo en sus manos. He ordenado que envíen en avión el cuerpo a Nueva York. —Me había estrechado la mano, con sus ojos color de lluvia fijos en mi cara—. Quiero que encuentre a este individuo, Dawson.

—Lo intentaré.

—Escuche, hará algo más que intentarlo; la encontrará —me dijo estirando la mandíbula—. Le reservaré el Departamento Exterior para usted hasta que lo encuentre... ¿entendido?

La que era otra manera de decirme que nunca conseguiría ese puesto si no lo encontraba.

El whisky me hizo algún bien. Después del segundo vaso, pude desembarazarme del pánico y comenzar a pensar.

No creí ni por un momento que Helen hubiera sido asesinada ni que se hubiera suicidado. Su muerte había sido accidental. Estaba segura de ello.

Yo no había sido su amante. Era algo que no podía probar, pero por la menos yo lo sabía. Chalmers había dicho que buscara a Sherrard, a quien creía que había sido su amante. Yo era Sherrard, y no fui su amante; en consecuencia, había otro hombre involucrado. Si había de salvar lo que quedaba de mi futuro tenía que encontrar a este

individuo y probar que había sido amante de Helen.

Encendí un cigarrillo mientras dejaba que mi mente trabajara en este asunto. Este hombre a quien tenía que buscar, ¿sería el intruso que había visto en la villa? Si no fuera así, entonces, ¿quién era el intruso? ¿Qué estaba buscando? Desde luego que no buscaba el estuche con las joyas. Estaba en el tocador y no podía haber dejado de verlo. Entonces, ¿qué buscaba?

Después de pensar en todo esto durante cinco minutos, sin llegar a ningún resultado, decidí dejarlo por el momento y buscar algún otro ángulo que rindiera dividendos.

Helen había vivido en Roma durante catorce semanas. Durante ese tiempo había conocido a este hombre X que eventualmente se convirtió en su amante. ¿Dónde lo conoció?

Comprendí que no sabía nada con referencia a las actividades de Helen en Roma durante esas semanas. Había salido con ella algunas veces, estado en su apartamento en dos oportunidades, y encontrado en una reunión, pero aparte de eso, no tenía la menor idea de lo que hacía con su tiempo.

Había estado en el hotel Excelsior, y luego había alquilado un apartamento costosa en la Via Cavour. Probablemente Chalmers pagó la cuenta del hotel, concediéndole ese pequeño lujo hasta que se instalara en Roma. Era probable que después de permanecer en el hotel algunos días, tuviera que mudarse a una de las hosterías de la Universidad. En cambio, se había mudado a un apartamento que debía haber de costarle casi todos los sesenta dólares semanales que recibía.

¿Significaba esto que había conocido a X en el Excelsior, y que él la había persuadido a tomar un apartamento pagándoselo?

Cuanto más pensaba en ello, tanto más lógico parecía que debía empezar la búsqueda de X en Roma. Conocía una firma de investigadores privados que tenía fama de responsable. No podía indagar en el pasado de Helen sin ayuda. Mi primer movimiento sería consultar la firma.

Me puse de pie y me dirigí al dormitorio de Helen. La primera vez sólo había echado una ojeada por la habitación, pero ahora registré en detalle.

Miré la cama camera y sentí un poco de escrúpulos. Helen había planeado esto para ambos. No tenía que perder eso de vista. Para mí era obvio que su *affaire* con X había terminado, y que buscaba un nuevo amante; me había elegido. ¿Estaba enamorada de mí, o estaría buscando un padre para su hijo por nacer? Ese pensamiento era perturbador, pero no valía la pena demorarse en ello. Sólo Helen podría decirme eso, y estaba muerta.

Luego otra idea cruzó por mi mente. Recordé lo que Maxwell había dicho de Helen. *Se divierte con todo lo que tiene pantalones... ¡Los líos en que mete a los hombres...!* Suponiendo que X hubiera estado todavía enamorado de ella, y Helen se

hubiera cansado de él. Suponiendo que él hubiera descubierto que ella había alquilado esta villa y planeaba vivir aquí conmigo. Podría haber venido a arreglar cuentas. Hasta haberle arrojado por el acantilado.

Esta sería una hermosa teoría para plantearle a Chalmers, quién, era obvio, estaba convencido de que Helen era una niña cabalmente honesta. No podía planteársela sin involucrarme yo mismo.

Con esta idea machacando en el fondo de mi cerebro, pasé una hora revisando las maletas. Fue una pérdida de tiempo, porque sabía que tanto Carlotti como Chalmers las habían revisado sin encontrar nada. Sus ropas estaban perfumadas con ese costoso perfume que me la recordaba muy vivamente. Me sentía muy deprimido cuando volví a empacar las maletas, listas para ponerlas en el coche cuando partiera.

Registré toda la villa, pero no encontré nada que me revelara lo que ella había estado haciendo desde el momento en que la criada la había dejado arreglando las flores hasta el instante de su muerte.

Llevé las maletas abajo y las puse en el asiento de atrás del convertible. Volví a la villa y tomé otro whisky.

Me dije que la búsqueda debía comenzar en Roma. Aquí no había encontrado nada, y mientras pensaba en eso, se me ocurrió otra cosa. Me quedé reflexionando un momento; luego me acerqué al teléfono y pedí que me conectaran con la jefatura de policía de Sorrento. Cuando me comunicaron, pregunté por el teniente Grandi.

—Habla Dawson —le dije—. Me olvidé de preguntarle. ¿Hizo revelar la película? La película que había en la cámara cinematográfica de la *signorina* Chalmers.

—No había ninguna película en la cámara —respondió con sequedad.

—¿No había ninguna película? ¿Está seguro...?

Me quedé mirando la pared que tenía enfrente.

—Si no había película en la cámara, no podía estar usando la cámara cuando murió —dije pensando en voz alta.

—No del todo. Pudo haber olvidado poner una película... ¿No le parece?

Recordé que el indicador de la cámara había mostrado que doce pies de película habían sido rodados. Conocía estas cámaras, y sabía que cuando se coloca una película adentro, hay un resorte que abre un visor a través del cual se observa pasar la película, y que, al abrirse el visor, el indicador está automáticamente en cero.

—Supongo que sí —respondí—. ¿El teniente Carlotti no hizo algún comentario?

—¿Qué comentario puede hacerse? —espetó Grandi.

—Bien, gracias. Una cosa más. No sacaron nada de la villa, ¿verdad? Además de las joyas, por supuesto...

—Nosotros no hemos sacado nada.

—¿Han terminado con la cámara y el estuche? Estoy recogiendo las cosas de la

signorina Chalmers. Si paso por allá, ¿puedo recogerla?

—Ya no la necesitamos.

—Muy bien, pasaré por ella. Hasta luego, teniente —y colgué.

El indicador de la cámara había marcado doce pies. Eso significaba que había habido una película en la cámara, y que alguien que no estaba muy familiarizado con ese tipo de cámara la había sacado. La película había sido arrancada a la fuerza, rasgándola para sacarla sin liberar el cierre del visor. También significaba que la película se había arruinado al ser tratada de esa manera, todo lo cual indicaba que quien quiera la hubiera tomado no deseaba conservarla. El único propósito de sacarla fue destruirla.

¿Por qué?

Me serví otro vaso. De pronto me sentí excitado. Sería esta la clave que Chalmers me dijo que iba a encontrar, y habiendo encontrado ésta ¿hallaría otra?

Helen no hubiera arrancado la película de la cámara. Eso era seguro. Entonces, ¿quién lo hizo?

La segunda pista cayó en mi mente como una hoja cae desde un árbol.

Recordé que ella me había mostrado diez cajas de películas cinematográficas cuando la visité en su apartamento en Roma. Recordé haberle preguntado que para qué quería tantas y ella me contestó que intentaba usar la mayor parte de las películas en Sorrento.

Y sin embargo, no había una sola caja de películas en la villa ni en su equipaje.

Ni siquiera había una película en la cámara. La policía no las había tomado. Grandi había dicho que no tomaron nada de la villa.

¿Sería esta la explicación del intruso que había visto rondar por la villa?

¿Las habría encontrado y llevado él? ¿Sería él quien arrancó la película de la cámara, y luego arrojó la cámara por la ladera del acantilado?

Para estar absolutamente seguro, volví a revisar la villa, buscando las cajas de películas. Pero no las encontré. Satisfecho, cerré la villa, puse las llaves en el bolsillo, y luego, dejando el Lincoln donde estaba, caminé por el sendero del jardín, pasé por el portón y seguí la senda que lleva a la cima del acantilado.

Para entonces era poco más de mediodía y el sol caía sobre mi cabeza mientras caminaba. Pasé la inaccesible villa de abajo. Esta vez me detuve más tiempo para mirarla mejor.

En la terraza, a la sombra de una sombrilla y tendida en una reposera, pude ver a una mujer en traje de baño blanco. Parecía estar leyendo un periódico. El borde de la sombrilla impedía que la viera bien. Sólo podía descubrir sus piernas largas, tostadas y bien formadas, parte de la malla, un brazo tostado y la mano que sostenía el periódico.

Vagamente me pregunté quién sería, pero tenía demasiadas cosas en mi mente

para interesarme en ella, y seguí andando hasta que llegué al lugar en donde Helen había caído.

En forma metódica registré el sendero, el pasto áspero y las rocas que habían en un radio de treinta yardas. No sabía qué estaba buscando, pero pensé que valdría la pena hacerlo.

Era un trabajo arduo, pero continué. Encontré algo que podría tener o no importancia. Era un cigarro Burma a medio fumar.

Mientras estaba parado bajo el sol ardiente, haciendo girar la colilla entre los dedos; de pronto tuve la inequívoca sensación de que me estaban vigilando.

Me sentí bastante aturdido, pero cuidé de no levantar los ojos. Seguí examinando la colilla, el corazón latiendo con fuerza. Era una sensación de pavor, encontrarme en este peligroso sendero, sabiendo que alguien estaba próximo, oculto y observándome.

Deslicé la colilla en mi bolsillo y me enderecé alejándome del borde de la cima del acantilado.

La sensación de ser observado persistía. Con indiferencia miré a mi alrededor. Habían tupidos arbustos, y como a cincuenta yardas, el bosque apretado, me demostró que cualquiera podía estar oculto y observando sin la menor posibilidad de que lo descubriera.

Bajé por el sendero hasta la villa. Durante todo el camino hasta el portón sentía unos ojos que penetraban mi espalda. Tenía que esforzarme para no mirar por encima del hombro.

Recién cuando entré al convertible y lo conduje de prisa por el camino serpenteante hacia Sorrento comencé a distenderme.

Lo primero que hice cuando llegué a Sorrento fue darle las llaves de la villa al Agente de Propiedades. Pagué la renta que se debía y le di mi dirección en Roma para el caso de que llegara a la villa alguna correspondencia para Helen y le pedí que me la enviara.

Comentó que era muy triste que una muchacha tan hermosa hubiera tenido ese horrible accidente. Dijo que le había escrito al dueño de la villa aconsejándole que colocara una verja como defensa en el sendero. No tenía muchos deseos de hablar de verjas y defensas, de manera que emití un gruñido, le di la mano y volví al coche.

Me dirigí a la estación de policía donde recogí la cámara filmadora y su estuche. Grandi me hizo esperar afuera de su oficina durante un cuarto de hora, y luego mandó a un sargento con la cámara. El sargento me hizo firmar un recibo.

Dejé la estación de policía y crucé a tomar el coche, llevando la cámara y su estuche colgado del hombro. Entré al coche, puse en marcha el motor y anduve despacio por la carretera principal congestionada de tránsito.

La experiencia que había tenido en la cima del acantilado me alertó. Advertí por el espejo retrovisor, que un Renault verde oscuro salía desde atrás de otro coche estacionado y que me seguía.

Si no hubiera estado seguro de que alguien me había estado observando allá arriba en el acantilado, no hubiera pensado en algo semejante, pero ahora me sentía suspicaz. El hecho de que había una visera para sol azul oscuro cubriendo el parabrisas del Renault hizo imposible que pudiera ver quién manejaba, y eso me resultó aun más sospechoso.

Enfilé para Nápoles, conduciendo a moderada velocidad, y de tiempo en tiempo miraba por el espejo. El Renault se mantenía respetuosamente a cien yardas de distancia detrás de mí. Yo seguí andando a cuarenta millas por hora, y el Renault atrás.

Recién cuando llegué a la entrada de la autopista decidí ver si el Renault en verdad me seguía o si era una simple coincidencia que se mantuviera a mis espaldas.

Elevé la velocidad del Lincoln a sesenta millas por hora. El Renault seguía a cien yardas detrás de mí. Apreté el acelerador hasta el fondo. El Lincoln picó. Tenía bastante velocidad y pique, y en un minuto más o menos la aguja del velocímetro oscilaba alrededor de las ochenta y siete millas por hora.

El Renault se había quedado atrás, pero también había acelerado. Mientras observaba por el espejo lo vi aminorar la distancia, y estuve seguro de que me seguía.

No tenía ninguna posibilidad de librarme de él en esta autopista recta y llana. El momento para intentar algo sería cuando llegara a Nápoles.

Aflojé la velocidad a setenta millas por hora, y seguí así hasta el final de la

autopista.

El Renault se mantenía en sus cien yardas de distancia, pero cuando me detuve para entregar el boleto al empleado de la salida de la autopista, el Renault, como si el conductor comprendiera que una vez que estuviéramos en el tránsito de Nápoles sería mucho más difícil seguirme, se acercó disminuyendo la brecha que nos separaba. Tuve oportunidad de memorizar el número de la patente del coche. Cuando entré al denso tránsito de Nápoles, nos separaban sólo veinte yardas, más o menos.

Intenté una vez quitarme de encima el Renault, pero no tuve éxito. El conductor era mucho más hábil para maniobrar en el tránsito congestionado que yo, y cuando lo hice sólo conseguí frenéticas maldiciones de los otros conductores de automóviles a ambos lados, y furiosos gritos del tránsito que venía en sentido contrario.

Me dirigí al hotel Vesuvius, puse el Lincoln en el único espacio disponible que había frente al hotel, le dije al portero que lo cuidara y entré de prisa al hall. Entonces me detuve a mirar a través de las puertas giratorias para ver si podía distinguir al Renault, pero no había señales de él.

Entré al bar, ordené Scotch y soda y luego saqué la Paillard Bolex de su estuche. La abrí. Tanto el carretel de la película como el otro carretel para enrollar, faltaban. Cuando aflojé el resorte, un pedazo de película rota como de tres pulgadas de largo cayó en mi mano.

Esto confirmaba lo que había estado pensando que sucedió. Alguien había abierto la cámara, tomado los dos carretes y arrancado la película.

Volví a poner el pedazo de película, y dejé el visor en posición. Luego puse la cámara en su estuche.

Encendí un cigarrillo y me quedé pensando. Parecía probable que X hubiera arrancado la película. La única razón por la cual lo había hecho era porque Helen había fotografiado algo que él quería que nadie lo viera. Las probabilidades eran que X hubiera llegado cuando ella estaba en lo alto del acantilado y que, al aproximarse a ella, Helen hubiera vuelto la cámara hacia él. Después de haberle dado muerte, había arrancado y destruido el film.

Después de *haberle dado muerte*.

Ahora comprendía que desde que había descubierto que faltaba la película de la cámara y que las películas habían desaparecido de la villa sabía que Helen no había muerto en forma accidental. Era algo que detestaba admitir, pero tenía que hacerlo.

Las absurdas presunciones de Chalmers habían sido correctas. Helen no había muerto accidentalmente. Tampoco se había suicidado.

Ahora me encontraba metido en un embrollo mucho mayor del que había imaginado. Helen había sido asesinada, y si yo no tenía mucho cuidado, el dedo acusador pronto me estaría señalando.

SEXTA PARTE

—Es Mr. Dawson, ¿verdad?

Salí de golpe de mi pesadilla, casi dejando caer la cámara y levantando los ojos.

June Chalmers estaba parada delante de mí. Vestía un traje de lino gris, adornado con un cinturón y botones rojos; zapatos rojos de taco alto, y un casquete rojo con una pluma de ganso.

Me puse de pie.

—Así es, Mrs. Chalmers.

—¿Estaba buscando a mi marido?

—Esperaba encontrarlo antes de que partiera.

—No tardará.

Tomó asiento en un sillón próximo al que yo había estado ocupando, cruzó las piernas y me dejó ver sus rodillas.

—Por favor, siéntese, Mr. Dawson, quiero hablar con usted.

—¿Desea tomar algo?

Meneó la cabeza.

—No, gracias. Acabo de almorzar. Esperamos tomar el avión de las tres y cuarenta. Mr. Chalmers está supervisando el empaque, ahora. Le gusta hacer eso personalmente.

Me senté y la miré.

—Mr. Dawson, no tengo mucho tiempo —dijo—. Por favor no me interprete mal si parezco severa con respecto a Helen, pero tengo que hablarle de ella. Mi marido es un hombre muy insensible y duro, pero como muchos hombres duros, tiene una faceta sentimental. Todo su afecto y amor estaban volcados en su hija. Quizás sea difícil que lo crea, pero la adoraba.

Me moví inquieto. No sabía adónde llevaba esto. Recordaba lo que Helen había dicho sobre su padre, y cuán amargada se había mostrado. Dijo que ella no le interesaba a su padre, que éste sólo pensaba en si mismo y en encontrar mujeres nuevas para divertirse. Lo que June Chalmers me estaba diciendo no coincidía.

—Según me han dicho, no producía esa impresión —dije con cautela—. La mayor parte de la gente piensa que no tenía tiempo para ocuparse de su hija.

—Ya lo sé. Esa es la impresión que causaba, pero en realidad, era ridículamente afecto a ella. Deseaba que no lo consideraran un padre indulgente, y con bastante estupidez, la mantenía corta de dinero. Pensaba que mucho dinero la perjudicaría, y le tenía asignada una cantidad muy pequeña.

Me hundí un poco más en mi silla. No puedo decir que todo esto me interesara mucho.

—Supongo que usted estará deseando volver a Nueva York a hacerse cargo de su nuevo puesto: el Departamento de Exterior, ¿me equivoco? —preguntó abruptamente.

Eso retomó mi atención.

—Sí, así es.

—¿Ese puesto significa mucho para usted?

—Desde luego...

—Mi marido tiene muy buena opinión de usted —continuó—. Me ha dicho lo que quiere que usted haga. Me refiero a lo de Helen. Está seguro de que la han asesinado. De tanto en tanto tiene ideas fijas, y nada que uno pueda decir o hacer lo disuade de ellas. La policía y el forense están de acuerdo en que fue un accidente. Creo que usted también piensa así.

Me miró inquisitivamente.

Sin razón alguna diría que de pronto me sentí incómodo en su presencia. Quizás fuera porque me parecía que su sonriente calma era fingida. Había una tensión reprimida en su continente que podía sentir más que ver.

—No lo sé. Eso es algo que voy a investigar.

—Sí. Y esto me trae a lo que quiero decirle, Mr. Dawson. Quiero advertirle que tenga cuidado y no indague demasiado en este asunto. Mi marido estaba loco con Helen. No me gusta hablar mal de nadie que no pueda defenderse, pero en este caso no tengo alternativa. Él pensaba que ella era una muchacha buena, decente, estudiosa. Pero no era así. No había nada que no hiciera por dinero; absolutamente nada. Vivía para el dinero. Mi marido sólo le tenía asignado sesenta dólares semanales. Me consta que gastaba doscientos o trescientos dólares por semana cuando vivía en Nueva York. No tenía escrúpulos de ninguna especie cuando se trataba de obtener dinero. Era quizás la mujer más casquivana, indisciplinada, inmoral y desagradable que haya conocido.

La voz ronca con que dijo esto me desagradó.

—Ya sé que es una cosa espantosa lo que digo, pero es la verdad. —Continuó June—. Si indaga en su pasado lo descubrirá usted mismo. Estaba totalmente corrompida. Esta no era la primera vez que estuvo embarazada. Una cosa así no la habría preocupado. Sabía lo que tenía que hacer y a quién recurrir. Los hombres con quienes salía eran degenerados y criminales. ¡Si alguien merecía ser asesinado, era ella!

Aspiré con profundidad y lentitud.

—¿Y a pesar de todo eso usted no cree que fue asesinada? —pregunté.

—No lo sé —quedose mirándome—. Lo único que sé es que la policía está de acuerdo en que murió en forma accidental. ¿Por qué no se da por satisfecho usted?

—Su marido me ha dicho que debo hacer una investigación. Fue una orden.

—Si investiga su muerte como un asesinato, es seguro que descubrirá una serie de asuntos desagradables con respecto a ella. Estoy segura que se condujo en Roma como lo hizo en Nueva York. Será imposible ocultarle esto a mi esposo. Él está completamente convencido de que Helen era una muchacha de vida honesta y limpia. Lo que usted le tendrá que decir va a molestarlo. No le perdonará que haga añicos sus ilusiones con respecto a su hija, ni es probable que dé la posición más importante de su periódico a un hombre que le ha demostrado cuán tontamente ha sido engañado por una hija degenerada e indigna. ¿Ahora comprende por qué le pido que no investigue muy hondo en este asunto?

Tomé mi vaso de whisky y lo terminé.

—¿Cómo es que usted conoce tantas cosas de Helen Chalmers?

—No soy ciega ni estúpida. Hace años que la conozco. He visto los hombres con quienes ella estaba vinculada. Su conducta era notoria.

Yo sabía que en el fondo había más que eso, pero no lo demostré.

—Esto si que me coloca en una situación muy embarazosa —respondí—. Mr. Chalmers me ha dicho que si no descubro los hechos, no me dará el empleo. Ahora usted me dice que si lo hago, no conseguiré el empleo. Me pregunto, ¿qué debo hacer?

—No los saque a luz, Mr. Dawson. Demore las cosas. Después de un tiempo, mi marido se repondrá del impacto de la muerte de su hija. Por el momento está furioso y se siente vengativo, pero cuando vuelva a Nueva York y el trabajo lo acapare una vez más, se calmará. Dentro de un par de semanas puede informar sin temor que no hay progresos en la indagación. Le aseguro que dejará de lado el asunto, y le prometo que si no comienza una investigación tendrá su puesto en el Departamento de Exterior. En cambio si investiga y mi marido se entera de la verdad de la vida de Helen, jamás lo perdonará...

—¡De manera que usted sugiere que me quede sentado y no haga nada!

Durante un momento su sonrisa estereotipada se apagó. A sus ojos asomó una mirada de miedo que me sorprendió. La vi por una fracción de segundo, y luego volvió la sonrisa, pero yo había visto bien que tenía miedo.

—Por supuesto que tendrá que decirle a mi marido que está haciendo cuanto puede, Mr. Dawson. Tendrá que mandarle informes, pero nadie puede culparlo si no descubre ninguna información que valga la pena. —Se inclinó hacia adelante, y puso su mano en la mía—. Por favor, no investigue la vida de Helen en Roma. Yo tengo que vivir con mi marido. Sé cómo reaccionaría si supiera la verdad con respecto a Helen. Fui yo quien lo persuadió de que la dejara venir a Roma, y me culparía, de manera que no sólo es por usted que le estoy pidiendo esto, sino también por mí.

Estaba sentado dando frente al hall de recepción cuando vi a Chalmers salir del ascensor y dirigirse al escritorio de la recepción. Saqué mi mano de la suya y me puse

de pie.

—Aquí está Mr. Chalmers.

Su boca se endureció, y se volvió para saludar con la mano a Chalmers quien se acercó. Llevaba un sobretodo liviano en el brazo y un portafolio en la mano.

—Hola, Dawson, ¿quería verme? —preguntó poniendo el portafolio en el sillón — no tenemos mucho tiempo.

Había pensado decirle lo de las películas que faltaban y lo del Renault que me había seguido, pero ahora, habiendo oído a June Chalmers, decidí que era mejor tomarme algún tiempo para reflexionar sobre lo que ella me había dicho, antes de comprometerme. De pronto no sabía cómo explicar mi presencia aquí.

Pero June me sacó del apuro.

—Mr. Dawson trajo la cámara de Helen —dijo. Durante un momento me pregunté cómo sabía que la cámara era de Helen, pero mirando el estuche, comprendí que había visto las iniciales. De todas maneras, este despliegue de ingenio me demostró que era mucho más lista de lo que había imaginado.

—No la quiero, no quiero ninguna cosa que le haya pertenecido —dijo Chalmers con sequedad—. Deshágase de ella.

Le dije que lo haría.

—¿Encontró algo en la villa?

Tropecé con los ojos ansiosos de June. Meneé la cabeza.

—Nada importante.

Gruñó.

—Bien, espero resultados. Debe encontrar a este canalla de prisa. Ponga hombres que lo ayuden. Espero recibir alguna noticia para cuando llegue a Nueva York... ¿comprende?

Respondí que comprendía.

Sacó del bolsillo una llave Yale.

—La policía me dio esto. Es la llave de su apartamento en Roma. Es mejor que se ocupe de que recojan las cosas de ella y las vendan. Lo dejo en sus manos. No quiero que me envíe nada.

Tomé la llave.

—Deberíamos partir, Sherwin —dijo de pronto June. Miró su reloj pulsera.

—Sí, está bien. Lo dejo en sus manos, Dawson. Encuentre a este canalla y hágame saber en cuanto lo encuentre.

Saludó con la cabeza, y recogiendo su portafolio, salió del bar hacia el hall de recepción.

June me miró con fijeza mientras lo seguía. Los acompañé hasta el Rolls.

—Quiero que me tenga al tanto de lo que hace —dijo Chalmers por la ventanilla abierta del coche. No tenga temor de gastar dinero. Tendrá todo el que necesite para

esto. Cuanto más rápido ande en este asunto tanto más pronto tendrá el Departamento de Exterior.

Le dije que haría cuanto estuviera a mi mano. Mientras el Rolls se alejaba, June Chalmers se volvió para mirarme por el vidrio de atrás. Todavía tenía una expresión ansiosa en los ojos.

Llegué a Roma alrededor de las seis.

Durante el trayecto busqué al Renault, pero no lo vi. Dejando el Lincoln en la playa de estacionamiento, caminé por la escalera privada que lleva directamente a mi apartamento.

Abrí la puerta de calle, llevé mi maleta al dormitorio; volviendo a la sala, me preparé un whisky con soda y luego me senté al lado del teléfono. Llamé a Carlotti.

Después de alguna demora alguien atendió.

—Soy Dawson; acabo de llegar.

—¿Sí? ¿El *signor* Chalmers ya ha partido para Nueva York?

—Así es. El forense parece estar de acuerdo en que fue un accidente... ¿sabe usted algo?

—No sabría decirle —respondió Carlotti—. La investigación comienza el lunes.

—Chalmers ha hablado con él. También ha hablado con su jefe —respondí mirando la pared de enfrente.

—Tampoco sé nada de eso.

Hubo una pausa, pero como parecía dispuesto a actuar en forma elocuente, continué:

—Quiero pedirle un favor. Necesito información acerca de un automóvil cuyo número de patente le voy a dar.

—Por supuesto. Deme el número y lo volveré a llamar.

Le dí el número del Renault.

—No demoraré mucho.

Colgué y me instalé cómodamente en mi sillón. Tenía el whisky con soda en la mano mientras miraba pasar el tránsito que daba vuelta alrededor del Forum.

Permanecí así durante diez minutos, sin pensar, dejando que mi mente vagara hasta que sonó el teléfono.

—¿Está seguro que no se ha equivocado al darme el número del coche? —preguntó Carlotti.

De eso estaba seguro.

—No lo creo... ¿por qué?

—Porque ese número no está registrado.

Me pasé los dedos por entre el pelo.

—Comprendo. —No quería despertar su curiosidad—. Lo lamento, teniente. Pensándolo bien, podría haberme equivocado.

—¿Tiene alguna razón para preguntármelo? ¿Tiene algo que ver con la muerte de la *signorina* Chalmers?

Sonreí sin muchas ganas.

—Se trata de un individuo que pasó rozando mi coche. Pensé denunciarlo.

Hubo una breve pausa; luego Carlotti dijo:

—No vacile en pedirme ayuda cuando lo necesite. Para eso estoy aquí.

Le agradecí y colgué.

Encendí un cigarrillo y continué mirando por la ventana. El asunto se estaba complicando.

Aun cuando tenía mucho sentido el argumento de June de que Chalmers podía volverse contra mi si le demostraba cómo había sido en realidad la hija con la que estaba tan encariñado, sabía que no pensaba en mí cuando me pidió que dejara de lado la investigación; temía que saliera a luz algo que pudiera afectarla.

Yo también sabía que si mentía con respecto a la investigación, Chalmers se enteraría. Me despediría y pondría a algún otro en mi puesto.

También sabía que si Carlotti sospechaba que Helen había sido asesinada, nadie, sin mencionar a Chalmers, impediría que buscara el asesino.

Me levanté de la silla y me dirigí al teléfono. Llamé a Maxwell.

La operadora me informó que no contestaban de la oficina, así es que le rogué que me conectara con el hotel donde vivía Maxwell. El empleado me dijo que Maxwell había salido. Respondí que volvería a llamar y colgué.

Encendí otro cigarrillo y me pregunté cuál sería mi próximo movimiento. Me parecía que debía llevar adelante la investigación. Decidí ir al apartamento de Helen. Podría o no encontrar algo que me diera una pista en este rompecabezas.

Guardé la cámara en un cajón de mi escritorio, y luego salí en busca del Lincoln. No me preocupé de sacar mi coche del garaje; utilicé el Lincoln. Me tomó veinte minutos llegar al edificio del apartamento de Helen. Cargué sus maletas en un ascensor automático y luego hasta la puerta de entrada.

Saqué la llave Yale que Chalmers me había dado, y miré mi reloj. Eran las ocho menos veinte. Abrí la puerta y entré al hall.

Un débil aroma de su perfume me produjo una sensación fantasmal mientras cruzaba el hall hasta la sala. Parecía que sólo pocas horas antes ella y yo estábamos hablando sobre nuestra proyectada estadía en Sorrento; sólo pocas horas desde que la besé por primera y única vez.

Me detuve bajo el dintel de la puerta y miré, al otro lado de la habitación, el escritorio donde habían estado las diez cajas de películas, pero ya no estaban allí. Había existido la remota posibilidad de que hubiera olvidado llevarlas a Sorrento. Que no estuvieran en el escritorio subrayaba el hecho de que alguien las había robado en la villa.

Entré en la habitación y miré en derredor. Después de un momento de vacilación me dirigí al escritorio y me senté frente a él. Abrí un cajón tras otro. Topé con las cosas corrientes que se espera encontrar en los cajones de un escritorio: papel de

cartas, papel secante, tinta, gomitas y cosas así. Encontré todo eso, pero no encontré ningún papel personal, cuentas, cartas o diario, en ninguna parte. Me tomó algunos momentos comprender que alguien debía haber estado aquí antes que yo, llevándose del escritorio todo trozo de papel usado. ¿Sería la policía, o la misma persona que robó las películas?

Intranquilo, me dirigí al dormitorio. Hasta que revisé los distintos placards y los cajones de la cómoda no comprendí cuán lujoso y caro era el guardarropa de Helen. Chalmers me había ordenado que me deshiciera de todas sus cosas, pero contemplando las docenas de vestidos, tapados, zapatos, tres cajones llenos de ropa interior y un cajón repleto de joyas, comprendí que el trabajo era mucho para hacerlo solo, y decidí recurrir a la ayuda de Gina.

Volví a la sala y la llamé por teléfono. Fue una suerte encontrarla. Me dijo que en ese momento se proponía salir a comer afuera.

—¿Podrías venir acá? —le di la dirección—. Tengo un trabajo inmenso para ti. Toma un taxi. Cuando terminemos te llevaré a comer.

Respondió que vendría en seguida.

Mientras colgaba el auricular advertí en la pared próxima al teléfono un número telefónico escrito con lápiz. Me incliné para mirarlo. Apenas se distinguía y sólo encendiendo la lámpara pude leerlo. Era un número de Roma.

Se me ocurrió que Helen no lo hubiera anotado en la pared si no fuera importante para ella, y un número al cual hubiera llamado con frecuencia. Había buscado una libreta de números telefónicos cuando registré el escritorio, pero no la había encontrado. El hecho de que no hubiera otros números escritos en la pared me pareció significativo.

En la excitación del momento tomé el receptor y llamé al número. Lamenté el impulso tan pronto oí el burr-burr del llamado. Por lo que yo sabía podría ser el número de X, y no quería que sospechara que ya andaba sobre su pista. Estaba por colgar el receptor cuando oí el clic en el teléfono. Mi tímpano casi estalló cuando una voz chilló en italiano:

—¿QUÉ ES LO QUE QUIERE?

Era la voz más violenta e incontrolada que hubiera oído por teléfono.

Mantuve el auricular lejos de mi oído y escuché.

Podía oír el débil sonido de la música: algún tenor cantaba posiblemente en la radio *El lucevan le stelle*.

El hombre que contestó el teléfono gritó:

—¡HOLA! ¿QUIÉN ES?

Su voz atronadora era imponente.

Pasé la uña sobre la bocina del teléfono para retener su atención.

Luego oí que una mujer decía:

—¿Quién es, Carlo? ¿Es necesario gritar así? —hablaba con un fuerte acento norteamericano.

—Nadie contesta —le replicó en inglés en un tono algo más suave.

Hubo un clic, cuando dejó el receptor.

Me quedé mirando por la ventana. Carlo... y una mujer norteamericana.

Con mucho cuidado colgué. Podría significar algo o nada. Helen podía haber hecho muchos amigos durante su estadía en Roma. Carlo pudo haber sido sólo un amigo, pero el número anotado en la pared era intrigante. Si no era más que un amigo, ¿por qué tendría el número anotado en la pared? Por supuesto podría habérselo dado por teléfono, y no teniendo ella a mano un anotador lo escribió en la pared. Esa podía ser una explicación, pero en cierto modo yo no lo creía. Si esto hubiera sucedido, seguramente ella lo hubiera borrado, después de anotar en su libreta.

Apunté el número en la solapa de un sobre; luego, mientras ponía el sobre en mi billetera, sonó el timbre.

Hice entrar a Gina al apartamento.

—Antes de hablar —le dije— ven, quiero que mires esto. Chalmers desea que me deshaga de todo. Me dijo que lo vendiera y diera el dinero a un instituto de beneficencia. Es una buena tarea. Hay bastante ropa como para abrir una tienda.

La llevé al dormitorio y me quedé atrás mientras ella miraba los placards y cajones.

—No va a resultar difícil, Ed —me dijo—. Conozco una mujer que se especializa en buena ropa de segunda mano. Hará una oferta sobre todo el conjunto y lo llevará.

Respiré aliviado.

—¡Qué suerte! Esperaba que tuvieras una solución. No me importa lo que ofrezca con tal de que se lleve todo y nos saquemos el apartamento de entre las manos.

—La *signorina* Chalmers debe haber tenido mucho dinero —exclamó Gina, examinando los vestidos—. Algunos están sin estrenar, y han sido comprados en las casas más caras de Roma.

—Bien; no recibía el dinero de Chalmers; supongo que alguien se lo daba.

Gina se encogió de hombros y cerró la puerta del placard.

—No consiguió todas estas cosas a cambio de nada. No la envidio.

—Ven a la otra habitación; quiero hablar contigo. —Me siguió a la sala y se dejó caer en, una silla.

—Ed, ¿por qué se hacía llamar Mrs. Douglas Sherrard?

Si las paredes de la habitación se hubieran caído de pronto sobre mí, no me hubiera sentido más atolondrado.

—¿Qué...? ¿Qué es lo que dices? —pregunté mirándola.

Ella me devolvió la mirada.

—Te pregunté, ¿por qué se hacía llamar Mrs. Douglas Sherrard? Es obvio que no debí hacerlo. Lo lamento.

—¿Cómo sabes que se hacía llamar de esa manera?

—Reconocí la voz cuando llamó poco antes de salir tú de vacaciones.

Debí de haber sabido que Gina reconocería la voz de Helen por teléfono. Había hablado dos veces con Helen cuando por primera vez llegó a Roma, y Gina tenía una memoria prodigiosa para las voces.

Me dirigí al bar.

—¿Quieres algo de beber, Gina? —pregunté tratando de mantener mi voz normal.

—Sí, Campari, por favor.

Saqué la botella de Campari y otra de Scotch. Me preparé un trago fuerte, y Campari con soda para Gina y traje los vasos.

Conocía a Gina desde hacía cuatro años. Hubo un momento en que creí estar enamorado de ella. Trabajar con ella un día tras otro, la mayor parte del tiempo solos, había ofrecido la tentación de intimar con Gina. A causa de esto tuve cuidado de mantener nuestras relaciones más o menos en términos de trabajo.

Había conocido a muchos periodistas que trabajaban en Roma que habían intimado demasiado con sus secretarías. Tarde o temprano las muchachas escapaban al control o algún visitante importante descubría el enredo y allí empezaban los problemas. De manera que fui estricto conmigo mismo con respecto a Gina. Nunca le hice la menor insinuación, Y sin embargo algo nos unía, algo que no se había hablado, ni prevenido, que me daba la convicción de que, cualquiera fuera la emergencia, podía confiar por completo en ella.

Decidí mientras preparaba las bebidas relatarle toda la historia sin ocultar nada. Tenía mucha fe en sus opiniones y, sabiendo el embrollo en que me encontraba, sentía que era hora de consultar una opinión imparcial.

—¿Te molestaría si te convirtiera en mi madre profesora, Gina? —le dije sentándome frente a ella—. Tengo muchas cosas dentro de mí que me gustaría compartir con alguien.

—Si hay algo que pueda hacer...

El timbre de la puerta la interrumpió. Durante un largo momento nos miramos.

—Vaya, ¿quién puede ser? —pregunté poniéndome de pie.

—Quizás sea el encargado queriendo saber quién está acá —dijo Gina.

—Sí, podría ser.

Crucé la habitación Y salí al hall. Cuando llegué al picaporte, la campanilla sonó otra vez.

Abrí la puerta.

El teniente Carlotti estaba en el corredor. Detrás de él había otro detective.

—Buenas noches —dijo Carlotti—. ¿Puedo entrar?

Al verlo allí comprendí por primera vez lo que debe sentir un criminal cuando de pronto se enfrenta con la policía. Durante un segundo más o menos, permanecí paralizado, mirándolo. Mi corazón pareció dejar de latir y luego comenzó a latir con una violencia tal que tuve dificultad para respirar. ¿Había venido a arrestarme? ¿Habría descubierto de alguna manera que yo era Sherrard?

Gina apareció en el dintel de la puerta de la sala.

—Buenas noches, teniente —dijo. Su voz tranquila y serena tuvo el efecto de apaciguarme.

Carlotti se inclinó para saludarla.

Yo permanecí a un lado.

—Entre, teniente.

Carlotti se adelantó.

—El sargento Anoni —dijo, señalando con la cabeza a su compañero, quien lo siguió al hall.

Yo indiqué el camino hacia la sala. Ya me había recuperado de la primera impresión de ver a Carlotti, pero todavía estaba un poco sacudido.

—Esto es inesperado, teniente —dije—, ¿sabía que yo estaba en el apartamento?

—Pasaba por aquí. Vi luces y tuve curiosidad por saber quién había venido. Es una suerte. Quiero hablar con usted.

Anoni, bajo, grueso, con una cara chata e inexpresiva, estaba reclinado contra la pared, al lado de la puerta. Parecía no interesarse en los acontecimientos.

—Bien, tome asiento —le dije mostrando a Carlotti una silla con la mano—. Estamos tomando una copa. ¿Quiere acompañarnos?

—No, gracias.

Anduvo por la habitación con las manos en los bolsillos de la chaqueta. Dirigiéndose a la ventana, miró hacia afuera; luego, dándose vuelta, vino hacia donde yo estaba parado y se sentó cerca de mí. Yo también tomé asiento. Gina lo hizo en el brazo de un sillón.

—Esta mañana me enteré por el teniente Grandi que usted había recogido la cámara de la *signorina* Chalmers —dijo Carlotti.

Sorprendido respondí:

—Así es. Grandi dijo que había terminado con ella.

—Eso creí, pero he estado reflexionando acerca de esa cámara. —Carlotti sacó un paquete de cigarrillos y encendió uno. Sabía que no debía ofrecernos ni a Gina ni a mí esta marquilla que fumaba—. Creo que me apresuré un poco al dejar de lado la cámara. ¿No tiene objeción en devolvérmela?

—Por supuesto que no. Se la llevaré mañana a la mañana. ¿Está bien?

—¿No está aquí?

—No. Está en mi apartamento.

—Quizás no resulte demasiado molesto si la recogemos esta noche.

—Está bien. —Encendí un cigarrillo y me miré al espejo. Necesitaba un trago—.

¿Por qué este repentino interés en la cámara, teniente?

—Reflexionando, me sorprende que no haya tenido una película adentro.

—Ha pensado en eso un poco tarde... ¿no le parece?

Se encogió de hombros.

—En un primer momento pensé que era posible que la *signorina* hubiera olvidado poner una película en la cámara, pero luego hablé con un experto. Teniendo presente que el indicador de la cámara demostraba que se habían utilizado doce pies de película, parecería que había película en la cámara y que alguien la sacó. No estoy muy familiarizado con cámaras cinematográficas. Ahora comprendo que la dejé de lado demasiado pronto.

—Bien, no hay perjuicio alguno. La tendrá esta noche.

—¿No tiene idea de quién ha sacado la película?

—No, salvo que fuera la misma *signorina*.

—La película se sacó aparentemente sin abrir la traba. Eso significaría que la película estaría expuesta a la luz a medida que se sacaba y por ende estaría arruinada. La *signorina* no haría una cosa así.

—Supongo que no. —Me recliné en la silla—. Pensé que el asunto estaba terminado, teniente. Ahora parece tener algunas dudas.

—Las dudas me han sido impuestas —respondió Carlotti—. La *signorina* compró diez cajas de películas. Faltan. También faltaba la película en la cámara. Registré el apartamento hoy a la mañana. No hay papeles privados que informen nada. Considerando que la *signorina* permaneció aquí casi trece semanas, parece extraño que aparentemente no haya recibido ni escrito una carta, que no haya tenido cuentas, ni seguido un diario, que no tuviera una libreta con números telefónicos. Es extraño, salvo, por supuesto, que alguien hubiera estado acá y retirado todos los papeles privados.

—Yo también advertí eso —dije poniendo mi vaso sobre la mesa—. También, por supuesto, ella podría haber ordenado las cosas antes de partir.

—Eso es posible, pero no probable. ¿Está aquí para cerrar el apartamento?

—Sí. Chalmers me dijo que me deshiciera de todas sus cosas —Carlotti estudió sus uñas inmaculadas, luego me miró de frente.

—Lamento alterar sus arreglos, pero debo pedirle que por el momento deje las cosas como están. Intento cerrar y sellar el apartamento hasta después de la investigación.

Tenía que protestar por esto, aun cuando ahora estaba seguro de lo que pasaba por

su mente.

—¿Por qué, teniente?

—Digamos que es una rutina normal —respondió Carlotti con suavidad—. Es posible que haya una investigación después de la encuesta.

—Pero entiendo, por lo que dijo Chalmers, que el forense está de acuerdo en dar un veredicto de muerte accidental.

Carlotti sonrió.

—Creo que esa fue su intención, basada en las evidencias que tenía, pero como la encuesta no se hará hasta el lunes, es posible que surjan nuevas evidencias que arrojen luz sobre la situación.

—A Chalmers no le agradará.

—Es muy lamentable.

Era obvio que ya no temía a Chalmers.

—¿Ha hablado ya con su jefe? —pregunté—. Creo que Chalmers también tuvo una conversación con él.

Carlotti sacudió la ceniza del cigarrillo dentro de su mano y luego la tiró a la alfombra.

—Mi jefe está de acuerdo conmigo. Es posible que la muerte de la *signorina* fuera un accidente, pero la falta de las películas, este norteamericano que fue visto en Sorrento, el hecho de que este apartamento ha sido despojado de todos los papeles personales, nos obliga a pensar que hay motivos para hacer una investigación. —Me echó una larga bocanada de humo—. También hay otra cosa que me intriga. Me dice el gerente del banco de la *signorina* que ella tenía una mensualidad de sesenta dólares semanales. Cuando llegó a Roma tenía un pequeño baúl y una maleta. Probablemente ha visto lo que contenían sus placards y los cajones de la otra habitación. ¿Me pregunto de dónde salió el dinero para todas estas cosas?

Era evidente que había comenzado a indagar la conducta de Helen, y recordé la mirada de miedo de June cuando me pidió que no ahondara en ese pasado.

—Advierto que tiene algunos problemas —le dije con la mayor indiferencia que pude.

—Será mejor que vayamos ahora a su apartamento y recojamos la cámara —dijo Carlotti poniéndose de pie—. Así no necesitaré molestarlo otra vez.

—Bien. —Me incorporé diciendo—. Gina, ven con nosotros. Comeremos después de darle la cámara al teniente.

—¿Quiere ser tan amable de darme la llave de este apartamento? —dijo Carlotti—. Se la devolveré dentro de pocos días.

Le di la llave, que entregó a Anoni.

Salimos al corredor. Anoni no vino con nosotros. Permaneció en el apartamento.

Mientras los tres descendíamos en el ascensor, preguntó Carlotti:

—Ese número de patente que me dio, ¿no tenía nada que ver con la *signorina*?

—Ya se lo dije. Ese individuo casi se me echó encima. No se detuvo. Me pareció que había tomado bien el número, pero es evidente que no fue así.

Sentía sus ojos en mi cara. No hablamos más hasta que estuvimos en el coche y entonces dijo:

—¿Puede darme los nombres de algunos amigos de la *signorina*?

—Lo lamento, no puedo. Ya le dije que apenas la conocía.

—¿Pero ha hablado con ella?

La suavidad de su tono me puso en guardia.

—Por supuesto, pero no me dijo nada de su vida en Roma. Después de todo era la hija de mi jefe, y no se me pasó por la cabeza dudar de ella.

—¿La llevó a comer al restaurante de Trevi hace cuatro semanas?

Sentí como si alguien me hubiera dado un puñetazo debajo del corazón. ¿Cuánto más sabía? Alguien debió vernos. No me atrevía a mentirle.

—Ahora que lo recuerdo creo que sí. La encontré por casualidad en momentos en que yo iba a comer, y la invité.

Hubo una pausa y dijo:

—Comprendo.

Enfilé con el coche por la calle donde vivo y me detuve frente a mi entrada privada.

Había una atmósfera bastante tensa en el automóvil. Mi corazón latía con tanta fuerza contra mi costado que tuve miedo de que lo oyeran.

—¿Y esa fue la única oportunidad en que salió con ella?

Mi mente trabajaba a toda velocidad. Habíamos estado en dos cinematógrafos, y comido dos o tres veces juntos.

Para ganar tiempo pregunté:

—¿Qué dijo?

Abrí la puerta del coche y salí. Él me siguió a la acera.

Paciente, y sin muchas esperanzas, repitió la pregunta.

—Que recuerde. —Me incliné hacia el coche—. No tardaré mucho —dije a Gina—. Espérame aquí y comeremos juntos.

Carlotti siguió tras de mí por la escalera de espiral. Estaba canturreando entre dientes y podía sentir sus ojos fijos en mi nuca.

Caminé por el pasillo que conduce directamente a la puerta de entrada. Estaba en la mitad del pasillo cuando advertí que la puerta estaba entreabierta. Me detuve de pronto.

—¡Vaya... esto sí que es curioso! —dije.

—¿La dejó cerrada cuando salió? —preguntó Carlotti, adelantándoseme.

—Por supuesto.

Llegamos a la puerta juntos.

—¡Oh, maldición! Parece que han entrado ladrones —dije señalando la cerradura rota de la puerta. Hice un movimiento para entrar en el hall, pero Carlotti me hizo retroceder.

—Por favor... déjeme que yo entre primero —dijo con sequedad, y moviéndose silenciosamente, entró al hall, lo cruzó con dos pasos rápidos y abrió la puerta de la sala. Yo estaba pegado a sus talones.

Todas las luces encendidas. Nos detuvimos en el umbral de la puerta y miramos a la habitación que parecía como si hubiera sido castigada por un huracán.

Todo estaba en desorden. Los armarios abiertos, un par de sillas caídas, todos los cajones del escritorio abiertos, y todos mis papeles esparcidos por el piso.

Carlotti entró en mi dormitorio. Luego lo oí pasar al cuarto de baño.

Me dirigí al escritorio. Busqué en el fondo del cajón donde había ocultado la cámara bajo llave. La cerradura había sido forzada, y por supuesto, la cámara había desaparecido.

SÉPTIMA PARTE

Eran las once y diez cuando me vi libre de Carlotti y la multitud de detectives que llegaron a mi apartamento, empolvando todo en busca de huellas digitales, metiendo la nariz en cada cosa, fotografiando la puerta hecha pedazos y convirtiendo todo en un infierno.

Bajé para explicarle a Gina la situación y para decirle que no me esperara. Ella quiso quedarse, pero no la dejé. Tenía demasiados problemas en la mente para tenerla a mi alrededor además de la policía.

Me dijo que llamaría a la mañana, me miró preocupada, y luego se fue en un taxi.

Carlotti escuchó mis explicaciones sobre la cámara, le mostré dónde la había guardado, y examinó la cerradura rota del cajón.

No estoy seguro que creyera lo que yo le decía. Su rostro permanecía inexpresivo, pero tenía la impresión de que sólo estaba manteniendo su calma y cortesía habituales, con gran esfuerzo.

—Esto es una curiosa coincidencia, *signor* Dawson —dijo—. Tiene la cámara sólo por unas horas, y entran ladrones y se la roban.

—¿Sí? —respondí con sarcasmo—. Y no sólo roban la cámara, también se llevan mis trajes, mis cigarrillos, mis bebidas y mi dinero. Yo no le llamo coincidencia.

Uno de los hombres de Carlotti se acercó diciendo que no habían más huellas digitales que las mías.

Carlotti me miró pensativo y se encogió de hombros.

—Tendré que informar de esto a mi jefe —dijo.

—Infórmele al Presidente si lo desea —repliqué— siempre que me devuelva la ropa.

—La cámara es una pérdida seria, *signor*.

—No me importa un ardite la cámara. Ese es asunto suyo. Si hasta ahora no se dio cuenta de lo importante que era, no puede culparme a mí de que haya sido robada. Grandi me entregó la cámara y yo le firmé un recibo. Me dijo que ni usted ni él la necesitaban. De manera que no me mire como si yo hubiera urdido este robo para causarle problemas.

Me tranquilizó diciendo que no había necesidad de encolerizarse por un asunto tan desgraciado.

—Está bien, no estoy colérico. ¿Quiere sacar a sus hombres de aquí para arreglar esto y poder comer algo?

Les llevó una media hora más para convencerse de que el ladrón no había dejado rastro alguno y por fin, y con mucho desgano, se marcharon.

Carlotti fue el último en irse.

—Esta es una situación muy delicada —dijo y se detuvo en la puerta—. No

debieron darle la cámara.

—Ya lo sé. Lo comprendo. Lo lamento por usted, pero me la dieron y usted tiene mi recibo. No puede culparme por lo que pasó. Lo lamento pero no voy a desvelarme por ello.

Comenzó a decir algo, cambió de idea, se encogió de hombros y salió.

Tenía la impresión allá en el fondo de que estuvo en un tris de acusarme de haber planeado el robo yo mismo sólo para que él no pudiera echarle mano a la cámara. Yo tampoco me engañaba. Estaba seguro de que, aun cuando la mayor parte de mi ropa, cigarrillos y tres botellas de Scotch y algunos miles de libras faltaban, el ladrón sólo había entrado con un propósito: la cámara.

Mientras ordenaba con rapidez el dormitorio y la sala, pensaba. En el fondo de mi mente tenía la imagen del intruso de hombros anchos que vi merodear en la villa de Sorrento. Estaba dispuesto a apostar que él era el hombre que había entrado para apoderarse de la cámara.

Recién terminaba de arreglar la sala cuando sonó la campanilla.

Me dirigí al hall, pensando que Carlotti había vuelto con un manojito de nuevas preguntas. Moví el picaporte y abrí la puerta. Jack Maxwell estaba parado afuera.

—¡Hola! Me he enterado de que han entrado ladrones en tu casa.

—Sí, pasa.

Miró la cerradura rota de la puerta con un interés mórbido, y luego me siguió a la sala.

—¿Robaron mucho?

—Las cosas usuales. Estoy asegurado, de manera que no importa. —Me dirigí al bar—. ¿Quieres una copa?

—Tomaría un brandy. —Se dejó caer en la silla—. ¿El viejo se mostró satisfecho en la forma en que manejé el asunto publicitario de Helen?

—Parecía que sí. ¿Tuviste muchos problemas?

—Uno o dos de los muchachos comenzaron a hacer preguntas hábiles, pero les dije que era mejor que hablaran con Chalmers. Dijeron que preferían besar a un enfermo de viruela. El viejo es sin duda uno de los hombres más queridos del mundo. —Tomó el brandy que le ofrecí—. ¿Se ha ido o está aquí todavía?

—Partió en el avión de las tres y cuarenta desde Nápoles. —Me preparé un whisky con soda—. Por ahora no me digas nada. Quiero comer algo. No he probado bocado desde la hora del almuerzo.

—Es demasiado tarde. —Tomé el receptor y llamé al encargado. Le pedí que me trajeran un sándwich de pollo y que se diera prisa.

—Bien, dame la información —dijo Maxwell, cuando colgué— ¿averiguaste qué estaba haciendo en un lugar así, sola? ¿Cómo murió?

Tuve cuidado con lo que le decía. Le informé que había un hombre en el fondo,

que la policía no estaba totalmente segura de que la muerte de Helen hubiera sido accidental, y que Chalmers me había pedido que me quedara para vigilar sus intereses. No le comenté lo que June me había dicho, ni que Helen estaba embarazada.

Estaba sentado escuchando y bebiendo su brandy.

—¿De manera que no te marchas en seguida?

—Todavía, no.

—Te dije que el viejo hijo de perra querría una investigación, ¿no es cierto? Bien, gracias a Dios que no estoy complicado en este asunto.

Le respondí que era muy afortunado.

—¿Qué le pasa a la policía? ¿Por qué no están satisfechos?

—A Carlotti le gustan los misterios. Siempre hace un montante de todo.

—¿Chalmers cree que fue un accidente?

—Se muestra muy razonable.

—¿Y tú?

—No lo sé.

—Esa muchacha era una ramera. ¿No creerás que su amigo la arrojara por el acantilado?

—Espero que no. Chalmers enloquecería con una cosa así.

—Es muy probable que haya un hombre en todo esto con quien compartirla. ¿Tienes idea de quién podría ser?

—Ni la más vaga, pero no importa eso, Jack. Quiero saber algo. ¿Quién es June Chalmers?

Pareció sorprendido y luego sonrió.

—Es una «bomba», ¿verdad? Pero no te hagas ilusiones con respecto a ella. Y si las tienes olvídalas. No llegarías ni a la «primera base».

—No se trata de eso. Quiero saber quién es. ¿De dónde viene? ¿Sabes algo de ella?

—No mucho. Solía cantar en uno de los *cabarets* de Menotti.

Menotti otra vez pensé, alerta.

—¿Es así como se conocieron Helen y ella?

—Podría ser. ¿Se conocieron?

—Me dijo que conocía a Helen desde algunos años atrás.

—Puede ser. No lo sabía. Supe que Chalmers la había conocido en una reunión, la miró una sola vez y prácticamente se casó con ella en seguida. Para la muchacha fue una suerte que así lo hiciera. El club nocturno donde trabajaba se cerró después que mataron a Menotti. Aun cuando ciertamente tiene su hermoso palmito, no tiene voz.

El encargado nos interrumpió trayendo los sándwiches.

Maxwell se puso de pie.

—Bien, aquí están tus vituallas. Yo me marcho. ¿Cuándo es la indagatoria?

—El lunes.

—¿Supongo que irás?

—Sí, creo que sí.

—Tú mejor que yo. Bien, hasta pronto. ¿Vendrás a la oficina mañana?

—Podría ser. Te dejo a ti a cargo de eso. Oficialmente estoy todavía en vacaciones.

—Y divirtiéndote mucho —agregó sonriendo y marchándose.

Me senté a mordisquear mi sándwich. Al mismo tiempo me concentré en mis pensamientos. Había esperado encontrar una lista de números telefónicos o direcciones entre los papeles de Helen que pudieran llevarme a sus amigos. Si esa lista existió alguien la había sustraído. La única pista que tenía hasta ahora era el número de Carlo. Conocía a una muchacha que trabajaba en la compañía telefónica de Roma. Cierta vez ganó un concurso de belleza, y yo escribí un artículo sobre ella. Una cosa condujo a la otra, y durante un par de meses fuimos más que amigos. Luego la perdí de vista. Decidí buscarla a la mañana y persuadirla a que me diera la dirección de Carlo.

Aparte de Carlo, ¿quién más había?

Me rompí los sesos tratando de recordar algo que hubiera dicho Helen durante nuestros encuentros que me diera una pista para llegar hasta sus amigos. Cuando ya estaba por declararme vencido y acostarme, recordé, de pronto, que una vez había mencionado a Giuseppe Frenzi, el que escribía una columna política para *L'Italia del Popolo*, quien a su vez era un buen amigo mío.

Cuando Frenzi no estaba escribiendo su columna, salía con mujeres. Sostenía que una asociación con una hermosa mujer era lo único que tenía sentido en la vida. Conociendo a Frenzi, estaba seguro que él y Helen habían sido mucho más que amigos. Frenzi tenía una técnica propia, y si había de creer a Maxwell, Helen no era muchacha que dijera que no.

Pensé que Frenzi podría ser un importante cabo en esta madeja.

Miré el reloj. Eran las veintitrés y cuarenta; el comienzo del día para Frenzi, que nunca se levantaba antes de las once de la mañana y nunca se acostaba antes de las cuatro.

Levanté el receptor del teléfono y llamé a su apartamento. Había sólo una remota posibilidad de que estuviera allí.

Respondió en seguida.

—¡Ed, vaya, qué sorpresa! —se jactaba de sus expresiones norteamericanas—. Estaba por llamarte. Recién me entero de la muerte de Helen. ¿Es verdad? ¿Está realmente muerta?

—Sí, está muerta. Quiero hablar contigo, Giuseppe. ¿Puedo ir a verte?

—Por supuesto. Te espero.

—Iré en seguida —y colgué.

Dejé el apartamento y bajé la escalera hasta donde estaba el Lincoln.

Estaba lloviendo, como llueve en Roma, de pronto e inesperadamente. Me metí en el coche, puse en marcha el motor, y, seguidamente el limpiaparabrisas, saliendo de la playa de estacionamiento.

Frenzi tenía un apartamento en la Via Claudia a la sombra del Coliseo. No era un trayecto de más de seis minutos.

No había mucho tránsito y mientras aceleraba vi, por el rabillo del ojo un coche que estaba estacionado cerca, que de pronto encendió sus luces y un momento después volaba por el camino detrás de mí.

Cuando pasó bajo el foco de la luz de la calle vi que era el Renault.

No es habitual que pierda los estribos, pero cuando lo hago los pierdo de veras. La visión del Renault me trajo una oleada de sangre a la cabeza.

Me propuse averiguar quién era el conductor, y a qué estaba jugando. Mientras el coche estuviera detrás de mí no podía hacer nada. Tenía que maniobrar en forma de tenerlo de frente; así podría arrinconarlo contra el cordón de la vereda obligándolo a detenerse y ver quién era. Si buscaba un juego áspero, estaba de humor para descargarle un puñetazo en la mandíbula.

Di vuelta por el Coliseo con el Renault a cincuenta yardas detrás de mí. Cuando llegué a un lugar oscuro en el camino, apliqué los frenos, arrimé el coche al cordón y me detuve.

Tomado de sorpresa, el conductor del Renault no tuvo oportunidad de detenerse. El coche me pasó. Estaba demasiado oscuro para ver si el conductor era un hombre o una mujer. En el momento en que el coche me pasó, puse en marcha el Lincoln y lo seguí, acelerando hasta el fondo.

El conductor del Renault debe haber sospechado lo que yo planeaba hacer. Su reacción fue más rápida de lo que esperaba. A su vez, apretó el acelerador, y el Renault salió de prisa. Como una flecha enfiló hacia la Via dei Fori Imperiali.

Por un momento pensé que iba a darle alcance. Mi paragolpe delantero estaba sólo a un pie de su paragolpe trasero, y estaba dispuesto a chocarlo, pero comenzó a alejarse.

Andábamos ahora más o menos a ochenta millas por hora. Oí el silbido estremecedor de un indignado policía sonando en alguna parte detrás de mí. Mas allá el Renault que volaba, vi aparecer la Piazza Venezia. Vi un tránsito lento adelante, y no me animé. Sabía que no podía entrar rugiendo a la *piazza* a esta velocidad sin chocar con algún automóvil o matar a alguien. Apoyé el pie en el freno y disminuí la velocidad.

El Renault desapareció. Su bocina dio un prolongado sonido de advertencia, y el coche entró chillando a la *piazza*, evitando por unas pulgadas chocar con dos automóviles, y obligando a otro a frenar de golpe. Apenas moderando su loca carrera, el Renault, con la bocina apretada, cruzó como un balazo la *piazza*, y desapareció en la oscuridad hacia el Tíber.

Oí el terrible silbato de la policía otra vez. Deseando no tener una discusión con la ley, y seguro de que andaba demasiado de prisa para que ningún policía con esta luz hubiera tomado el número del coche, me dirigí a la Via Cavour, reduje la velocidad y volví a dar la vuelta por el Coliseo.

Lamentaba que el Renault se me hubiera escabullido, pero era mejor eso que intentar competir con su manera de conducir el automóvil. Por lo menos, tenía la

satisfacción de saber que lo había atemorizado.

Llegué al apartamento de la planta baja de Frenzi, estacioné el automóvil afuera y subí los escalones hasta la puerta de calle.

Frenzi respondió a mi llamado en seguida.

—Entra —me dijo—. Me alegra verte de nuevo.

Lo seguí hasta su sala atractivamente amueblada.

—¿Quieres una copa? —preguntó.

—No, gracias.

Me senté en el brazo de un sillón y lo miré.

Frenzi tenía una estatura un poco inferior a la mediana; era moreno, bien parecido, con ojos inteligentes y sutiles. Su rostro generalmente alegre estaba grave y parecía preocupado.

—Tienes que beber algo para acompañarme —dijo—. Toma brandy.

—Bien.

Mientras preparaba las copas, continuó:

—Este es un asunto feo, Ed. La información sólo dice que se cayó del acantilado. ¿Tienes algún detalle? ¿Qué estaba haciendo en Sorrento?

Trajo las copas, y dándome la mía, comenzó a caminar nervioso por la habitación.

—Es la verdad, ¿no es cierto? —preguntó sin mirarme—. Me refiero al accidente.

Esto me sorprendió.

—Confidencialmente, hay alguna duda —respondí—. Chalmers piensa que es un asesinato.

Se encogió de hombros, y el ceño se hizo más profundo.

—Y la policía... ¿qué es lo que piensa?

—Están llegando a la misma conclusión. Carlotti está encargado del caso. Al principio, estaba seguro de que se trataba de un accidente; ahora está cambiando de manera de pensar.

Frenzi me miró.

—Apostaría a que es un asesinato —replicó con calma.

Encendí un cigarrillo y me senté en una silla.

—¿Qué te hace decir eso, Giuseppe?

—Tarde o temprano, era probable que alguien quisiera librarse de ella. Buscaba problemas.

—Entonces, ¿qué sabes tú de ella?

Vaciló, luego se acercó y se sentó frente a mí.

—Tú y yo somos buenos amigos, Ed. Necesito tu consejo. Iba a llamarte cuando lo hiciste tú. ¿Podemos hablar en forma extraoficial?

—Por supuesto, continúa.

—La encontré en una reunión alrededor de cinco días después de su llegada a

Roma. Fui lo bastante tonto para intimar con ella durante cuatro o cinco días, o mejor dicho, noches. —Me miró y se encogió de hombros—. Tú sabes como soy. Me pareció hermosa, excitante y todo cuanto un hombre podría desear. También estaba sola. Hice mi oferta y ella aceptó, pero... —se interrumpió con un gesto.

—Pero... ¿qué?

—Después de pasar cuatro noches juntos, me pidió dinero.

—¿Quieres decir, que te pidió dinero prestado?

—Bien, no. Quería dinero como retribución a los servicios prestados... tan sórdido como todo eso... ¡y bastante dinero!

—¿Cuánto?

—Cuatro millones de liras.

—¡Por el amor de Dios! ¡Debe haber estado loca! ¿Qué hiciste? ¿Te reíste en su cara?

—Ella hablaba en serio. Me costó trabajo persuadirla de que no tenía esa cantidad de dinero. Hubo una escena muy desagradable. Me dijo que si se lo contaba a su padre, podría arruinarme. Me haría despedir del periódico.

De pronto sentí frío en la espina dorsal.

—Espera un momento. ¿Quieres decirme que te chantajeó?

—Creo que así se le llama técnicamente.

—Bien, y ¿qué sucedió?

—Hicimos una transacción. Le regalé un par de aros de brillantes.

—¿No te sometiste al chantaje, Giuseppe...?

Se encogió de hombros.

—Es muy fácil criticar, pero estaba en una posición muy difícil. Chalmers tiene bastante poder para hacerme despedir del diario. Me agrada mi trabajo. No sirvo para otra cosa. Era la palabra de ella contra la mía. No tengo muy buena reputación con respecto a las mujeres. Estaba seguro de que ella estaba haciendo «bluff» pero no podía exponerme a ningún riesgo. Los aros me costaron treinta y cuatro mil liras de manera que me parece que lo saqué bastante liviano. Mucho más liviano que uno de tus colegas.

Ahora estaba sentado, inclinado hacia adelante, mirándolo.

—¿Qué quieres decir?

—Por supuesto, te imaginarás que yo no fui el único. Había otro periodista, un norteamericano, a quien le hizo el mismo juego. No importa su nombre. Comparamos nuestros gastos, más tarde. Él le regaló un collar que le costó la mayor parte de sus ahorros. Aparentemente se especializaba con los periodistas. La influencia de su padre se hacía sentir más en ese campo.

De pronto me sentí descompuesto. Si lo que Frenzi decía era verdad, y estaba seguro de que así era, entonces era obvio que Helen me había preparado una trampa,

y de no haberse caído del acantilado, también me hubiera extorsionado.

Entonces comprendí que si esta historia de Frenzi salía a luz, y la policía descubría que el misterioso Mr. Sherrard era yo, aquí estaba el obvio motivo de su asesinato. Dirían que había tratado de chantajearme; yo no podía pagar, y, para salvar mi nuevo empleo, la había empujado por el acantilado.

Ahora me tocó el turno de pasearme por la habitación. Por fortuna Frenzi no me estaba mirando. Permaneció en su silla, con los ojos fijos en el cielo raso.

—¿Comprendes ahora por qué pienso que ha sido asesinada? —continuó—. Puede haber intentado su estratagema una vez más y esa resultó demasiado. No creo que haya ido a Sorrento sola. Estoy seguro que había un hombre con ella. Si fue asesinada, lo que tiene que hacer la policía es encontrar al hombre.

No dije una palabra.

—¿Qué crees que debo hacer? He tratado de decidirlo desde que me enteré de su muerte. ¿Te parece que debo ir a la policía y decirles cómo ella trató de chantajearme? Si en verdad creen que ha sido asesinada, les daría el motivo.

Ya me había repuesto del impacto. Volví a la silla y me senté.

—Tienes que andar con cuidado —le dije—. Si Carlotti se lo refiere a Chalmers, todavía te verías en dificultades.

—Sí, comprendo eso. —Terminó su brandy, se puso de pie y volvió a llenar su copa—. ¿Pero crees que debo hacerlo?

Negué con la cabeza.

—No. Creo que debes esperar hasta que la policía esté segura de que se trata de un asesinato. Supongo que no quieres lanzarte de cabeza en una cosa así. No te conviene. Espera para ver cómo se desarrollan los acontecimientos.

—¿Pero suponte que descubran que ella y yo éramos amantes? Suponte que piensen que porque yo tenía un motivo, la maté...

—¡Oh, Giuseppe, razona! Puedes probar que estabas en otra parte lejos de Sorrento cuando ella murió, ¿no es cierto?

—Bien... sí. Estaba aquí en Roma.

—Entonces, por el amor de Dios, no dramatices.

Se encogió de hombros.

—Tienes razón. ¿De manera que crees que no debo decirle nada a la policía?

—Todavía no. Chalmers sospecha que hay un hombre implicado. Ahora está como un toro enfurecido. Si sales a luz, llegará a la conclusión de que tú eres el hombre y te perseguirá. No está de más que sepas la verdad: Helen estaba embarazada.

La copa de brandy que tenía Frenzi resbaló de entre sus dedos y cayó al piso. El brandy hizo un pequeño lago en la alfombra. Me miró con los ojos agrandados y la boca abierta.

—¿Es cierto? Te juro que no fui yo —dijo—. ¡Gran Dios! Me alegra no haber ido a la policía antes de hablar contigo. —Levantó la copa—. ¡Mira lo que he hecho! — se dirigió a la cocina para buscar un trapo. Mientras se alejó tuve tiempo de pensar. Si Carlotti creía y podía probar que Helen había sido asesinada, haría un esfuerzo por rastrear al mitológico Sherrard. ¿Habría cubierto suficientemente bien mis huellas para evitar que me encontrara?

Frenzi volvió y enjugó el brandy de la alfombra. Sentado sobre sus talones dio voz a mis pensamientos diciendo:

—Carlotti es muy consciente. No sé que haya fracasado en ningún caso de asesinato. Podría encontrarme, Ed.

A mí también, pensé.

—Tú tienes una coartada que no puede destruir, de manera que tranquilízate. Chalmers me ha encargado encontrar al hombre que pudo haberla matado. Quizás puedas ayudarme. ¿Podría haber sido ese periodista norteamericano de quién me estabas hablando?

Frenzi meneó la cabeza.

—No. Yo estaba hablando con él la tarde en que ella murió.

—Entonces, ¿quién más hay? ¿Tienes alguna idea?

—Me temo que no.

—Hay un hombre que ella conocía que se llama Carlo. ¿Conoces a alguien llamado Carlo?

Pensó un momento, luego negó con la cabeza.

—No creo.

—¿La has visto alguna vez con un hombre?

Se frotó la mandíbula, y me miró con detención.

—La vi contigo.

Yo permanecí estático.

—¿Sí...? ¿Dónde?

—Salían juntos del cinematógrafo.

—Chalmers quería que saliera con ella. Así lo hice una o dos veces. Además de mi persona, ¿hay alguna otra que recuerdes?

Sabía que era demasiado perspicaz para que lo engañara mi tentativa de naturalidad, pero también era demasiado buen amigo para cohibirme más de lo que ya lo había hecho.

—La vi con un hombre alto, moreno, en *Luigi*, una vez. No se quién era.

—¿De qué altura?

—Era imponentemente alto; tenía el aspecto de un luchador.

En seguida recordé al intruso que había visto en la villa. Él también era muy alto, él también tenía los hombros de un luchador.

—¿Puedes describirlo?

—Estoy seguro de que era italiano. Diría que tenía entre veinticinco o veintiséis años; moreno, con rasgos toscos, apuesto... diría en un sentido animal, ¿entiendes? Tenía una cicatriz en la mejilla derecha; una marca zigzagueante que podría ser una vieja herida causada por un cuchillo.

—¿Y no tienes idea de quién es?

—No. Pero es fácil de reconocer si lo ves.

—Bien. ¿No se te ocurre nadie más?

Se encogió de hombros.

—Eso no es ni siquiera una idea, Ed. Este hombre fue el único excepto tú, con quien la he visto, pero puedes estar seguro que siempre andaba con alguno. Ojalá pudiera ser más útil, pero no puedo.

Me puse de pie.

—Has sido de mucha ayuda —le dije—. Ahora tranquilízate, no hagas nada ni digas nada. Trataré de encontrar este hombre. Puede ser el que ando buscando. Te mantendré al tanto. Si Carlotti llega hasta ti, tienes una buena coartada. Recuérdalo y no te preocupes.

Frenzi sonrió.

—Sí, tienes razón, confío en tu buen juicio, Ed.

Le respondí que hacía bien, nos estrechamos las manos y bajé hasta donde había dejado el Lincoln.

Mientras conducía hasta mi apartamento, tuve la sensación de no haber perdido el tiempo. Me parecía haber encontrado la razón por la cual Helen había muerto al pie del acantilado. Era algo que no podía explicarle a Chalmers, pero, por lo menos, me daba una pista. Como había dicho Frenzi, alguien no se dejó chantajear con facilidad y Helen había muerto.

Lo que tenía que hacer ahora era encontrar a Carlo.

Recién a las cuatro de la tarde del día siguiente pude ponerme en contacto con mi ex-amiga de la Compañía Telefónica de Roma.

Planteó las dificultades habituales que suele oponer una muchacha que ha sido dejada de lado y ahora descubre que interesa de nuevo, y yo tuve que armarme de mucha paciencia y tacto antes de llegar a lo que quería preguntarle.

Cuando comprendió que quería el nombre y la dirección de un abonado telefónico de Roma, respondió en seguida que estaba estrictamente prohibido por las regulaciones y que podía perder el empleo si lo hacía. Después de mucho hablar sin mayor sentido, lo que casi me volvió loco, por fin sugirió que podría discutir el asunto durante una comida.

Le dije que la encontraría en lo de Alfredo a las veinte y colgué. Sabía que tendría que pasar otro tanto durante la comida, de manera que compré una polvera por diecisiete mil liras que lucía como costando tres veces más, para utilizarla como argumento de peso si oponía más dificultades.

No la había visto desde hacía tres años, y no la reconocí cuando entró en lo de Alfredo. Me pregunté cómo había sido posible que ganara un premio en un concurso de belleza. Tres años pueden hacer mella en las formas y dimensiones de cualquier mujer italiana si no cuida su dieta, y esta muchacha, aparentemente, no había observado ninguna desde que la vi la última vez. Era algo increíble.

Después de mucho conversar, de rodeos y discusiones, y no antes de haberle deslizado la polvera accedió a buscar el nombre y la dirección de suscriptor del número de teléfono que había encontrado en la pared de la sala de Helen.

Me prometió llamarme a la mañana siguiente. Tuve que esperar hasta las once y media antes de que llamara. Para entonces estaba listo para estrangularla.

Había un tono irritado en su voz cuando me dijo que el abonado era una mujer.

—Bien, ¡así que es una mujer! No te preocupes por eso. Tenía que ser un hombre o una mujer, ¿no es así? ¡No esperarías que fuera un perro!

—No tienes por qué gritarme. No estaba obligada a darte esa información.

Conté mentalmente hasta cinco antes de atreverme a hablar y entonces le dije:

—Mira. Vamos a ponerlo en claro. Esto es estrictamente un negocio. ¿Cuántas veces tengo que repetirlo?

Dijo que la abonada vivía en villa Palestra, viale Paolo Veronese, y que su nombre era Myre Setti.

Apunté el nombre y la dirección.

—Muchas gracias —le dije mirando el anotador—. ¿Setti? ¿S-E-T-T-I? ¿Está bien?

Respondió que sí.

En ese momento se me iluminó el cerebro.

¡Setti...!

Recordé que la policía de Nueva York había creído que Frank Setti, el *gangster* rival de Menotti, era el responsable de la muerte de Menotti. ¿Estaría Myra Setti conectada en alguna forma con él... sería su esposa, hermana, o tal vez su hija? ¿Habría alguna conexión entre esta mujer, el asesinato de Menotti, Frank Setti y Helen?

Me di cuenta de pronto que mi antigua amiga seguía hablando. Su voz aguda golpeaba en mi tímpano, pero no podía preocuparme en oír lo que decía.

Colgué el receptor en su lugar, mi corazón latía de excitación.

¡Setti...!

Esto podría ser la pista que había estado buscando. Recordé que Maxwell había dicho que Helen parecía haber estado involucrada en la muerte de Menotti, y que esa era la razón por la que vino a Roma.

Si Setti había en realidad maquinado la muerte... Decidí que valía la pena echar un vistazo a la villa Palestra.

El teléfono sonó. ¡Posiblemente mi amiga quería saber qué había pasado, por qué había colgado el tubo!

Me instalé más cómodo en mi sillón y dejé que siguiera llamando el teléfono.

OCTAVA PARTE

Las dos horas que siguieron estuve muy ocupado.

Sabía que Chalmers ya estaría de vuelta en su oficina de Nueva York y esperando impacientemente mis noticias. Tenía que conseguir algún tipo de información durante el día.

Llamé a la Agencia de Investigaciones Internacionales y les dije que me enviaran el mejor empleado que tuvieran. Les advertí que el trabajo era confidencial y urgente. Me informaron que enviarían al *signor* Sarti. Entonces llamé por teléfono a Jim Matthews de la Associated Press. Matthews había estado en Roma durante quince años. Conocía a todos lo que en una u otra forma podía ser una noticia, y a otros más.

Le dije que me gustaría hablar con él cuando estuviera libre.

—Para ti, Ed, siempre estoy libre —respondió—. Invítame a almorzar opíparamente y hablaremos. ¿Qué te parece?

Miré mi reloj. Eran las doce.

—Te encontraré en el bar de Harry a las trece y media.

—Bien, nos veremos.

Tomé unas cuantas anotaciones en una libreta y cavilé un rato, tratando de decidir lo que le diría a Chalmers. La advertencia de su esposa me preocupaba. Comprendía que si le daba toda la historia no era probable que reaccionara favorablemente conmigo, y sin embargo, no sería muy fácil ocultar las cosas. Todavía reflexionaba en lo que le diría cuando sonó el timbre.

Abrí la puerta y me encontré con un italiano bajo, grueso, maduro, vestido con un traje gris gastado. Estaba parado sobre el felpudo de entrada. Se presentó como Bruno Sarti, de la agencia.

A primera vista Bruno Sarti no causaba buena impresión. No se había afeitado esa mañana; su camisa estaba deshilachada y tenía el comienzo de un orzuelo en el ojo derecho. También traía consigo un devastador olor a ajo que emponzoñaba la atmósfera de la habitación.

Le dije que entrara. Se quitó el sombrero viejo y dejó al descubierto una cabeza pelada y con caspa. Entró.

Se sentó en la orilla de una silla mientras yo me dirigía a la ventana para abrirla y acomodarme en el antepecho. Sentía necesidad de que circulara aire fresco.

—Necesito cierta información y la necesito de prisa —le dije—. No importa lo que cueste. Me gustaría que su agencia pusiera todos los hombres que sean necesarios.

Sus ojos negros, inyectados de sangre, se abrieron un poco mostrando algunos dientes arreglados con oro en lo que imagino quiso ser una sonrisa. A mí me pareció el espasmo que se ve en la cara de alguien que de pronto tiene un calambre en el

estómago.

—La información que necesito y el hecho de que yo sea cliente de usted, deben ser mantenidos en estricta reserva —continuó—. También debe saber que la policía está investigando este asunto, y tendrá que tener cuidado de no interferir.

Su especie de sonrisa se desvaneció y sus párpados se entrecerraron.

—Somos buenos amigos con la policía —respondió—. No deseamos molestarlos de ninguna manera.

—No lo hará —lo tranquilicé—. Esto es lo que quiero de usted. Quiero que descubra quiénes eran los amigos de una muchacha norteamericana que estuvo en Roma durante las últimas catorce semanas. Su nombre es Helen Chalmers. Puedo darle algunas fotografías de ella. Estuvo en el hotel Excelsior durante cuatro días y luego se mudó a un apartamento. —Le tendí varias fotografías que había pedido a Gina me enviara de nuestros archivos, así como la dirección del apartamento de Helen—. Tenía muchos amigos. Necesito sus nombres y dónde puedo encontrarlos. También quiero saber qué hacía mientras estaba en Roma.

—¿Creo que la *signorina* murió accidentalmente en Sorrento? —preguntó Sarti, mirándome—. ¿Es la hija del *signor* Sherwin Chalmers, el propietario del periódico norteamericano?

A pesar de su aspecto tan mediocre, por lo menos parecía estar al tanto de las novedades.

—Sí.

Los dientes de oro relampaguearon. Era obvio que ahora comprendía que estaba en un asunto de mucho dinero y eso le agradaba. Sacó una libreta y un lápiz e hizo unas cuantas anotaciones.

—Comenzaré en seguida, *signor*.

—Esa es la primera tarea. También quiero que me informe cómo se llama el dueño de un Renault verde oscuro con esta patente.

Le tendí un pedazo de papel en el que había anotado el número del Renault.

—La policía dice que este número no está registrado. Su única esperanza es ver el coche, y si lo logra, seguirlo y echarle un vistazo al conductor.

Tomó más notas, y luego cerró la libreta. Levantó los ojos y preguntó.

—¿Quizás la muerte de la *signorina* no fue accidental, *signor*?

—No lo sabemos. No se rompa la cabeza con eso. Consiga esta información rápido y deje el otro aspecto a la policía. No espere a darme un informe escrito. Necesito que este trabajo se haga rápido.

Dijo que haría cuanto pudiera. Sugirió que abonara la tarifa usual de adelanto de diecisiete mil liras. Tomó el cheque que le extendí, asegurándome que pronto tendría alguna información que darme, e inclinándose, salió del apartamento.

Abrí otra ventana, y luego salí del apartamento en busca de Matthews.

Lo encontré bebiendo Scotch puro, con hielo picado, en el bar de Harry; un hombre alto, delgado, de expresión dura, con ojos calmos y grises, con nariz ganchuda y la mandíbula prominente.

Tomamos un par de copas, y luego nos dirigimos al restaurante. Comenzamos nuestro almuerzo con *bottarga*, que es una especie de caviar hecho de huevos de mújil; luego siguió *pollo in padella*, o pollo cortado en trozos y cocinado con jamón, ajo, mejorana, tomates y vino. Hablamos de esto y de aquello y disfrutamos de la comida. Hasta que no estuvimos comiendo el famoso queso romano, *ricotta* salpicado de canela, no le expuse lo que me interesaba.

—Necesito que me des una información, Jim —le dije.

Sonrió.

—No soy tonto para pensar que me has invitado con semejante almuerzo por amor —replicó—. Adelante... ¿de qué se trata?

—¿El nombre de Myra Setti, significa algo para ti?

Su reacción fue inmediata. La expresión de su rostro, complacida y reposada, se desvaneció. Su mirada se hizo intensa.

—¡Vaya...! Esto si que podría ser interesante. ¿Qué te hace preguntarme eso?

—Lo siento, Jim. No doy razones. ¿Quién es?

—La hija de Frank Setti, por supuesto. Deberías saberlo.

—¿El *gangster*?

—Oh, vamos... no eres tan inocente...

—Deja de lado ese aire de superioridad. Conozco algunos rumores sobre Setti, pero no mucho. ¿Dónde está ahora?

—Eso es algo que también me gustaría saber. Está en alguna parte en Italia, pero en qué lugar se oculta no lo sé y tampoco lo sabe la policía. Dejó Nueva York hace como tres meses. Llegó a Nápoles por barco, y se registró en la policía, dando el hotel Vesuvius como dirección. Luego desapareció y la policía no ha podido seguirle la pista desde entonces. Todo lo que sabemos es que no se ha ido de Italia, pero dónde está nadie lo sabe.

—¿Ni siquiera su hija?

—Posiblemente ella lo sepa, pero no lo dice. He hablado con ella. Hace cinco años que vive en Roma, y dice que su padre no se ha puesto en contacto con ella; que ni siquiera le ha escrito.

—Dime algo referente a Setti.

Matthews se inclinó hacia adelante en la silla.

—¿Te importaría invitarme con un brandy? Es una picardía no terminar semejante almuerzo correctamente.

Le hice señas al camarero, pedí dos Scotchs grandes, y cuando llegaron, le ofrecí a Matthews un cigarro que había estado guardando para una ocasión como ésta.

Lo examinó con desconfianza, mordió el extremo y lo encendió. Ambos lo observamos encenderse un poco ansiosos. Cuando vio que no le había tendido una trampa dijo:

—Yo no sé mucho más que tú de Setti. Era el jefe del Sindicato de Panaderos y Camareros. Es un asesino rudo y peligroso que no se detiene ante nada para conseguir su objeto. Él y Menotti eran enemigos declarados, ambos queriendo ser «cabeza». Probablemente sepas que Menotti ocultó una cantidad de heroína en el apartamento de Setti. Luego se lo «sopló» al Departamento de Narcóticos, que entraron y tomaron la carga y arrestaron a Setti. Pero fue un trabajo sucio y el abogado de Setti no tuvo mucho problema en echar por tierra la acusación del Fiscal. Setti fue declarado inocente, pero la prensa que estaba en contra de él, levantó tal alharaca, que más tarde fue declarado extranjero indeseable y deportado. Siempre mantuvo su nacionalidad italiana, de manera que las autoridades italianas no pudieron evitar que desembarcara aquí. Estaban ocupados buscando alguna excusa para deshacerse de él cuando se evaporó.

—He oído decir que la policía piensa que él urdió el asesinato de Menotti.

—Eso es más o menos cierto. Antes de partir, previno a Menotti que acabaría con él. Dos meses después, Menotti fue asesinado. Puedes apostar hasta tu último céntimo que Setti lo arregló.

—¿Cómo sucedió? ¿Menotti no tomó en serio la amenaza?

—Por supuesto que sí. No se movía un metro sin que un grupo de pistoleros guardaespaldas lo rodearan, pero el asesino enviado por Setti al fin lo logró. Menotti cometió un error fatal. Solía ir con regularidad una vez por semana a un apartamento para pasar la noche con su amiga. Pensaba que allí estaba seguro. Sus hombres lo acompañaban, registraban el apartamento; esperaban hasta que llegara la muchacha, entonces, después que Menotti se había encerrado adentro, se marchaban. A la mañana siguiente, llegaban a la puerta, se identificaban y escoltaban a Menotti hasta su casa. En aquella noche en particular, siguieron la rutina usual, pero cuando vinieron a buscar a Menotti a la mañana siguiente, encontraron la puerta abierta y a Menotti muerto.

—¿Y la muchacha? ¿Quién era? Matthews se encogió de hombros.

—Nadie parece conocerla. No había señales de ella cuando encontraron a Menotti y nadie la ha vuelto a ver desde entonces. No vivía en el apartamento. Estaba allí esperando a Menotti cuando éste y sus hombres llegaban. Nadie la vio jamás. Solía estar de pie mirando por la ventana mientras registraban el apartamento. Todo lo que saben es que era rubia y bien formada. La policía no pudo rastrearla. Pensaron que ella debió dejar entrar al asesino, porque la puerta no estaba forzada. Estoy casi seguro de que ella vendió a Menotti.

Me quedé pensando en esto un momento; luego pregunté:

—¿Conoces a un italiano grande, ancho de hombros, con una cicatriz en zigzag en la cara, cuyo nombre de pila es Carlo?

Matthews negó con la cabeza.

—No lo conozco. ¿Qué tiene que ver en esto?

—No lo sé pero quiero averiguarlo. Si llegas a saber algo de él, comunícamelo, Jim.

—Desde luego —golpeó la ceniza de su cigarro—. Dime, ¿qué es este repentino interés con respecto a Setti?

—Lo lamento pero no puedo decírtelo ahora, pero si me entero de algo que pueda serte útil, te lo haré saber. Disculpa, pero por ahora es todo lo que puedo decirte.

Hizo un gesto de desagrado.

—Detesto a las personas reservadas —se encogió de hombros—. Bien, después de todo, el almuerzo no estaba mal —retiró su silla—, si no tienes que trabajar esta tarde, yo sí. ¿Quieres saber algo más antes de que vuelva al tráfigo?

—Por ahora no creo, pero si se me ocurre otra cosa te llamaré.

—Bien. No tengas miedo de devanarme los sesos —se puso de pie—. No sabes dónde se esconde Setti, ¿verdad?

—Si lo supiera, te lo diría. —Sacudió la cabeza pensativamente.

—Sí, ya lo sé, en la misma forma en que yo le he dicho a mi esposa que mi secretaria tiene un busto como el de Jane Russell. Bien, hasta pronto, buen mozo. Si no te veo antes iré a tu funeral.

Lo observé alejarse, y luego durante diez minutos, repasé *in mente* lo que me había dicho. No me había enterado de mucho, pero ese poco valía lo que me había costado el almuerzo.

Cuando llegué al apartamento, tenía ya decidido lo que iba a decirle a Chalmers. Lo mejor que podía hacer, por el momento, era comprometerme lo menos posible; habían ángulos en este asunto que tenían que ser investigados antes de que pensara siquiera en darle a Chalmers una vislumbre de la verdad.

Dejé el Lincoln frente al edificio y con rapidez subí la escalera privada de mi apartamento. Mientras caminaba por el pasillo, vi la figura de un hombre vagando frente a la puerta de mi apartamento.

Mi corazón saltó un poco cuando reconocí la figura baja y ancha de hombros del teniente Carlotti.

Se volvió al oír mis pasos, y me miró en una forma larga y detenida que quiso ser desconcertante y lo logró.

—Hola, teniente. ¿Ha estado esperando mucho tiempo? —dije tratando de parecer tranquilo.

—Acabo de llegar. Hay algo que quiero preguntarle.

Busqué mi llavero, abrí la puerta y me hice a un lado.

—Pase.

Entró a la sala caminando en la forma en que lo haría un enterrador al penetrar en la habitación en que yace el cadáver. Se colocó con la espalda a la ventana de manera que si yo lo miraba de frente, toda la luz de la ventana me daría en la cara.

No estaba dispuesto a darle ventaja, de manera que me dirigí a mi escritorio que estaba en un rincón fuera de la luz y me senté sobre él, haciendo que Carlotti volviera la cabeza.

—¿Qué le anda preocupando, teniente? —pregunté encendiendo un cigarrillo y tratando de mantenerme tranquilo.

Miró en derredor, encontró una silla frente a mí y se sentó.

—Lamento que ya no sea posible mantener la opinión ante el forense de Nápoles de que la muerte de la *signorina* Chalmers fue accidental. Hay muchos puntos sospechosos. Intentamos hacer una investigación completa.

Cuidé de que mi rostro siguiera inexpresivo.

—Y ¿entonces...? —pregunté encontrando su mirada fría, investigadora.

—La *signorina* tenía una cantidad de amigos. Nos hemos encontrado con que era una mujer liberal y fácil con sus favores.

—Está dicho con mucho tacto, teniente. ¿Quiere decir que llevaba una vida inmoral?

Asintió.

—Temo que sí.

—Eso es algo que no le agradará saber a Chalmers. ¿Está seguro de lo que me

dice?

Hizo un movimiento de impaciencia.

—Por supuesto. Creemos que es más que posible que alguno de sus amigos la haya matado. Ahora se sigue una investigación por asesinato. Ya he reunido los nombres de algunos hombres que ella conocía. El suyo está entre ellos.

—¿Está sugiriendo que yo tenía relaciones inmorales con ella? —me esforcé por buscar sus ojos— porque si es así, tendré el mayor placer en demandarlo.

—No hago ninguna sugerencia *signor*. Usted la conocía. Estoy tratando de aclarar la posición. Estamos convencidos de que un hombre a quien ella conocía la mató. Quizás usted fuera tan amable y me ayudara. ¿Quiere por favor decirme dónde estaba el día de su muerte?

Esta es la pregunta que había estado esperando desde hacía mucho tiempo.

—¿Cree usted que yo la maté? —pregunté con una voz que apenas parecía la mía.

—No. No lo creo. Estoy haciendo una lista de todos los nombres de los hombres que la conocían. Contra cada nombre, estoy apuntando dónde se encontraba a la hora de su muerte. En esta forma ahorraré mucho tiempo. Necesito investigar sólo los hombres que no pueden explicar dónde estaban a esa hora.

—Comprendo —inspiré largamente—. ¿Quiere saber dónde estaba hace cuatro días?

—Por favor.

—No será difícil. Fue el día que comenzaron mis vacaciones, tenía intenciones de ir a Venecia, olvidé reservar alojamiento y luego no lo encontré. Me quedé acá, trabajando en mi novela. La mañana siguiente...

—No me interesa lo que sucedió la mañana siguiente —dijo Carlotti— sólo quiero saber lo que pasó el veintinueve.

—Bien, estaba aquí, trabajando en mi novela. Trabajé durante toda la tarde y la noche hasta las tres de la mañana. No me moví de casa.

Miró sus zapatos bien lustrados.

—¿Alguien lo visitó? —preguntó esperanzado.

—Nadie vino, porque pensaban que estaba en Venecia.

—¿Lo llamaron por teléfono?

—No. Por la misma razón.

—Comprendo.

Hubo un silencio largo e incómodo mientras seguía mirando sus zapatos; luego de pronto levantó los ojos. Encontrándome con sus ojos era lo mismo que si me hubieran encendido un reflector en la cara.

—Bien, gracias, *signor* —dijo y se puso de pie—. Este es un asunto complicado. Sólo haciendo preguntas e interrogando es que eventualmente llegaremos a la verdad. Lamento haberle tomado tanto tiempo.

—No importa —respondí consciente de que tenía las manos húmedas y la boca seca.

—Si pienso en algo en que usted pueda ayudarme me pondré otra vez en contacto con usted. —Se dirigió a la puerta. Luego se detuvo para mirarme—. ¿No hay nada que quisiera agregar? ¿Cualquier cosa que hubiera olvidado y que significara una pista para mí?

—No olvidaría una cosa así.

Continuó mirándome.

—No creo que deba tratar este asunto con tanta displicencia, *signor*. Después de todo es una investigación por asesinato. Piense en lo que le he dicho. Quizás recuerde algo...

—Desde luego. Si eso sucede lo llamaré.

—Me alegraría que lo hiciera.

Saludó con la cabeza y abriendo la puerta se dirigió al hall. Me sentía tan aturdido que no me atreví a acompañarlo hasta la puerta. Se fue solo. Cuando oí que la puerta se cerraba tras de él, saqué un cigarrillo, y poniéndome de pie me dirigí a la ventana.

Observé el tránsito moviéndose alrededor del Forum. Habían algunas nubes oscuras subiendo detrás del severo perfil del Coliseo; señal segura de que iba a ser una noche lluviosa. Vi a Carlotti subir al automóvil policial.

Me quedé inmóvil, con la mente hormigueando alarmada. Podía haber imaginado que Carlotti no iba a desconocer la importancia de las películas que faltaban. Esto era algo que no podía ocultarle a Chalmers.

De pronto tuve una sensación de urgencia. Tenía que encontrar a este misterioso X antes de que Carlotti me señalara a mí. No lo subestimaba. Se estaba acercando demasiado a mí para sentirme cómodo.

El llamado del teléfono me sacó de mis meditaciones. Tomé el receptor; era Gina.

—Dijiste que me llamarías ayer —dijo—. He estado esperando. ¿Qué está sucediendo, Ed?

Pensé de prisa. No podía confiarle mis problemas ahora que sabía que Carlotti me había dicho que era un caso de homicidio. Podría verse complicada como encubridora si sabía que yo era Douglas Sherrard.

—Estoy atiborrado de cosas en este momento —respondí—. Estoy por salir. Dame un par de días, y tendrás noticias mías.

—Pero, Ed... ¿qué era lo que ibas a decirme? ¿No podemos vernos esta noche?

—Lo siento, Gina, pero esta noche no es posible. Ahora no puedo detenerme más. Te llamaré dentro de un par de días. Hasta entonces —y colgué.

Esperé un momento, luego hice una llamada a Nueva York. La operadora dijo que había dos horas de espera.

No tenía otra cosa que hacer que sentarme y cavilar sobre la información que

había recibido de Matthews y considerar la amenaza que estaba empezando a ser Carlotti. Después de un momento me cansé de estar asustado y encendí la radio. María Meneghini Callas estaba dando un recital de canciones de Puccini. Su voz oscura, excitante, me sacó de mis problemas durante la siguiente hora. Estaba en medio de *Sola perduta, abbandonata*, erizado hasta la punta del pelo, cuando sonó el teléfono y tuve que interrumpirla.

Chalmers apareció en el teléfono después de dos minutos de espera.

—¿Qué novedad tiene?

Aún a la distancia podía oír el hierro en su voz.

—Acabo de recibir la vista de Carlotti —le dije—. Ha decidido ahora que parece un asesinato, y así se lo dirá al forense.

Hubo una pausa y Chalmers replicó:

—¿Cómo ha llegado a esa conclusión?

Le referí lo de la cámara; había encontrado la película adentro rota y cómo me la habían robado antes que pudiera devolvérsela a la policía.

La noticia pareció aturdirlo, porque vacilaba cuando comenzó a hablar otra vez.

—¿Qué va a hacer, Dawson?

—Estoy tratando de conseguir una lista de los amigos de Helen —le dije y le informé que había contratado una agencia de investigaciones para ese trabajo—. Carlotti está trabajando en el mismo sentido. Parece pensar que su hija tenía muchos amigos.

—Si trata de promover un escándalo con respecto a la niña, ¡lo quebraré! —bramó Chalmers—. Manténgase en comunicación conmigo. Quiero estar al tanto de lo que usted está haciendo... ¿comprende?

Le dije que comprendía.

—Y hable con ese forense. Me dijo que arreglaría este asunto del embarazo. Yo no quiero figurar. Póngase duro con él, Dawson. ¡Asústelo!

—Si esto no resulta un caso de asesinato, Mr. Chalmers, no podemos hacer nada referente al veredicto.

—¡No me diga lo que no podemos hacer! —vociferó—. Hable con ese individuo. Llámeme mañana a esta hora.

Le dije que lo haría y colgué.

Llamé al forense Maletti. Cuando vino al teléfono le dije que había estado hablando con Chalmers, que estaba ansioso por estar seguro de que seguiría en pie lo convenido con él. Maletti estuvo muy untuoso. Salvo que otras evidencias salieran a luz, el *signor* Chalmers no tenía por qué preocuparse por el veredicto.

—Es usted el que se verá en aprietos si el veredicto resulta equivocado —le dije y colgué.

Ahora ya estaba oscuro y se veía la lluvia en las ventanas.

Era hora, decidí mientras entraba al dormitorio, de buscar mi impermeable y de hacer una visita a villa Palestra.

Dejé mi coche en la playa de estacionamiento del Stadium y caminé hacia via Paolo Veronese hasta que llegué a un portón de dos hojas de hierro forjado, colocado en una pared de piedra de ocho pies de altura, que rodeaba el jardín de casi una media hectárea en el que se levantaba villa Palestra.

Ahora llovía con fuerza, y la larga calle estaba desierta. Abrí el portón y caminé hacia un sendero oscuro flanqueado por cipreses y arbustos florecidos.

Andando silenciosamente, caminé por la explanada, doblando la espalda bajo la lluvia. Cincuenta metros de explanada me condujeron a una curva, y al dar la vuelta vi la villa, un edificio pequeño de dos pisos, con un techo saliente florentino, muros estucados de blanco y grandes ventanas.

Había luz en una de las habitaciones del piso bajo, pero el resto de la villa estaba oscura.

El césped bien cuidado que rodeaba la villa no ofrecía resguardo. Caminé por la orilla, cerca de los arbustos hasta que estuve frente a la ventana de la habitación iluminada. Las cortinas no habían sido corridas, y pude mirar hacia el interior de la habitación que estaba sólo a quince metros de distancia.

Los muebles eran modernos; la habitación era grande. Podía ver a una muchacha de pie junto a una mesa, ocupada en revisar un bolso de noche, negro.

Presumí que era Myra Setti y la miré con detenimiento. Valía la pena. Representaba veinticinco o veintiséis años; alta, pelo castaño que le llegaba a los hombros, vestía un traje de noche blanco que se amoldaba a su cuerpo como una segunda piel, y luego se ensanchaba debajo de las caderas en una cascada de tul y brillantes lentejuelas.

Después que terminó de arreglar su bolso, tomó una estola de visón y la arrojó al descuido sobre sus hombros. Luego, deteniéndose para encender un cigarrillo, cruzó la habitación, apagó las luces y me dejó mirando un pedazo de cristal negro que reflejaba el rápido movimiento de las nubes de lluvia y los estilizados cipreses.

Esperé.

Pasado un minuto más o menos, vi que la puerta de calle se abría y que ella salía cobijándose bajo un gran paraguas.

Corrió por el sendero hasta el garaje. Una luz se encendió mientras ella abría la doble puerta. Pude ver un Cadillac blanco y verde botella, del tamaño de un ómnibus. Entró al coche, dejando el paraguas contra la pared. Oí arrancar el motor y salió, pasando a menos de diez metros de donde yo estaba en cuclillas. Los faros del coche iluminaron con un blanco resplandor la lluvia, el césped y los arbustos.

Permanecí donde estaba, escuchando. Oí que el coche se detenía en el extremo del camino de entrada, hubo una larga pausa mientras ella abría el portón, luego el

ruido de la portezuela del coche al cerrarse, y el motor acelerando me indicó que la muchacha se había marchado.

Me quedé donde estaba mirando hacia la oscura villa. Permanecí inmóvil por algunos minutos. No se veía luz. Decidí que no había riesgo en explorar. Levantando el cuello de mi impermeable para protegerme de la lluvia, caminé alrededor de la villa. No se veía luz en ninguna habitación. Encontré una ventana sin cerrojo en la planta baja. La abrí, saqué la linterna que había traído e inspeccioné una pequeña y lujosa cocina que había más allá. Me deslicé por sobre una piletta doble y caí sin hacer ruido en el piso de baldosas. Cerrando la ventana, salí en silencio de la cocina a un pasillo que conducía al hall.

Una escalera curva a mi izquierda llevaba a las habitaciones del piso superior. Subí por la escalera a un descanso e inspeccioné las cuatro puertas que tenía enfrente.

Haciendo girar la perilla de la puerta que quedaba en el extremo derecho la abrí y miré dentro. Éste era sin duda el dormitorio de Myra. Había un sofá-cama con una colcha color rojo sangre. Las paredes estaban tapizadas de seda gris. Los muebles plateados. La alfombra rojo sangre. Era un magnífico dormitorio.

Anduve buscando sin encontrar nada que me interesara. Había un joyero en el tocador. Su contenido hubiera hecho agua la boca del más exigente ladrón, pero a mí me dejó indiferente. No obstante, comprendí que disponía de mucho dinero para gastar o de una multitud de devotos admiradores que la llenaban de presentes.

Sólo cuando llegué a la última habitación, que parecía ser un dormitorio de huéspedes, fue cuando encontré lo que vagamente pensé que podría encontrar.

Contra la pared había dos maletas. Una de ellas estaba de costado y abierta. Allí se veían tres de mis mejores trajes, tres botellas de mi whisky favorito y mi cigarrera de plata. Durante largo rato permanecí mirando esa maleta. La luz de la linterna me incomodaba. Entonces me arrodillé y abrí la segunda maleta. Estaba llena de las cosas que me habían robado del apartamento; todo, menos la cámara de Helen.

Antes de que pudiera detenerme a considerar la importancia de mi descubrimiento, oí un ruido en el piso de abajo que prácticamente me hizo saltar.

Era el tipo de sonido que un cazador acechando a algún animal relativamente inofensivo en una jungla africana escucha de pronto, advirtiéndole que ha entrado en escena un enorme elefante feroz.

La conmoción en esta villa tranquila y oscura, tuvo la violencia de un terremoto.

Hubo un estampido; alguien había abierto la puerta de calle en tal forma que golpeó con violencia contra la pared.

Luego una voz de hombre bramó.

—¡MYRA!

Cuando era niño, allá en mi patria, me llevaron cierta vez a un concurso de «llamadores de cerdos». Quedé muy impresionado del volumen colosal que había

salido de los correosos pulmones de los llamadores de cerdos. Esta voz que había subido por las escaleras y rebotado en la oscuridad de la tranquila habitación era de igual violencia. Me congeló, haciendo erizar el cabello de mi nuca y que el corazón saltara en mi pecho.

Hubo otro estampido que hizo temblar la casa mientras el hombre que estaba abajo, de un golpe cerraba la puerta. En seguida la horrible e indisciplinada voz volvió a gritar:

—¡MYRA!

Reconocí esa voz. La había oído en el teléfono. ¡Había llegado Carlo!

Procurando no hacer ruido, me deslicé fuera de la habitación. Había luz en el hall. Me acerqué a la baranda con cautela; miré por encima. No pude ver a nadie, pero las luces del vestíbulo estaban encendidas.

La voz bronca comenzó a cantar.

Era la voz de un truhán; un sonido sin melodía, obscenamente fuerte, ordinaria, vulgar. No se lo podía llamar canto; era algo de la jungla, un sonido que me hacía traspasar.

Esperé en aquel lugar porque no había otra manera de salir de la villa que por la escalera. Mientras Carlo estuviera allí, no podía correr el riesgo de que me viera.

Permanecí en la sombra, a un pie de distancia del pasamanos, donde no podía ser visto. Daba lo, mismo, porque de pronto vi la figura de un hombre parado en el vano de la puerta iluminada que daba al vestíbulo.

Me retiré más hacia el fondo para ocultarme en las sombras más profundas. Era la misma figura de anchos hombros que había visto rondando en la villa de Sorrento. Estaba seguro de ello.

Hubo una larga pausa que hacía estallar los nervios mientras Carlo permaneció quieto, con la cabeza inclinada a un lado como si estuviera escuchando.

Retuve el aliento, el corazón golpeando contra las costillas, y esperé.

Silenciosamente se dirigió al medio del hall. Luego se detuvo con las manos en las caderas, las piernas largas separadas, mirando hacia la escalera.

La luz de arriba caía de pleno sobre él. Era como lo había descrito Frenzi; un hermoso animal con cuello de toro, y facciones toscas. Vestía un sweater negro de cuello alto, pantalones negros, cuyos extremos estaban metidos en un par de botas mejicanas lustradas. Tenía un pequeño aro de oro en el lóbulo de la oreja derecha, y el aspecto grande y fuerte de un toro de lidia.

Durante un largo rato miró al punto exacto donde yo me encontraba parado. Estaba seguro de que no podía verme. No me atreví a moverme por si acaso el movimiento atraía su atención sobre mí.

De pronto chilló:

—¡Baje..., o subiré a buscarlo!

NOVENA PARTE

B ajé. No podía hacer otra cosa. No había lugar en el descanso si se producía una lucha, y además, la única manera de salir de la villa era bajando las escaleras y por la puerta de calle o por una de las ventanas de la planta baja.

Bajé con lentitud.

No soy exactamente un pigmeo, pero tampoco me engañaba creyendo que tenía la menor posibilidad contra este hombre que era un toro. Por la forma en que se había trasladado desde el vestíbulo al centro del hall, me di cuenta que podía ser tan rápido como el relámpago.

Cuando llegué a la mitad de la escalera y la luz del hall me dio de pleno, me detuve para que me viera bien.

Se sonrió, mostrando unos dientes blancos y parejos.

—Hola, Mac —dijo—. No crea que esto es una sorpresa. Lo estuve siguiendo desde que salió de su casa. Baje. He estado esperando el momento para hablar con usted.

Retrocedió cuatro pasos para no estar demasiado cerca de mí cuando yo llegara al hall. Bajé. Si me atacaba trataría de arreglármelas, pero yo no iba a empezar nada... por lo menos todavía no.

—Entre allí y tome asiento —continuó, señalando con el pulgar hacia el vestíbulo.

Entré, elegí una silla cómoda que quedara frente a la puerta y tomé asiento. Ya tenía los nervios controlados. Me pregunté qué se proponía. Dudaba que fuera a llamar a la policía. Sólo tendría que mostrarles mis cosas allá arriba para que él estuviera en un embrollo peor que el mío.

Me siguió al vestíbulo y se sentó en el brazo de un gran sillón de cuero, frente a mí. Todavía sonreía. La cicatriz en forma de zigzag parecía muy blanca en su cara de piel tostada.

—¿Encontró sus cosas allá arriba? —preguntó, sacando un paquete de cigarrillos norteamericanos.

Tomó uno, lo puso en su grueso labio inferior, y lo encendió con un fósforo que prendió con la uña del pulgar. Cuando lo hizo parecía la imagen de un *gangster* de una película de Hollywood.

—Las encontré —respondí—. ¿Qué hizo con la cámara?

Arrojó el humo hacia mí.

—Yo seré quien hable, Mac —dijo—. Usted escuche y conteste. ¿Cómo dio con este lugar?

—Una muchacha escribió el número de teléfono en la pared. No fue difícil

encontrar la dirección.

—¿Helen?

—Eso es.

Hizo un gesto.

—La idiota. —Se inclinó hacia adelante—. ¿Qué quería el policía esta tarde?

De pronto le perdí el miedo. Me dije, al diablo con él. No iba a quedarme allí sentado respondiendo a sus preguntas.

—¿Por qué no le pregunta usted a él?

—Se lo estoy preguntando a usted. —Su sonrisa se desvaneció y una expresión malévola apareció repentinamente en sus ojos—. Entendámonos. Usted no quiere que me ponga violento con usted, ¿verdad? —apoyó sus manos sobre las rodillas para que pudiera ver bien, y con lentitud apretó los puños. Eran puños fuertes, nudosos, grandes, y parecía como si hubieran sido tallados en caoba—. Le diré una cosa, me gusta golpear a un hombre. Cuando lo golpeo, queda golpeado. Ahora quiero hablar con usted, de manera que no me haga golpearlo. ¿Qué dijo el policía?

Me aventuré:

—¡Vaya y pregúnteselo!

Ya estaba a medias fuera de la silla cuando se acercaba a mí. Había sido un tonto en sentarme en una silla tan baja. Si me hubiera sentado en el brazo del sillón como él, hubiera estado más preparado para su ataque. Atravesó el espacio que nos separaba tan ligero que no tuve la menor oportunidad. Arrojó su mano izquierda a mi estómago que logré desviar, pero sólo estaba haciendo una entrada para su derecha. No lo vi venir. Tuve una rápida visión de su rostro oscuro y feroz y de sus dientes brillantes cuando algo que parecía un martillo me golpeó en la mandíbula. La habitación explotó en una luminosidad blanca. Apenas me di cuenta de que me estaba cayendo, cuando el desmayo borró todo.

Salí a la superficie cinco o seis minutos después. Me encontré tendido en un diván con la mandíbula dolorida y la cabeza que me latía como la bolsa de oxígeno del equipo de gas de un dentista.

Carlo estaba sentado cerca mío. Seguía cerrando el puño en la palma de la mano como si estuviera deseando asestarme otro golpe en la mandíbula.

Luché por incorporarme y lo miré tratando de enfocarlo. Ese golpe me había quitado muchos humos.

—Bien, Mac, no me diga que no se lo advertí. Vamos a comenzar de nuevo. La próxima vez que lo golpee le romperé la mandíbula. ¿Qué quería la policía?

Pasé la punta de la lengua por los dientes. Ninguno parecía flojo. Sentía frío y una creciente cólera que me hacía desear trabarme en lucha con este asesino y estropearlo. Pero no estaba tan loco como para intentarlo. Soy alto y bastante fuerte, pero sé cuando me superan. No me mediría con Rocky Marciano; no porque le

tuviera miedo, sino porque no tendría ninguna posibilidad. Sabía que si luchábamos, este hombre toro, mucho más fuerte y mucho más rápido que yo, me aniquilaría.

La manera de abordarlo era sorprenderlo. No había otra forma, y tenía que tener un garrote en la mano para apaciguarlo primero.

—Quería los nombres de los amigos de Helen —dije con dureza. Me fastidiaba hablar.

Carlo se rascó la punta de la nariz.

—¿Por qué?

—Porque está buscando al asesino.

Esperé que eso lo perturbara, pero no fue así. En cambio, su sonrisa se iluminó de nuevo, y dejó de golpear la palma de la mano con el puño.

—¿Es verdad eso? ¿Cree la policía que la mataron?

—Están seguros.

—Bien... bien —continuó sonriendo—. No pensé que serían tan listos como para eso. —Encendió un cigarrillo—. Sírvase, Mac, tome uno. Creo que le va a venir bien.

Tomé el cigarrillo y la caja de fósforos que me arrojó a las rodillas. Encendí el cigarrillo y lo aspiré profundamente, arrojando una buena cantidad de humo.

—¿Por qué están tan seguros de que la asesinaron? —preguntó.

—Usted arrancó la película de la cámara y robó todas las películas. Eso fue una tontería.

—¿Lo cree? Yo, en cambio, creo que fui bastante listo, compañero. ¿Ya lo están persiguiendo a usted?

Traté de controlar mi sorpresa, pero no tuve éxito.

—¿Qué quiere decir con eso?

La sonrisa de Carlo se ensanchó.

—No me venga con tonterías. Sabe lo que quiero decir. Usted es el candidato perfecto para el caso. Si hasta me tomé el trabajo de alterar el reloj de Helen. Así los policías pensarían que usted estaba allí cuando ella cayó, y créame, Mac, tuve que trepar bastante para llegar hasta Helen. Casi me rompo el cuello.

Me quedé mirándolo.

—¿De manera que usted la mató?

Negó con la cabeza.

—El informe dice que fue usted. Usted estaba allí cuando ella se cayó. Usted es el individuo llamado Douglas Sherrard. —Se inclinó hacia adelante apuntándome con un dedo grueso. Enfatizando cada palabra continuó—. *Y usted es el tonto que le dejó una nota diciéndole que se encontrara con usted en la cima del acantilado. ¿Ha olvidado ese pequeño detalle? La encontré donde usted la dejó, sobre la mesa, y la tengo en mi poder.*

Sentí como si el fondo de mi mundo se hubiera hundido. Recién en este momento, al oír esto, recordé la nota que había dejado a Helen en la villa.

—La tengo aquí mismo —continuó Carlo, golpeando el bolsillo de atrás de su pantalón—. Es una belleza. Eso y el reloj podrían dar cuenta de usted, Mac. No tendría la menor oportunidad de demostrar su inocencia.

Tenía razón. Si Carlotti se apoderaba de esa nota, sería mi ruina. Recordaba la nota con tanta claridad como si la tuviera ante mis ojos.

Helen (había escrito) espérame en el sendero detrás del portón del jardín si es que nos desencontramos. Ed.

—Cuando la policía encuentre sus maletas en una oficina de equipajes abandonada, también encontrarán la cámara y algunas de las películas —continuó Carlo—. Además, encontrarán una carta de Helen dirigida a usted que rematará el caso en el supuesto de que necesite remate. La escribió antes de matarse.

Hice un esfuerzo y me recuperé. No podía estar en una situación peor, Y porque era tan mala, me puse furioso. La única manera de salir de ella era apoderarme de la nota y destruirla. Él dijo que la tenía en el bolsillo. Tenía que sorprenderlo, desmayarlo, y quitarle la nota.

—Helen nunca me escribió —dije.

—Oh, sí. Lo hizo. Yo la persuadí. Es toda una carta. En ella cuenta cómo alquiló la villa y cómo ustedes dos, como Mr. y Mrs. Sherrard, van a vivir en ella. Es una declaración completa, Mac. No se equivoque con respecto a eso. Me he encargado de que no tenga escapatoria.

Pero hablaba demasiado. Estaba seguro de que mentía. No había tal carta; además, no importaba demasiado. La nota que yo le había escrito a Helen era suficiente para condenarme.

—Comprendo. De manera que usted se ha encargado de inculparme bien —le dije—. ¿Y qué va a hacer con respecto a eso?

Se puso de pie y comenzó a dar vueltas por la habitación. No se acercó a mí en ningún momento.

—Durante meses he esperado encontrarme con un tipo como usted —respondió—. Cuando Helen me dijo que estaba haciendo planes con respecto a usted, y quién era usted, supe que había hallado el hombre que buscaba. Tengo una tarea para usted. Va a llevar una encomienda a través de la frontera francesa. Para usted será una cosa fácil. Lo pasará. Con sus antecedentes y su empleo, ni se tomarán el trabajo de registrar sus maletas, sin hablar del coche. He estado guardando el material durante meses en espera de una oportunidad como ésta.

—¿Qué material? —pregunté observándolo. Sonrió.

—No necesita saberlo. Todo lo que tiene que hacer es llevarlo a Niza. Pasará la noche en cierto hotel, dejando el coche en el garaje del hotel. Pondré el paquete en el coche antes de que se marche, y mi contacto en Niza lo recogerá durante la noche. Así es de simple.

—Y si no lo hago, Carlotti tendrá la nota que le escribí a Helen. ¿Esa es la idea?

—Deduce con rapidez.

—Y si lo hago, ¿qué sucede luego?

Se encogió de hombros.

—Pasa unas vacaciones y vuelve. Quizás dentro de seis meses, tenga que hacer el mismo viaje a Niza. Se supone que un periodista viaja. Usted viene de medida para la tarea. Por eso lo elegí.

—Dígame, ¿Helen tuvo algo que ver con esa elección?

—Por supuesto, pero en una medida miserable —sonrió—. Quería sacarle mil dólares a usted, pero la disuadí. Le demostré que sería mucho más útil como correo.

De pronto comprendí de lo que se trataba.

—Helen era drogadicta, ¿no es así? —pregunté—. Es por eso que necesitaba dinero sin importarle cómo lo conseguía. Y es un paquete de drogas lo que quiere que lleve a Niza, ¿verdad?

—¿No pensará que es polvo facial, Mac? —replicó sonriendo.

—¿Y usted le suministraba las drogas?

—Eso es, compañero. Siempre estoy dispuesto a ayudar a una muchacha si tiene dinero para pagar.

—¿Fue idea suya o de ella el que fuéramos a la villa?

—¿Le importa saberlo?

—Fue suya la idea, ¿no es cierto? Era una villa conveniente, y había un acantilado conveniente para caerse. Usted sabía que yo no me prestaría al juego si no me viera atrapado. Tendió la trampa, la arrojó por el acantilado y yo entré en escena.

Se rio.

—No cabe duda que tiene una gran imaginación. De cualquier manera esa es una historia que no puede probar, Mac. Pero yo puedo probar la mía.

—¿Helen lo fotografió con su cámara cuando estaban ustedes dos allá arriba? ¿Es por eso que estuvo tan ansioso por deshacerse de la película?

—Nada que se le parezca, compañero. No se preocupe del film. Eso fue dispuesto para hacer que la policía creyera que era un asesinato. —Encendió otro cigarrillo—. Hablemos del asunto. ¿Va ir a Niza o le mando la nota a Carlotti?

—Parece que no tengo mucho donde elegir.

Recorrí la habitación con los ojos, buscando algo que se pareciera a un arma. No había nada bastante fuerte como para golpearlo. Sabía que no podía hacerlo con mis manos desnudas.

Cerca de la puerta había una pequeña mesa de adorno, y sobre la mesa un gran jarrón lleno de claveles. Al lado del jarrón había una fotografía de Myra Setti en un marco de plata. Vestía un traje de baño blanco, y estaba recostada en una reposera a la sombra de una gran sombrilla. Había algo vagamente familiar en esta fotografía, pero apenas la miré. Mis ojos se fijaron en un aprieta-papeles sólido, de vidrio, que había al lado de la fotografía. Esto, me dije, podría servir.

—De manera que lo hará —dijo, observándome.

—Supongo que tendré que hacerlo.

—Así se habla. —Sonrió—. Sabía que entraría en el juego. Bien, esto es lo que tendrá que hacer. Deje su coche en su garaje la noche del jueves. No cierre con llave el garaje. Yo iré durante la noche a dejar el paquete. Salga el viernes a la mañana temprano. Pase esa noche en Ginebra, y el sábado, siga a Niza. Tiene que calcular el tiempo para cruzar la frontera alrededor de las diecinueve. Esa es la hora en que están comiendo y estarán apurados por hacerlo pasar de una vez. Diríjase al hotel Saleil d'Or. Es uno de los lugares elegantes sobre la Promenade des Anglais. Quizás deba reservar una habitación allí. Deje su coche en el garaje del hotel y olvídese de todo. ¿Entendió?

Le respondí que sí.

—Y que no se le ocurra ninguna tontería, Mac. Tengo una pequeña fortuna en ese material, y esté seguro que me encargará de usted si trata de traicionarme. —Sus ojos se endurecieron mientras me miraba—. Usted está en el gancho, no lo olvide. Y lo estará para siempre.

—¿Qué sucederá si Carlotti descubre que yo estaba en la villa cuando Helen murió?

—Deje que lo pruebe —respondió Carlo—. Si se pone demasiado incómodo, buscaré una coartada que le sirva. Tengo maneras de encontrar coartadas. No tiene de qué preocuparse mientras esté en el juego conmigo. Usted y yo podemos trabajar esto durante años. También está el distrito de Suiza del que se puede encargar usted.

—Parecería que he encontrado una nueva profesión.

—Esa es la idea —apagó el cigarrillo—. Bien, Mac. Tengo cosas que hacer. Prepárese para partir el viernes. ¿Entendido?

Lentamente me puse de pie.

—Creo que sí.

Caminó a mi alrededor, manteniendo la distancia y observándome.

Me detuve frente a la mesa y miré la fotografía en el marco de plata.

—Esa muchacha, ¿es su amiga? —pregunté.

Se acercó un poco más, pero todavía estaba fuera de mi alcance.

—No importa quién es... márchese, Mac. Tengo cosas que hacer.

Levanté el marco.

—Vaya... ¡qué hermosa! ¿También es drogadicta?

Con un gruñido se vino hacia mí y me arrebató el retrato de la mano. Eso ponía su mano derecha fuera de acción. Con mi mano izquierda arrojé el florero con los claveles al piso y me apoderé del aprieta-papeles.

El florero, agua y claveles, fueron a dar contra las rodillas de Carlo. Por una fracción de segundo miró hacia abajo, maldiciendo.

Tenía el aprieta-papeles en mi puño. Lo golpeé en un costado de la cabeza con todas las fuerzas que tenía.

Cayó de rodillas. Vi que sus ojos se ponían en blanco. Lo golpeé en la parte superior de la cabeza, él fue resbalando hacia adelante, cayendo cuan largo era a mis pies.

Dejé caer el aprieta-papeles y me arrodillé a su lado. Ese fue un error. Era increíblemente fuerte. Su mano derecha me tomó del cuello y casi me mata. Con violencia me desprendí de su brazo mientras él se incorporaba. Su mirada estaba perdida. Prácticamente estaba liquidado, pero aún así era peligroso. Me afirmé, mientras levantaba la cabeza le disparé un puñetazo en la mandíbula que me hizo trepidar desde el puño hasta el codo. Su cabeza dio contra el piso y se desvaneció.

Jadeando, lo puse de cara al suelo. Deslicé mi mano en el bolsillo de su cadera y me apoderé de la billetera de cuero.

Cuando la estaba sacando, la puerta se abrió de golpe y Myra Setti entró.

Tenía una pistola automática 38 en la mano y me apuntaba.

Durante un momento largo nos miramos. Había una expresión en sus ojos que me advertía que dispararía al menor estímulo, de manera que me quedé inmóvil, con la mitad de la mano en el bolsillo de Carlo.

—¡Saque la mano de ahí! —ordenó.

Lentamente quité la mano del bolsillo de Carlo. Él se movió, dio vuelta a medias y emitió un gruñido.

—¡Apártese de él! —volvió a ordenar. Me puse de pie y me retiré.

Carlo se incorporó sobre manos y rodillas, sacudiendo la cabeza y vacilante se puso de pie. Durante un momento se balanceó hacia atrás y adelante, con las piernas como de goma, luego recuperó el equilibrio, sacudió otra vez la cabeza y me miró. Esperaba ver una mirada malévola y furiosa en su rostro, pero en cambio sonrió.

—Tiene usted más agallas de lo que pensaba, Mac —dijo mientras se frotaba un lado de la cabeza—. Hace años que nadie me castigaba tan duro. ¿En verdad no creería que fuera tan tonto como para llevar esa nota encima?

—Valía la pena cerciorarme.

—¿Quieren decirme qué significa todo esto? —preguntó Myra impaciente— ¿quién es tu socio? —No bajó el arma ni apartó sus ojos de mí.

—Este es Dawson, el individuo de quien te he hablado. Va a llevar el material a Niza el viernes —dijo Carlo. Se tocó otra vez la cabeza e hizo un gesto.

—¡Miren el desastre que han hecho ustedes, par de gorilas! —respondió ella—. ¡Vamos, despejen!

—¡Ya basta! —protestó Carlo—. Siempre estás quejándote de algo. Quiero hablarte. —Se volvió hacia mí—. Vamos, Mac, márchese ya. No intente darme esquinazo otra vez. La próxima, yo también me pondré rudo.

Volví a sentirme deprimido.

—Me marcho —dije, y con desgano me dirigí a la puerta.

Myra me miró con desprecio y me volvió la espalda.

Pasé a su lado, tomé la pistola de su mano, la empujé con el hombro y eso la mandó trastabillando a uno de los sillones; di vuelta y apunté a Carlo.

—¡Bien! ¡Deme la billetera!

Durante un momento largo permaneció paralizado, echó hacia atrás la cabeza y soltó una carcajada que hizo trepidar las ventanas.

—¡Vaya! ¡Usted me mataría! —vociferó, golpeándose el muslo.

—¡Deme esa billetera! —insistí y había algo en mi voz que lo inmovilizó.

—Escuche, tonto. No la tengo encima —repitió con la expresión dura.

—Si no quiere un balazo en la pierna, ponga la billetera aquí.

Nos miramos. Advirtió que no bromeaba. De pronto rió, tomó la billetera de su

bolsillo de atrás y la arrojó a mis pies.

Lo mantuve cubierto, me agaché, la recogí, me recosté contra la pared y revisé la billetera. Contenía diez mil liras en billetes, pero no había ningún otro papel.

Myra me miraba fijamente, sus ojos ardiendo.

—Vaya, ¿qué muchacho, verdad? —le dijo Carlo—. Casi tan bravo como yo. Pero lo tenemos en nuestras manos. Tiene que hacer lo que le indiquemos. ¿No es así, compañero?

Le arrojé la billetera.

—Parece que sí —respondí—. Pero cuidado. ¡No será tan fácil!

Puse la pistola sobre la mesa y salí. La risa explosiva de Carlo me siguió.

Todavía seguía lloviendo cuando bajé las gradas hasta la explanada. Cerca de la puerta de calle estaba un Renault verde oscuro. Detrás, el Cadillac.

Comencé a correr, gané la calle y continué corriendo hasta llegar a mi coche. Conduje de prisa hasta mi departamento, dejé el coche afuera, como una flecha subí las escaleras y entré al vestíbulo. Sin quitarme el impermeable empapado llamé a la Agencia Internacional de Investigaciones y pregunté por Sarti. No tenía muchas esperanzas de encontrarlo porque eran casi las diez y media, pero vino al teléfono en seguida.

—El Renault de que le hablé está en la explanada de villa Palestra en Via Paolo Veronese —le dije—. Consiga hombres para que lo investiguen inmediatamente. Quiero saber adonde va el conductor cuando salga. Ande con cuidado.

Sarti dijo que se encargaría del asunto. Oí que hablaba con alguien dando instrucciones para que algunos hombres fueran a la villa de Myra.

Cuando terminó le pregunté:

—¿Tiene alguna novedad para mí?

—Tendré algo mañana a la mañana, *signor*.

—No quiero que venga a casa. —El hecho de que Carlo supiera que Carlotti había estado a verme esa tarde me advirtió que mi departamento estaba vigilado. Le dije que nos encontraríamos a las diez en el Club de la Prensa. Respondió que no faltaría.

Me quité el impermeable, lo llevé al cuarto de baño, luego volví a la sala y me serví un buen vaso de whisky. Me senté. Me dolía la mandíbula y me sentía bastante descontento conmigo mismo. Estaba en un buen atolladero y nadie más que yo podía ayudarme a salir de él.

Mañana era domingo. El lunes tendría que volar a Nápoles para asistir a la indagatoria. El viernes a la mañana tendría que partir para Niza, salvo que pudiera probar que Carlo era el asesino de Helen. No tenía mucho tiempo.

Estaba seguro que él la había matado, pero no podía imaginar por qué lo había hecho.

No podía creer que la hubiera muerto sólo para atraparme. Esa idea debió ocurrírsele después de haberla matado, probablemente después de encontrar la nota que le escribí a Helen.

Entonces, ¿por qué la había asesinado?

Ella gastaba dinero con él. Disponía de ella como quería. Un traficante de drogas siempre tiene a las víctimas en su poder... salvo, por supuesto, que la víctima encuentre algo referente al traficante que le dé a ella un poder mayor sobre él, que el que él tiene sobre ella.

Helen era una extorsionadora. ¿Habría sido tan audaz como para tratar de extorsionar a Carlo? No lo hubiera intentado, a menos que lo que hubiera descubierto fuera pura dinamita; algo, de esto Helen debió estar segura, tan peligroso para Carlo como para hacerlo marcar el paso. ¿Habría encontrado alguna evidencia que realmente pusiera a Carlo en peligro? Si era así, tendría que haberlo guardado bajo cerrojo y llave antes de atreverse a constreñir a Carlo.

El hecho de que la hubiera matado probaba que él había encontrado la evidencia y la había destruido, o que no le dio tiempo para decirle dónde la había ocultado, porque no bien comenzó a extorsionarlo, la arrojó sin más por el acantilado.

¿Sería eso lo que había pasado?

Era un tiro al aire, pero probable. Si pudiera echarle mano a esa evidencia, le arrancarían los dientes a Carlo. Si existía, ¿dónde la habría ocultado ella? ¿En su departamento? ¿En el banco? ¿En una caja de seguridad?

No podía hacer nada con respecto a su departamento. Carlotti tenía una guardia policial destacada allí. No podía hacer mucho para averiguar si tenía una caja de seguridad, pero podía ir a su banco antes de volar a Nápoles, el lunes.

Quizás fuera una pérdida de tiempo, pero tenía que pensar en todas las posibilidades. Ésta parecía prometedora.

Todavía estaba pensando en ello, cuando media hora después sonó el teléfono. Al tomar el receptor miré el reloj que había sobre el escritorio. Eran sólo las once y diez.

—He seguido la pista del Renault, *signor Dawson* —me dijo Sarti—. El dueño es Carlo Manchini. Tiene un departamento en la via Brentini. Está arriba de un negocio de vinos.

—¿Está en su casa, ahora?

—Fue allí para cambiarse. Hace cinco minutos que salió con traje de etiqueta.

—Bien, espéreme, voy para allá —le respondí y colgué.

Me llevó veinte minutos llegar a via Brentini. Dejé el coche en la esquina y caminé de prisa hasta descubrir la gruesa figura de Sarti, protegiéndose de la lluvia en la puerta de una tienda oscura. Me acerqué.

—¿No ha vuelto?

—No.

—Voy a entrar para echar un vistazo.

Sarti hizo un gesto de desaprobación.

—No es legal, *signor* —dijo sin muchas esperanzas.

—Gracias por advertírmelo. ¿Sabe cómo entrar?

Estaba mirando el negocio de vinos de la vereda de enfrente. Había una entrada lateral que obviamente llevaba al departamento del piso superior.

—La cerradura no es complicada —dijo Sarti hurgando en su bolsillo y luego puso en mi mano un manojito de ganzúas.

—Éstas también son estrictamente ilegales —le dije sonriendo.

Parecía deprimido.

—Sí *signor*. No todo el mundo querría mi empleo.

Crucé la acera, me detuve para mirar a uno y otro lado de la calle desierta, saqué la linterna y examiné la cerradura. Como Sarti había dicho, no parecía complicada. Probé tres de las llaves antes de que corriera el cerrojo. Abrí la puerta. Entrando en la oscuridad, cerré la puerta, una vez más encendí la linterna y subí de prisa por las estrechas escaleras que tenía frente a mí.

Había un olor rancio a vino y a transpiración en el descanso, también olor a humo de cigarro. Tres puertas invitaban a la inspección.

Abrí una de ellas y vi una cocina pequeña y sucia.

En la piletta estaban acumuladas cacerolas y sartenes sin limpiar en derredor de las cuales volaban las moscas. Los restos de pan y salame estaban sobre un papel grasiento sobre la mesa.

Caminé por el pasillo, vi un dormitorio pequeño que tenía una cama camera sin tender, con sábanas sucias y una funda grasienta. Había ropas tiradas en el suelo. Una camisa usada colgaba de un aplique eléctrico. El piso estaba lleno de ceniza y el olor de la habitación casi me ahogó.

Salí y entré a la sala. Ésta también parecía como si hubiera vivido en ella un cerdo. Había un gran sofá debajo de la ventana y dos sillones próximos a la chimenea. Los tres estaban sucios y manchados de grasa. En una pequeña mesa había seis botellas de vino, tres de las cuales estaban vacías. Un florero con claveles mustios sobre una repisa polvorienta. Había manchas de grasa en las paredes, y el piso se veía cubierto de ceniza.

En uno de los brazos de los sillones había un cenicero grande cargado de colillas de cigarrillos y tres colillas de cigarros. Tomé una de esas colillas y la examiné. Me pareció la réplica de la colilla que había encontrado en la cima del acantilado. La puse en el bolsillo, dejando las otras dos.

Contra una de las paredes había un escritorio deteriorado sobre el que estaban apilados periódicos amarillentos, revistas cinematográficas y retratos de muchachas llamativas.

Abrí los cajones del escritorio, uno después de otro. La mayor parte de ellos estaban atiborrados con las cosas que un hombre acumula y que nunca revisa, pero en uno de los cajones de abajo encontré un bolso de viaje T.W.A. nuevo, de los que se les entrega a los pasajeros para que guarden las cosas que pueden necesitar durante la noche. Lo saqué del cajón, abrí el cierre automático y miré en el interior.

Estaba vacío, excepto por un pedazo de papel arrugado. Lo estiré y vi que era el duplicado de un pasaje de vuelta de Roma a Nueva York, fechado cuatro meses atrás y extendido a nombre de Carlo Manchini.

Me quedé mirando el pasaje durante unos segundos; mi mente trabajaba con rapidez.

Era una prueba de que Carlo había estado en Nueva York antes de que Helen partiera para Roma. ¿Significaba algo? ¿Se habrían encontrado en Nueva York?

Puse el papel en mi billetera, y volví a poner el bolso en el cajón.

Aun cuando pasé otra media hora en el departamento, no encontré nada más que pudiera interesarme, tampoco mi nota a Helen.

Me alegró salir a la lluvia y respirar aire fresco otra vez.

Sarti estaba intranquilo cuando se reunió conmigo.

—Me estaba poniendo nervioso —dijo—. Se quedó mucho tiempo.

Tenía demasiadas cosas en qué pensar para preocuparme de sus nervios. Le dije que estaría en el Club de la Prensa a la diez de la mañana siguiente y lo dejé.

Cuando volví a mi departamento envié el siguiente cable a Jack Martin, reportero policial en New York del *Western Telegram*:

Envíe toda la información que encuentre con respecto a Carlo Manchini: moreno, facciones toscas, corpulento, alto, con una cicatriz blanca en zigzag en el rostro. Telefonaré el domingo. Urgente, Dawson.

Martin era un experto en su trabajo. Si sucedió algo durante la estadía de Carlo en Nueva York, lo sabría.

DÉCIMA PARTE

A las diez de la mañana siguiente entré al Club de la Prensa y pregunté al camarero si había alguien esperándome.

El camarero dijo que había un caballero en la cafetería. Por el tono de su voz me indicó que estaba utilizando la palabra «caballero», por mera cortesía.

Encontré a Sarti sentado en un rincón, haciendo girar su sombrero y mirando con indiferencia la pared que tenía enfrente.

Lo conduje a una silla más confortable y me senté. Llevaba un portafolio de cuero que descansaba sobre sus rodillas regordetas. El ajo que emanaba de su aliento era suficiente para tumbarlo a uno.

—Bien, ¿qué es lo que averiguó?

—Siguiendo sus instrucciones, *signor* —dijo mientras abría el portafolio— he puesto diez de mis mejores hombres a trabajar sobre los antecedentes de la *signorina* Chalmers. Todavía estoy esperando sus informes, pero entre tanto he logrado reunir una considerable cantidad de información de otra fuente. —Se rascó la punta de la oreja, mientras se movía incómodo en su silla y continuó— siempre es posible que al hacer investigaciones surjan a luz hechos desagradables. Sugiero que como preparación para recibir mis informes, le dé un breve resumen de lo que he descubierto.

Por lo que yo ya sabía de los antecedentes de Helen, no me sorprendía que él y sus hombres hubieran hecho descubrimientos similares.

—Continúe —le dije—. Sé más o menos lo que va a decirme. Le advertí que esto era un asunto confidencial. La *signorina* era la hija de un hombre muy poderoso, y tenemos que tener cuidado.

—Ya lo sé, *signor* —Sarti parecía aún más deprimido—. Tiene que comprender que el teniente Carlotti también está trabajando en lo *mismo* y no tardará mucho en tener la misma información que tenemos nosotros aquí —dijo golpeando el portafolios—. Para ser más exacto, tendrá la información dentro de tres días.

Yo lo miré.

—¿Cómo sabe eso?

—¿Quizás esté enterado de que la *signorina* era drogadicta? —preguntó Sarti—. Su padre le pasaba una mensualidad muy pequeña. Ella necesitaba considerables sumas de dinero para comprar drogas. Lamento decirle, *signor*, que para conseguir ese dinero extorsionaba a muchos hombres con quienes había intimado.

De pronto me pregunté si había descubierto que yo también fui una víctima en perspectiva.

—Más o menos he sabido eso —respondí—. Pero no ha contestado a mi pregunta. ¿Cómo sabe que Carlotti...?

—Si me disculpa, *signor* —interrumpió Sarti—. Llegaré a eso dentro de un momento. En este portafolio tengo una lista de nombres y direcciones de los hombres de quienes la *signorina* obtenía dinero. Le dejaré la lista para que usted la estudie. — Me miró con tanta insistencia que de pronto me hizo traspasar. Ahora estaba seguro que mi nombre estaba en la lista.

—¿Cómo consiguió esta información? —pregunté sacando mi paquete de cigarrillos y ofreciéndole uno.

—Gracias, no me gustan los cigarrillos norteamericanos —dijo inclinándose— si me permite...

Sacó el usual cigarrillo italiano y lo encendió.

—Obtuve la lista por el *signor* Veroni, un detective privado que una vez trabajó para la policía. Sólo toma casos especiales y muy caros. Yo he podido ayudarlo de tiempo en tiempo con mi organización que es mucho más grande. Sabiendo que usted necesitaba urgente información, lo vi. Inmediatamente extraje de sus archivos toda esta información.

—¿Cómo la consiguió él? —pregunté, inclinándome y mirándolo con fijeza.

—Tenía instrucciones de vigilar a la *signorina* cuando llegara a Roma. Él y dos de sus hombres, por turno, no le sacaron los ojos de encima mientras estuvo en Roma.

Esto en verdad me sorprendió.

—¿La siguieron hasta Sorrento? —pregunté.

—No. No tenían instrucciones de hacer eso. Veroni tenía que vigilarla mientras estuviera en Roma.

—¿Quién le dio instrucciones de vigilarla?

Sarti sonrió con tristeza.

—Eso no puedo decírselo, *signor*. Usted comprenderá que lo que ya le he dicho es estrictamente confidencial. Es sólo porque Veroni es muy amigo mío y sólo porque le di mi palabra que no le pasaría la información a usted, que me ha ayudado.

—Como ya ha faltado a su sagrada palabra —le dije impaciente— ¿qué le impide decirme quién le dio las instrucciones?

Sarti endureció sus hombros.

—Nada, *signor*, excepto que él no me lo dijo.

Me recliné en el asiento.

—Usted dijo que Carlotti tendría esta información dentro de tres días. ¿Cómo lo sabe?

—Veroni le dará la información al teniente. Yo lo persuadí de que no lo hiciera hasta que pasara ese período.

—Pero, ¿por qué ha de darle a Carlotti esta información?

—Porque sospecha que la *signorina* fue asesinada —respondió Sarti

apesadumbrado— y piensa que debe darle la información al teniente, únicamente cuando los investigadores ayudan a la policía ésta a su vez los ayuda a ellos.

—¿Para qué le dijo que retuviera esa información durante tres días?

Se movió inquieto.

—Si por favor lee el informe que le he preparado, comprenderá la razón, *signor*. Usted es mi cliente. Pueden haber cosas que hacer. Digamos que he ganado tiempo para usted.

Traté de encontrar sus ojos, pero no pude hacerlo. Apreté mi cigarrillo apagándolo y encendí otro. Me sentía incómodo.

—Está mi nombre en la lista, ¿verdad? —dije, tratando de hablar con naturalidad.

Sarti inclinó la cabeza.

—Sí, *signor*. Se sabe que usted ha ido a Nápoles en la tarde en que ella murió. Se sabe que la visitó en su departamento dos veces durante la noche. También se sabe que lo telefoneó a su oficina para pedirle que le llevara un repuesto de una cámara fotográfica cuando fuera a encontrarse con ella en Sorrento, y que utilizó, mientras hablaba con usted, el nombre de Mrs. Douglas Sherrard. Vera ni tomó la precaución de interceptar su teléfono.

Por un momento me quedé sentado, inmóvil.

—¿Y Veroni va a darle esta información a Carlotti?

Parecía que Sarti iba a echarse a llorar.

—Piensa que es su deber, *signor*; además, sabe que podría meterse en un problema serio si retiene evidencias en un caso de asesinato. Podría ser culpado de complicidad o encubrimiento.

—Pero, ¿a pesar de todo eso acepta darme tres días de gracia?

—Lo he persuadido, *signor*.

Lo miré; me sentía como un conejo que ha visto un hurón en su conejera. Esto era el fin. Esto era algo sobre lo que no podía engañarme. Si Carlotti sabía que yo era Douglas Sherrard, ni siquiera necesitaría la nota que le había dejado a Helen. Sólo tenía que seguir machacando sobre mí, y tarde o temprano me desmoronaría. No me engañaba en cuanto a saber que una vez que Carlotti tuviera la información de Veroni en las manos no podría liberarme.

—¿Quizás quiera estudiar el informe, *signor*? —propuso Sarti. Evitaba mirarme. Consiguió en alguna forma exhibir el aire lastimero y comprensivo de un enterrador — entonces tal vez podamos hablar otra vez. Puede tener instrucciones que darme.

Tuve la impresión de que había algo siniestro detrás de esta observación, pero no podía concretarlo.

—Démelo —respondí—. Si no tiene prisa, puede esperar aquí. Deme media hora, ¿quiere?

—Por supuesto, *signor* —dijo y sacó un manojito de papeles del portafolio. Me los

dio—. No tengo apuro.

Tomé los papeles, y dejándolo allí, caminé por el corredor hasta el bar. A esta hora y por el hecho de ser domingo, tenía todo el lugar para mí solo.

Apareció el camarero. Me hizo saber por su mirada severa que no era hora para molestar.

Pedí un whisky doble, llevé el vaso a una mesa en un rincón y me senté. Tomé el whisky puro. Me ayudó a eliminar la sensación de estar atrapado, pero no el miedo.

Leí las veinte páginas escritas pulcramente a máquina. Contenía una lista de quince hombres. La mayor parte de ellos me eran familiares. Giuseppe Frenzi encabezaba la lista. El mío estaba en la mitad. Constaban las fechas en que Helen pasó las noches con Frenzi, cuando él la visitaba en su departamento, cuando ella pasaba las noches con otros hombres. Esto lo pasé de largo. Estudié los detalles concernientes a mis propias actividades con Helen. Sarti no había mentido cuando me dijo que Veroni y sus hombres jamás habían perdido de vista a Helen. Cada uno de mis encuentros con ella estaba cuidadosamente registrado. Cada una de las palabras que nos dijimos por teléfono estaban allí para ser leídas. Habían detalles de otras conversaciones entre ella y otros hombres, y ahora era obvio, después de leer el informe, que yo no era más que otra víctima en perspectiva de su extorsión.

¡Tres días!

¿Sería posible que pudiera identificar a Carlo como el asesino de Helen antes de esa fecha? ¿Sería más acertado hablar con Carlotti y decirle toda la verdad y dejar que él se ocupara de Carlo? Pero ¿por qué había de hacerlo? No tenía más que oír mi historia para estar convencido de que yo había matado a Helen. No... esa no era la forma de encararlo.

En ese momento tuve una idea. En el informe de Veroni no se hacía mención de Carlo ni de Myra Setti. Helen debió hablar con uno u otro por lo menos una vez. El hecho de que el número de Myra estuviera escrito en la pared de Helen probaba eso. Entonces, ¿porqué no estaban los nombres de Carlo o Myra en el informe?

Había una posibilidad de que Veroni sólo hubiera anotado las conversaciones de Helen con las víctimas de su chantaje, ¡pero era seguro que debió de haberle dicho algo a Carlo o Myra por teléfono que valiera la pena poner en el informe!

Me quedé pensando en esto durante algunos minutos. Entonces le pedí al camarero que me trajera la guía de teléfonos de Roma. Me la dio como si me estuviera haciendo un favor y me preguntó si quería otra copa. Le dije que por el momento, no.

Busqué el nombre de Veroni, pero no apareció. Esto no significaba mucho. Probablemente tenía su agencia bajo un nombre supuesto.

Crucé hasta la cabina telefónica que estaba próxima al bar y llamé a Jim Matthews.

Me tomó tiempo despertarlo y sacarlo de la cama.

—¡Por el amor de Dios! —exclamó cuando vino al teléfono—. ¿No sabes que es domingo? Anoche me acosté a las cuatro de la mañana.

—Deja de protestar —le dije—. Necesito una información. ¿Has oído hablar de Veroni, un detective privado que se encarga de casos especiales y es muy caro?

—No. Te has equivocado de nombre. Conozco todos los detectives privados de la ciudad. Veroni no es uno de ellos.

—¿No puede tratarse de alguien que no conozcas? —insistí.

—Estoy positivamente seguro de que no es un detective. Te han dado mal el nombre.

—Gracias, Jim. Siento haberte sacado de la cama —exclamé y antes de que echara una maldición, corté.

Le dije al camarero que había cambiado de idea con respecto a la copa, llevé el whisky a la mesa y revisé el informe otra vez.

De los quince hombres a quienes Helen chantajeaba, yo era el único, de acuerdo a este informe, que no sólo había tenido el motivo, sino también la oportunidad de matarla.

Dediqué cinco minutos compaginando todo esto en mi cabeza, luego terminé el whisky, y sintiéndome un poco mejor, volví a la cafetería.

Encontré a Sarti como lo había dejado, haciendo girar su sombrero con expresión lastimera. Se puso de pie cuando crucé para reunirme con él y se sentó cuando yo lo hice.

—Gracias por haberme dejado leer esto —le dije, tendiéndole los papeles.

Retrocedió como si le hubiera mostrado una cobra.

—Es para usted. Yo no quiero tenerlo.

—Sí, por supuesto. No estaba pensando —doblé los papeles y los puse en mi bolsillo interior—. ¿El *signor* Veroni tiene copia de estos papeles?

Las comisuras de la boca de Sarti descendieron.

—Desgraciadamente, sí.

Encendí un cigarrillo y estiré las piernas. Ya no tenía miedo. Ahora tenía una idea de lo que había detrás de todo esto.

—¿El *signor* Veroni es rico? —pregunté.

Sarti levantó sus ojos inyectados y me miró inquisidoramente.

—Un detective privado nunca es rico, *signor* —respondió—. Se trabaja durante un mes, luego quizás tiene que esperar tres meses. Yo no diría que el *signor* Veroni es acaudalado.

—¿No cree que podría hacer un trato con él?

Sarti pareció considerar eso. Se rascó la parte superior de la cabeza y ceñudo, miró el cenicero de bronce que estaba sobre la mesa.

—¿Qué clase de trato, *signor*?

—Suponga que le ofrezco comprar estos informes —le dije—. Usted debe haberlos leído.

—Sí, *signor*. Los he leído.

—Si Carlotti se entera de su contenido, podría llegar a la conclusión de que yo soy responsable de la muerte de la *signorina*.

Sarti parecía a punto de romper en llanto.

—Esa fue la desgraciada impresión que tuve, *signor*. Esa fue la única razón por la cual le pedí al *signor* Veroni que no hiciera nada hasta dentro de tres días.

—¿Cree que el alto sentido del deber de Veroni le impedirá hacer un trato conmigo?

Sarti se encogió de hombros.

—En mi trabajo, *signor*, siempre se mira hacia adelante. Es bueno estar preparado para cualquier contingencia. Pensé que era posible que usted quisiera ocultar estos informes al teniente Carlotti. Mencioné el hecho al *signor* Veroni. Es un hombre difícil; su sentido del deber está super-desarrollado, pero hemos sido amigos durante mucho tiempo y puedo poner las cartas sobre la mesa. Sé que tiene deseos de comprar un viñedo en Toscana. Es posible que lo pueda persuadir.

—¿Quiere ocuparse de persuadirlo?

Sarti pareció vacilar.

—Usted es mi cliente, *signor*. Cuando acepto un cliente, le presto toda mi ayuda. Es así como mantengo mi negocio. Esto es difícil y peligroso. Podría ser procesado, pero sin embargo, si lo desea, estoy dispuesto a correr el riesgo para darle satisfacción.

—Sus motivos son tan poderosos como los del *signor* Veroni —le dije.

Se sonrió con tristeza.

—Estoy aquí para servirle.

—¿Cuánto imagina que podría costar un viñedo en Toscana? —le pregunté mirándolo directamente—. ¿Se lo preguntó?

Me miró sin el menor esfuerzo.

—Toqué el tema. El *signor* Veroni no carece totalmente de medios, *signor*. Parece que le faltaba la mitad de la suma requerida: diez millones de liras.

—¡Diez millones de liras!

Eso me dejaría sin un cobre. Durante mis quince años como periodista había conseguido reunir sólo esa suma.

—¿Y por esa cantidad estaría dispuesto a entregarme todas las copias de este informe sin decir nada a la policía?

—No lo sé, *signor*, pero se lo puedo preguntar.

Creo que podría persuadirlo.

—¿Necesitaría un estímulo para hacer eso? ¿Quiero decir, habrá una tarifa para usted por ese trabajo? —pregunté—. Francamente, diez millones de liras me dejarán sin un centavo. Si tiene que haber una tajada para usted, tendrá que obtenerla de Veroni.

—Eso podría arreglarse si fuera necesario, *signor* —contestó simplemente Sarti—. Después de todo el que me paga este trabajo es el *signor* Chalmers. Creo que dijo que la ganancia sería sustancial. Quiero serle útil a usted. Siendo útil es como se conservan los clientes.

—Ese pensamiento vale oro. Entonces, ¿verá qué es lo que puede hacer?

—Inmediatamente, *signor*. Tendrá noticias dentro de pocas horas. ¿Estará en su apartamento a la una?

Le dije que sí.

—Entonces a esa hora podré decirle si he tenido éxito o no.

Se puso de pie, se inclinó lastimero ante mí y salió de la habitación y de mi vista.

No tenía dudas de que el *signor* Veroni no existía y que Sarti había sido contratado por alguien para vigilar a Helen. Tampoco tenía la menor duda de que si pagaba los diez millones de liras irían al bolsillo de Sarti.

No imaginaba la manera de salir de este embrollo. Podría haber una salida, si tuviera tiempo para reflexionar. Dependía de si podía ganar tiempo.

Volví a mi apartamento y esperé.

Sarti no habló hasta las dos. Para entonces estaba paseando por la habitación y traspirando.

—El arreglo de que hablamos ha sido satisfactoriamente concluido, *signor* —dijo cuando respondí al llamado telefónico—. ¿Le queda cómodo el miércoles a la mañana para convenir las condiciones?

—No lo puedo hacer antes del jueves —respondí—. Significará vender...

—¡Por teléfono no, *signor*! —respondió Sarti, con una repentina agonía en la voz—. No es prudente discutir nada de esta naturaleza por teléfono. Está bien, el jueves. Nuestro asociado me dijo que tratara con usted. Lo iré a ver el jueves a mediodía.

Le dije que lo esperaba y colgué.

Pasé la hora siguiente fumando un cigarrillo tras otro, analizando cada uno de los aspectos de la situación planteada.

No podía encontrarme en un aprieto peor si deliberadamente hubiera buscado problemas. No sólo estaba en camino de ser arrestado por asesinato, con bastante evidencia en contra de mi persona para fundar una acusación, sino que también estaba siendo extorsionado por dos canallas inescrupulosos.

Con esto pendiente sobre mi cabeza hice un descubrimiento. Descubrí que ya no me importaba si obtenía o no el Departamento de Exterior en el *Western Telegram*, ni me importaba un bledo la forma en que reaccionaría Chalmers si se enteraba de que yo era el hombre con quien su hija había planeado pasar un mes en Sorrento.

Reflexionando en la forma en que había llevado este asunto, comprendí que había sido un tonto en no haber llamado a la policía cuando encontré el cuerpo de Helen. De haberlo hecho, Carlo no hubiera tenido tiempo para alterar el reloj de Helen ni de tramar el resto de la evidencia contra mí. Si hubiera vuelto a la villa para llamar a la policía habría recuperado la nota que dejé escrita a Helen antes de que Carlo la obtuviera.

Me dije que dependía de mí salir de este enredo. Había sido lo bastante estúpido para meterme en él; ahora tenía que ser lo bastante listo para vencer a estos dos canallas en su propio juego.

No me quedaba mucho tiempo. Tenía que entregarle hasta el último centavo de mis ahorros a Sarti el jueves, salvo que se me ocurriera alguna manera de ajustarle las cuentas. Tendría que llevar el paquete de narcóticos a Niza el viernes, salvo que pudiera entregar a Carlo como asesino de Helen.

Pensé en Carlo. Tenía muy pocas evidencias contra él. Dos colillas de cigarro; una que había encontrado en la cima del acantilado, la otra en su habitación. Eso no era suficiente para acusarlo de homicidio. ¿Qué más había? Tenía la prueba de que Helen conocía a Myra Setti por el número de teléfono escrito en la pared, y podía deducirse por ello que también conocía a Carlo, pero eso no era bastante sólido para convencer a un jurado. Frenzi juraría que había visto a Helen y a Carlo juntos, pero como salía con otros hombres mientras estuvo en Roma, eso tampoco significaba mucho.

Saqué de mi billetera el pasaje aéreo T.W.A. que había encontrado en el escritorio de Carlo y lo examiné. ¿Tendría esto algún valor para mí? Carlo había estado en Nueva York tres días antes de que Helen partiera para Roma. Maxwell había sugerido que Helen partió a Roma porque estaba implicada en el asesinato de Menotti.

De pronto me incorporé de un salto. Tanto Maxwell como Matthews, quienes deberían saberlo, habían dicho que era prácticamente seguro que Setti había ordenado

la muerte de Menotti. ¿Habían enviado a Carlo a Nueva York para realizar el trabajo? ¿Era él el pistolero de Setti? Menotti había sido muerto la noche del 29 de junio. De acuerdo con el pasaje aéreo, Carlo había llegado a Nueva York el 26 y partido de vuelta a Roma el 30. Las fechas coincidían. Aún más; Helen también había partido el 30, y en esos cuatro días, aparentemente trabó amistad con Carlo. Me había intrigado como pudo conocerlo tan ligero, salvo que lo hubiera conocido en Nueva York.

¿Sería por eso que lo tenía amarrado a Carlo, presumiendo, desde luego, que lo estaba extorsionando? Maxwell y Matthews habían mencionado una misteriosa mujer que había entregado a Menotti. Maxwell había dicho que se creía que esa mujer era Helen. *Esto* tenía sentido. Supongamos que Carlo hubiera sabido que Helen era drogadicta, y a su llegada a Nueva York se hubiera puesto en contacto con ella... Podría haberle ofrecido una suma de dinero o drogas gratuitas para que ella traicionara a Menotti. Le habría permitido entrar a su habitación. Más tarde, pensándolo, Helen pudo haber comprendido qué fácil sería presionarlo por más dinero o más drogas. ¿Qué mejor arma podía tener para extorsionarlo que la amenaza de la silla eléctrica?

Me puse de pie y comencé a caminar de un lado al otro. Tenía la sensación de que por fin se aclaraba algo.

Mentalmente repasé la conversación que había tenido con Carlo. Admitió que estaba en Sorrento en el momento en que Helen murió. ¿Qué estaba haciendo allí? No podía creer que había ido con deliberación a matar a Helen. Si quería matarla podía haberlo hecho en Roma, en lugar de ir hasta Sorrento.

Con la cabeza trabajando enloquecida, continué caminando de un lado al otro. Pasaron algunos minutos antes de que recordara la fotografía que había visto en el salón de Myra, su fotografía en traje de baño blanco y que me había parecido vagamente familiar. Fue entonces que recordé la solitaria e inaccesible villa construida en la ladera del acantilado que había encontrado cuando buscaba a Helen. Recordaba haber visto a una muchacha, medio oculta por una sombrilla, y que estaba recostada en la terraza de la villa. Ahora estaba seguro de que la muchacha había sido Myra Setti.

Si Myra era dueña de la villa, Carlo probablemente iría muy a menudo, y eso sin duda alguna sería la razón de que hubiera estado allí cuando llegó Helen.

Me prometí volver a esa villa, después de asistir a la indagatoria.

Sabiendo que ya no podía avanzar más con respecto a Carlo, volví mi atención a Sarti. Sólo había un medio para apartarlo, y eso era atemorizarlo. Pero no me engañaba pensando que yo podría hacerlo. Si alguien podría atemorizarlo era Carlo, y de pronto sonreí. Me pareció una buena idea poner a Carlo contra Sarti. Le interesaba a Carlo mantenerme alejado de la policía.

Sin titubear, diqué el número de Myra. Carlo mismo atendió el teléfono.

—Soy Dawson —le dije—. Quiero hablar con usted con urgencia. ¿Dónde podemos encontrarnos?

—¿De qué se trata? —preguntó, con voz llena de suspicacia.

—Nuestro arreglo para el viernes puede saltar en pedazos —respondí—. No puedo hablar por teléfono. Tenemos competencia.

—¿Sí...? —gruñó en forma tal que deseaba que Sarti lo hubiera oído—. Bien, nos encontramos en el Club Pasquale dentro de media hora.

Le dije que estaría allí y colgué.

Miré a través de la ventana. Otra vez estaba lloviendo, y mientras me ponía el impermeable sonó el teléfono.

—Lo llaman desde Nueva York —dijo la operadora—. ¿Quiere esperar un momento?

Imagué que era Chalmers y acerté.

—¿Qué demonios está sucediendo? —preguntó cuando llegó al teléfono—. ¿Por qué motivo no me ha llamado?

No estaba de humor para soportarle nada en este momento. Porque él no se había molestado en controlar a su pervertida hija, era que yo me encontraba en este embrollo.

—No tengo tiempo para estarlo llamando a cada rato —le espeté— pero ahora que está en el teléfono, creo oportuno que se entere que vamos de cabeza a un escándalo tan mayúsculo que no podrá evitar que se publique en la primera plana de todos los periódicos, excepto en el suyo.

Oí que respiraba de prisa. Podía imaginar su cara poniéndose púrpura.

—¿Sabe lo que está diciendo? —preguntó—. ¿Qué demonios...?

—Escuche. Tengo una cita y estoy apurado —le interrumpí—. Tengo pruebas irrefutables de que su hija era drogadicta y extorsionista. Salía con degenerados y criminales y era la amante de Menotti. Es voz corriente que su hija fue la que lo entregó, y posiblemente la mataron porque fue lo bastante tonta para tratar de chantajear al asesino.

—¡Mi Dios! ¡Se arrepentirá de esto! —vociferó Chalmers—. Usted debe estar borracho o loco para hablarme de esa manera. ¡Cómo se atreve a decir semejantes mentiras! Mi hija era una niña buena y decente...

—Sí, eso ya lo he oído —interrumpí impaciente—. Pero espere hasta ver la evidencia. Tengo una lista de quince hombres que eran sus amigos íntimos y a quienes extorsionó porque necesitaba dinero para comprar drogas. Eso no lo he soñado. Carlotti lo sabe. Ha habido un detective privado que ha sido su sombra desde que llegó a Roma, y él tiene páginas de evidencia con fechas y detalles que no se pueden ocultar.

Hubo un silencio repentino en el otro extremo de la línea y por un momento pensé

que nos habían cortado la comunicación, pero, escuchando con detenimiento, oí su respiración pesada.

—Será mejor que vaya hasta allá —dijo por fin, con un tono mucho más suave—. Lamento haberle gritado, Dawson. Debí saber que usted no hubiera dicho nada contra mi hija sin pruebas. Esto es un golpe para mí. Quizás no sea tan malo como parece.

—No es este el momento para engañarse. Es un enredo sucio que tiene que encarar.

—Estoy atado de pies y manos hasta el jueves —respondió; toda la dulzura de su voz había desaparecido—. Estaré en Nápoles el viernes. ¿Quiere ir a buscarme?

—Si puedo, iré. Pero los acontecimientos se están precipitando tanto que no lo puedo afirmar con tanta anticipación.

—¿No puede hablar con Carlotti? ¿No podemos conseguir un aplazamiento de la indagatoria? ¡Tengo que estudiar este asunto!

—Es un caso de homicidio. No podemos hacer nada, ni usted ni yo.

—Bien, de todos modos inténtelo. Confío en usted, Dawson.

Sonreí con tristeza a la pared que tenía frente a mí. Me pregunté qué diría si le refiriera que yo era uno de los quince hombres que había cortejado a su preciosa hija.

—Le hablaré —respondí—. Pero no creo que me escuche.

—¿Quién la mató, Dawson?

—Un hombre llamado Carlo Manchini. Todavía no lo puedo probar, pero lo intentaré. Apuesto que él mató a Menotti y fue su hija quien se lo entregó.

—Esto es abrumador —realmente se le oía quebrantado—. ¿Hay algo que pueda hacer aquí en Nueva York?

—Bien, sí. Puede hacer que la policía investigue los antecedentes de Menotti —le dije—; podrían encontrar algo que nos sirviera. Vea si pueden saber algo con respecto a Manchini y Setti. Quiero una conexión entre esos dos. Vea si consiguen algún dato referente a lo que tramaba Helen y si fue al apartamento de Menotti.

—¡No puedo hacer eso! —su voz se elevó a un grito—. ¡No quiero que nadie se entere de eso! ¡Esto tiene que ser acallado de alguna manera, Dawson!

Reí.

—Tiene tanta posibilidad de acallar esto como tendría de mantener en silencio la explosión de una bomba H —dije, dejando caer el receptor.

Esperé un momento breve, y luego llamé al departamento de policía. Pregunté si el teniente Carlotti estaba en servicio. El sargento recepcionista me dijo que creía que estaba en su oficina y que esperara. Después de un minuto apareció Carlotti.

—¿Sí, *signor* Dawson? —la voz era suave y tranquila—. ¿Puedo servirle en algo?

—Sólo quiero confirmar la hora de la indagatoria. Es a las once y treinta. ¿Está correcto?

—Correcto. Vuelo esta noche. ¿Quiere venir conmigo?

—Esta noche, no. Tomaré el avión mañana temprano. ¿Cómo va la investigación?

—Satisfactoria.

—¿Todavía no hay arrestos?

—Todavía no, pero estas cosas toman tiempo.

—Sí. —Me pregunté si debería decirle que Chalmers estaba clamando por una postergación, pero decidí que no serviría de nada—. ¿Qué hay del apartamiento de la *signorina* Chalmers? ¿Y terminó con eso?

—Sí. Se lo iba a decir. La llave la tiene el encargado. Quité la guardia policial esta mañana.

—Bien, entonces me ocuparé de desocuparlo. ¿Encontró el número de teléfono escrito en la pared de su vestíbulo?

—¡Oh, sí! —respondió Carlotti. No parecía interesarle mucho—. Lo verificamos. Es el número de la *signorina* Setti, una amiga de la *signorina* Chalmers.

—¿Sabía usted que Myra Setti es hija de Frank Setti, a quién se supone que ustedes los policías están buscando?

Hubo una pausa, luego dijo con frialdad.

—Estaba al tanto de eso.

—Pensé que se lo podía haber pasado —repliqué y colgué el receptor.

Carlo me estaba esperando en el Club Pasquale. Estaba bebiendo vino y fumando un cigarro. Me saludó con la mano mientras atravesaba el salón vacío para reunirme con él.

—Usted me dijo que si yo lo ayudaba usted, me ayudaría —le dije—. Bien, aquí tiene la oportunidad.

Eché para atrás la silla y soltó una bocanada de humo al techo mientras escuchaba con los ojos entrecerrados lo que yo le explicaba con respecto a Sarti.

—El viejo Chalmers me encargó que pusiera un detective privado a trabajar en la investigación del pasado de su hija —continuó—. No me imaginé que Sarti profundizara tanto. Me ha encontrado a mí.

Carlo me miró; su cara, inexpresiva.

—¿Y qué?

—De manera que me está extorsionando por diez millones de liras. Si no pago, le entregará la información que ha reunido a la policía.

—¿Es peligrosa la información? —preguntó Carlo echando más atrás su silla y rascándose el pómulo con una uña sucia.

—Todo lo peligroso que puede ser. Si la policía recibe esa información, estoy liquidado. No tengo los diez millones de liras... nada parecido. Si usted quiere que lleve eso a Niza, tiene que hacer algo y ligero.

—¿Como qué?

—Eso es asunto suyo. Supongo que no querrá pagar los diez millones de liras, ¿verdad?

Eché hacia atrás la cabeza y rió con su risa ronca.

—¿Está bromeando? —Dejó caer su silla con un ruido que hizo temblar la habitación, se puso de pie encogió de hombros—. Vamos, compañero. Vamos visitar a este canalla. Yo me encargo de él.

—Probablemente haya salido —dije. No tenía deseos de verme mezclado en esto—. ¿Por qué no va mañana a su oficina? Yo iría con usted, pero tengo que ir a Nápoles mañana para asistir a la indagatoria.

Puso su enorme mano en mi brazo. Sus dedos penetraron mis músculos.

—Estará en su casa. Es la hora de comer. Vamos, compañero. Este enredo es suyo. Usted y yo juntos nos encargaremos del individuo.

Me condujo fuera del bar, cruzamos la vereda hasta donde estaba estacionado el Renault. Subimos y arrancó.

—La oficina estará cerrada —comenté retrocediendo en mi asiento al ver que casi atropella a una pareja que cruzaba la calle.

Carlo sacó la cabeza por la ventanilla para increparlos; luego, volviéndola a

entrar, me sonrió con su amplia sonrisa de animal.

—Sé donde vive el miserable. Él y yo hemos hecho un par de trabajos juntos. Me quiere. Haría cualquier cosa por mí.

Me di por vencido y durante el resto del intranquilo viaje no pronuncié una palabra.

Nos detuvimos al costado de un bloque de apartamentos de la vía Flaminia Nuova. Carlo descendió, cruzó la vereda, abrió la puerta de la entrada y subió las escaleras de a tres peldaños. Se detuvo frente a una puerta gastada en donde estaba clavada una de las tarjetas profesionales de Sarti. Apretó con el pulgar el timbre y lo mantuvo apretado.

Hubo seis segundos de espera; luego la puerta se abrió cautelosamente. Vislumbré el rostro fofo y sin afeitar de Sarti antes de que pudiera cerrar de golpe la puerta.

Carlo estaba listo para este movimiento. Levantó la rodilla y golpeó el panel de la puerta contra Sarti que emitió un pequeño gruñido de temor y de dolor. Quedó sentado en el piso del hall. Carlo entró, me dejó pasar, luego con un puntapié cerró la puerta.

Se adelantó y tomó a Sarti por el cuello. La corbata se ajustó en derredor del grueso cuello de Sarti y su rostro se volvió púrpura. Éste golpeó a Carlo débilmente en la cara; su pequeña mano regordeta hacía la misma impresión a Carlo de lo que haría un martillo de goma en un pedazo de roca.

De pronto Carlo aflojó la corbata y le dio un violento empujón a Sarti. Éste fue retrocediendo a través de una puerta hasta una pequeña habitación. Chocó contra una mesa tendida para comer, y él y la mesa dieron contra el piso.

Yo permanecía a un lado, observando.

Carlo recorrió la habitación, con las manos en los bolsillos del pantalón, silbando despacio.

Sarti estaba sentado frente a los restos de su almuerzo, la cara del color del queso Camembert maduro, los ojos sanguinolentos desorbitados.

Carlo se dirigió a la ventana y se sentó en el antepecho. Sonrió a Sarti.

—Escucha, gordito. Este tipo es amigo mío —me señaló con el pulgar— si alguien va a perseguirlo, seré yo. No te lo advertiré una segunda vez. ¿Has comprendido?

Sarti asintió con la cabeza. Se chupó los labios, trató de decir algo pero no pudo articular palabra.

—Tienes mucho material escrito sobre él, ¿verdad? —continuó Carlo—. Tráemelo mañana a la mañana a casa. Todo, ¿entendido?

Sarti asintió por segunda vez.

—Si algo llega a manos de la policía, entonces alguien dirá a la policía el trabajito que hiciste en Florencia. ¿Comprendido? —terminó Carlo.

Sarti asintió. La transpiración comenzó a correr por su cara.

Carlo me miró.

—¿Está bien así, compañero? Este canalla no lo molestará más. Se lo garantizo.

Le dije que estaba conforme. Carlo sonrió.

—Bien. Hago cualquier cosa por un amigo. Pórtese bien conmigo y yo me portaré bien con usted. Vaya y diviértase. Yo y el gordito vamos a tener una pequeña sesión juntos.

Los ojos de Sarti se abrieron tanto que pensé que se le caerían de la cabeza. Me llamó haciendo un gesto con sus manos sucias y regordetas.

—¡No me deje, *signor!* —imploró con una voz que me hizo estremecer—. No me deje solo con él.

No le tuve compasión.

—Hasta pronto —le dije a Carlo—. Nos veremos.

Mientras bajaba por la escalera oí algo así como el alarido de un conejo asustado.

Estaba transpirando cuando llegué a la calle.

UNDÉCIMA PARTE

Recién cuando conducía de vuelta a mi apartamento advertí que todavía no conocía el nombre del cliente que había contratado a Sarti para vigilar a Helen. Esto era algo que tenía que averiguar.

Me pregunté si sería oportuno volver al apartamento de Sarti y hacer que Carlo lo obligara a darme el nombre, pero decidí que sería mejor no hacerlo. No había objeto en darle a Carlo ninguna información si podía evitarlo.

Por casualidad estaba cerca de las oficinas de la Agencia Internacional de Investigación. ¿Podría arriesgarme a conseguir la información yo mismo? Significaría forzar la entrada. Por lo menos a esta hora, las tres en punto de una tarde de domingo, sería bastante seguro. Decidí intentarlo.

Dejé el coche en una calle lateral, tomé de la baulera una palanca para cubiertas y un destornillador, y ocultándolos en el bolsillo de mi impermeable, caminé de prisa hacia el edificio de oficinas donde estaba la agencia.

La puerta de entrada estaba cerrada con llave. Di la vuelta por el fondo del edificio hasta la entrada del encargado y encontré la puerta abierta. Entré a un recinto lleno de recipientes de basura y botellas de leche vacías, me detuve y escuché, no oí nada. Despacio subí por las escaleras hasta el primer piso.

Encontré la Agencia Internacional de Investigaciones en el extremo de un corredor. Tenía seis habitaciones, y no se veía luz alguna a través de los cristales esmerilados de los paneles. Fui de una puerta a la otra, golpeando en cada una y esperando, pero nadie contestó a mi llamado.

Con el corazón latiendo con violencia saqué mi palanca, la inserté entre una de las puertas y el marco y presioné. La cerradura se rompió sin hacer mayor ruido y la puerta se abrió. Entré a una oficina vacía, cerré la puerta y miré en derredor.

Esta oficina pertenecía a uno de los ejecutivos. Pasé por la puerta de comunicación a una segunda oficina. No fue hasta que llegué a la cuarta que encontré lo que buscaba. A todo lo largo de la pared había una hilera de ficheros de archivo. Elegí el fichero marcado «C», y con ayuda del destornillador y de la palanca pude forzar la cerradura y abrir el cajón.

Pasé diez minutos revisando las carpetas del archivo, pero no encontré ninguna con el nombre de Helen. Quedé desconcertado. Había tanto material archivado en los cajones, que sería imposible revisarlos a todos. Entonces se me ocurrió que había una probabilidad de que Sarti mantuviera el archivo de Helen separado. Entré en la quinta oficina.

Había tres escritorios en esta habitación. Uno de ellos era de Sarti. Lo supe por las cartas dirigidas a su nombre que estaban en la bandeja de «entradas».

Me senté al escritorio y comencé a revisar los cajones. El tercero a la derecha

estaba cerrado con llave. Trabajé un poco con la palanca y lo abrí y sentí de pronto un profundo alivio. Lo único que había en el cajón era la carpeta que yo estaba buscando.

La saqué del cajón, la puse sobre el escritorio y la abrí. Durante un minuto la examiné y luego me recosté en la silla, busqué un cigarrillo y lo encendí. Ahora sabía quién había contratado a Sarti para que vigilara a Helen, y me sacó por completo de quicio.

El archivo de Sarti comenzaba:

De acuerdo con las instrucciones de la signorina June Chalmers, he concertado hoy con Finetti y Mozinari mantener vigilada durante las 24 horas a la signorina Helen Chalmers...

¡June Chalmers!

¡De manera que ella estaba en el fondo de todo esto!

Revisé los informes hasta que llegué a uno encabezado con mi nombre. Había diez páginas con respecto a mi vinculación con Helen. Arriba estaba escrito lo siguiente:

Copia del informe enviado a la signorina Chalmers, Ritz Hotel París, agosto, 24.

Este informe contenía todos los detalles del plan de Helen de alquilar una villa en Sorrento, de la sugerencia que me hizo de que nos llamaríamos Mr. y Mrs. Sherrard, de que llegaría a Sorrento el 28 y que me reuniría con ella el 29.

Me recliné en el asiento, sintiendo la frente traspirada. Era obvio que en algún momento Sarti había puesto un micrófono en el apartamento de Helen para haberse enterado de todos esos detalles. También era obvio que June Chalmers sabía que yo había ido a Sorrento como amante de Helen cuando la vi por primera vez en el aeropuerto de Nápoles. Entonces, ¿por qué no se lo dijo a Chalmers?

Rápidamente doblé este archivo y lo metí en el bolsillo. Ya no podía quedarme aquí más tiempo. Siempre había la posibilidad de que el encargado pudiera andar por el edificio y me descubriera.

Guardé las herramientas en el bolsillo y después de espiar con cautela por el largo corredor, bajé de prisa las escaleras y salí a la calle.

Conduje el coche hasta mi apartamento. Y quitándome el impermeable, me senté y volví a releer el informe.

Era mucho más completo y claro de lo que Sarti me había hecho creer. No sólo estaban las conversaciones telefónicas, sino también mis conversaciones con Helen mientras había estado con ella. También había conversaciones de Helen con otros hombres que ponían los pelos de punta al leerlos. La carpeta estaba repleta de evidencias que probaban sin duda alguna el tipo de vida inmoral que Helen había llevado. Cada uno de estos informes habían sido enviados a June Chalmers, a Nueva York o a París.

¿Por qué no había utilizado esta información? Me lo seguía preguntando. ¿Por qué no me había denunciado a Chalmers? ¿Por qué no le había prevenido a Chalmers de la vida que hacía su hija?

No tenía respuestas para estas preguntas y, por fin, puse la carpeta dentro de mi escritorio bajo llave.

Ahora eran las cinco. Llamé a Jack Martin, para hablar de persona a persona; me dijeron que había media hora de espera para comunicarme con Nueva York. Pedí la comunicación, me dirigí a la ventana y me quedé mirando el tránsito rápido del domingo hasta que sonó el teléfono.

—¿Eres tú, Ed? —preguntó Martin cuando atendí—. ¡Por el amor de Dios! ¿Quién paga esta llamada?

—Eso no importa. ¿Qué has averiguado? ¿Has conseguido alguna información sobre Manchini?

—Nada. Nunca he oído hablar de él —respondió Martin—. ¿Estás seguro que ese es el nombre? ¿No te referirás a Toni Amando, verdad? Encaja en tu descripción. Es un hombre alto, ordinario y moreno, y tiene una cicatriz en forma de zigzag en la cara.

—Mi hombre se hace llamar Carlo Manchini. ¿Quién es ese Amando?

—Parecería que se trata de él. Mi hombre tiene una voz que parece llamador de cerdos y usa un aro de oro en la oreja derecha.

—¡Ese es el hombre! —respondió excitado Martin—. ¡Ese es Amando! No pueden haber dos personas así.

—¿Qué sabes de él, Jack?

—Ya no está aquí, me alegra decirlo. Era un busca líos y tan peligroso como una víbora de cascabel. Creo que está en alguna parte de Italia. Partió con Frank Setti cuando a éste lo deportaron.

—¿Setti...? —disparó mi voz.

—Sí. Amando era el pistolero y lugarteniente de Setti.

Esta era la primera información constructiva que había recogido hasta ahora.

—¡El pistolero de Setti!

Ahora, por fin, algunas de las piezas del rompecabezas empezaban a caer en su lugar.

Martin hablaba otra vez.

—¿Te has encontrado con él en Italia?

—Sí. Creo que está metido en un asunto de contrabando de drogas. Desearía que verificaras su vida.

—Setti dirigía el asunto de las drogas y lo echaron. Ahora está en Italia, ¿no es cierto?

—Así me han dicho. Escucha, Jack. Puedo probar que Amando voló de Roma a

Nueva York dos días antes que mataran a Menotti, y que volvió a Roma un día después.

—Bien, eso es algo. Le pasaré la información al capitán Collier. Puede ser que le sea útil. Pudiera ser el eslabón que está buscando. Estaba seguro de que Setti o Amando liquidaron a Menotti, pero ambos tenían coartadas incontestables para el momento en que Menotti murió. Tenían una multitud de testigos que los ubicaban en un lugar de juego en Nápoles.

—Amando se jacta de ser una perfección en la manufactura de coartadas. Habla con Collier, Jack, y gracias por la información.

Comencé a pasearme por la habitación mientras daba vuelta a esta nueva información. Parecía que mi teoría de que Carlo había matado a Menotti y que Helen había tratado de extorsionarlo, era cierta. Pero yo no tenía todavía la menor evidencia que pudiera convencer a un jurado. Todo era teoría, pero andaba bien encaminado.

Estuve tentado de ir a ver a Carlotti y revelarles toda la historia. Con su organización, había una posibilidad de que llegaran a la verdad sobre la base de mi teoría.

Resistí la tentación. En el momento en que Carlo se enterara de que había ido a ver a Carlotti, presentaría toda la evidencia contra mí y acabaría conmigo. Todavía no había llegado el momento de decirle a Carlotti la verdad. Tenía que disponer de una evidencia concreta.

Pasé el resto de la tarde releendo el informe de Sarti y rompiéndome la cabeza en busca de otros ángulos. Mi esperanza ahora se concentraba en Carlo. Cuando fuera a Nápoles iría a la villa de Myra para ver si descubría algo.

Antes de tomar el primer avión para Nápoles el lunes a la mañana, llamé a Gina a su apartamento.

—Hola, Ed. He estado esperando noticias tuyas. ¿Qué está sucediendo?

—Muchas cosas. Ahora no puedo hablarte. Estoy apurado. Vuelo a Nápoles dentro de cinco minutos para asistir a la indagatoria. Nos veremos cuando regrese.

—Siempre dices eso. Estoy segura de que algo anda mal. Me preocupas tú, Ed. ¿Por qué quieres evitarme?

—¡No te estoy evitando! Estoy muy ocupado. Termina con esa tontería, ¿quieres? Sólo tengo un par de minutos. Quiero que hagas esto. La policía ha retirado la guardia del apartamento de Helen. La llave la tiene el encargado. ¿Quieres desocupar el apartamento?

—Sí, por supuesto.

—Estaré de vuelta mañana no sé a qué hora y prometo llamarte. ¿Puedes encargarte del apartamento hoy?

—Lo intentaré.

—Dile a Maxwell que el viejo quiere que se haga. No pondrá objeciones.

—¿Me llamarás cuando vuelvas?

—Sí, por supuesto. Hasta entonces.

Tuve que correr a través de la explanada para alcanzar el avión.

Llegué a Nápoles poco después de las diez y media. Tomé una habitación para pasar la noche en el Vesuvius, me refresqué, y luego tomé un taxi hasta el despacho del forense.

Quedé sorprendido cuando me enteré de que yo era el único testigo. Grandi y Carlotti estaban allí. Grandi me miró un largo rato con expresión sombría y luego apartó los ojos. Carlotti me saludó con la cabeza, pero no se me acercó.

Giuseppe Maletti, el forense, era un hombre pequeño, calvo, con una nariz aguileña y afilada. Evitaba encontrarse con mi mirada. Dirigía sus ojos en la dirección que yo estaba, pero siempre ingeniándose para enfocar un punto algo más arriba de mi cabeza.

Me llamaron para identificar el cuerpo de Helen y para que explicara la razón por la cual había ido a Sorrento.

Los tres periodistas que se encontraban presentes, estaban obviamente aburridos con los procedimientos, y sus expresiones se hicieron aun más sombrías cuando expliqué que todo lo que sabía era que Helen había alquilado la villa para pasar un mes de vacaciones. No se dijo nada con respecto a que había sido arrendada a nombre de Mrs. Sherrard.

Como por decir algo, Maletti me preguntó si sabía que Helen padeciera de

vértigo. Estuve tentado de responder que sí, pero al encontrarme con los ojos sardónicos de Grandi en ese momento, pensé que era mejor decir que no lo sabía.

Después de unas cuantas preguntas de rutina que no llevaron a ninguna parte, Maletti me dijo que podía bajar del estrado. Entonces llamó a Carlotti.

Las evidencias de Carlotti electrizaron a los tres periodistas y al curioso vagabundo que había entrado a la sala para pasar una hora al fresco.

Dijo que no creía que la muerte de Helen fuera accidental. Que él y la policía de Nápoles estaban realizando ciertas investigaciones que seguramente probarían que Helen había encontrado una muerte violenta. Dijo que las investigaciones concluirían con todo éxito el lunes siguiente, y que desearía que la encuesta se postergara hasta entonces.

Maletti parecía como si de golpe hubiera sufrido un ataque de dolor de muelas. Dijo que esperaba que el teniente tuviera buenas razones para solicitar una postergación, y Carlotti con suavidad respondió que así era. Después de mucho vacilar, Maletti accedió a la postergación, y se marchó de prisa como si temiera que alguien pusiera en duda su autoridad para una acción semejante.

—¿Me recuerdan? —pregunté, a los periodistas, sonriéndoles.

—Esto es algo que usted no puede impedir que informemos —dijo el reportero de *L'Italia del Popolo*—. Es una noticia y la imprimiremos.

—Siempre que impriman hechos, y no opiniones —respondí—. No digan que no se los previne.

Pasaron de prisa en dirección a sus automóviles.

—*Signor Dawson*...

Me volví.

Grandi estaba a mi lado. Había una tenebrosa expresión en sus ojos.

—Hola, —le dije.

—*Signor Dawson*, espero su cooperación. Estamos buscando al norteamericano que estaba en Sorrento el día en que murió la *signorina*... Hemos encontrado a un hombre que responde a la descripción de los testigos. Estamos organizando un desfile de identificación. Sucede que usted tiene la misma altura que este hombre. ¿Quiere tener la gentileza de integrar el desfile?

Sentí que un agudo frío me penetraba.

—Tengo que hacer un telegrama...

—No llevará más que unos pocos minutos, *signor* —insistió Grandi—. ¡Por favor, acompañeme!

Dos policías uniformados se me acercaron sonriendo.

Fui con ellos.

Habían diez hombres en fila: dos de ellos eran norteamericanos, y otro era alemán; el resto italianos. Eran de todos los tamaños y formas. Los dos

norteamericanos más o menos de mi altura.

—Es meramente asunto de segundos —dijo Grandi con el aire de un dentista dispuesto a extraer una muela.

Se abrió una puerta y entró un italiano corpulento. Se quedó mirando la fila, con su cara sin afeitar mostrando embarazo. No lo reconocí, pero por su sobretodo gastado y los guantes de cuero que usaba, supuse que era el conductor de taxi que me llevó de Sorrento a Nápoles en la loca carrera por alcanzar el tren a Roma.

Miró la fila y sus ojos se posaron en mí. Comencé a traspasar. Me miró durante tres segundos. Me parecieron una eternidad; luego se dio vuelta y salió golpeándose los muslos con los guantes.

Quería enjugarme la cara, pero no me atreví. Grandi me estaba mirando cuando me encontré con sus ojos; me sonrió con amargura.

Entró otro italiano. Sabía quién era: era el que atendía la oficina de depósito de equipajes en la estación de Sorrento donde había dejado mi maleta antes de caminar hasta la villa. Sus ojos repasaron toda la línea hasta que llegó a mí. Nos miramos, luego después de mirar a los otros dos norteamericanos salió.

Entraron dos hombres más y una mujer. No tenía idea de quiénes eran. Miraron toda la fila, sus ojos se posaron sobre mí y sin detenerse siguieron hasta terminar la línea. Se concentraron en uno de los norteamericanos en el extremo de la fila. Lo miraron con fijeza y él les devolvió la mirada con una sonrisa. Le envidié su falta de conciencia culpable. Me alegré de que no me miraran como a él. Vi que Grandi estaba frunciendo el entrecejo. Finalmente se marcharon.

Grandi indicó que el desfile había terminado. Los diez hombres se marcharon.

—Gracias, *signor* —me dijo Grandi cuando salía tras ellos—. Lamento haberlo detenido.

—¡Sobreviviré! —respondí. Advertí que no parecía muy complacido y pensé que los últimos tres testigos podían haber echado por tierra sus esperanzas.

—¿Ha encontrado al hombre que busca?

Me miró con fijeza.

—No puedo responder a esa pregunta por el momento —dijo, y saludándome fríamente se marchó.

Dejé la oficina del forense y volví a mi hotel. Subí a mi habitación, e hice un llamado a mi oficina en Roma.

Gina me informó que había arreglado con la mujer que se especializaba en ropa de segunda mano para inspeccionar esa tarde lo que había en el apartamento de Helen.

—Mañana se llevará todo —me dijo.

—Muy bien. ¿Está Maxwell?

—Sí.

—Pásale el teléfono, ¿quieres?

—Ed, deberías saber que el teniente Carlotti ha estado haciendo preguntas con respecto a ti en la oficina —siguió diciendo Gina.

Quedé paralizado.

—¿Qué clase de preguntas?

—Preguntó si conocías a Helen Chalmers. Quería saber si el nombre de Mrs. Douglas Sherrard significaba algo para mí.

—¿Sí...? ¿Qué le dijiste? —estaba apretando el receptor con una fuerza innecesaria.

—Le dije que Mrs. Douglas Sherrard no significaba nada para mí, y que tú no conocías mucho a Helen Chalmers.

Hubo un silencio embarazoso y luego Gina dijo:

—También quería saber dónde estabas la noche del 29. Le dije que estabas en tu apartamento trabajando en tu novela.

—Eso era lo que hacía.

—Sí.

Hubo otro silencio embarazoso y Gina continuó:

—Te comunicaré con Mr. Maxwell.

—Gracias, Gina.

Luego de un momento apareció en el teléfono Maxwell. Le dije que el forense había postergado la indagatoria hasta el lunes.

—¿Qué demonios le pasa? —preguntó Maxwell.

—La policía cree que se trata de un crimen.

Emitió un silbido.

—¡Vaya...! ¡Qué bonito! ¿Qué les hace presumir eso?

—No lo han dicho. Cablegrafía a la oficina central, exponle los hechos y pide instrucciones. Depende del viejo si se imprime o no. Los otros periódicos lo publicarán con seguridad.

—Bien, y ¿cuáles son los hechos?

—La indagatoria se postergará hasta el próximo lunes porque la policía necesita más tiempo para una mayor investigación. Tiene evidencias que señalan una muerte violenta.

—Bien, ¿nada más?

—Eso es todo.

—Yo me encargo de esto. De paso, Ed. No fuiste tú el que liquidó a la muchacha, ¿verdad?

Me sentí como un boxeador que ha recibido un golpe bajo.

—¿Qué dices...?

—Bah... No importa, ¡estaba bromeando! El policía con ojos de lince me estuvo

haciendo preguntas con respecto a ti y a Helen. Parece que piensa que tú la conocías mejor que la mayoría.

—¡Está loco!

—Creo que tienes razón. Siempre he pensado que los policías son locos. Bien, si tienes la conciencia tranquila, ¿por qué habrías de preocuparte?

—Tienes razón. Telegrafía, Jack.

Maxwell me aseguró que lo haría en seguida.

—Hasta pronto —dijo—. Trata de no meterte en líos.

Le dije que me cuidaría.

Poco después de las nueve, dejé el hotel Vesuvius y conduje el coche que había alquilado en Sorrento. Llegué al puerto algo después de las nueve y media. Dejé el coche estacionado bajo los árboles, y caminé hacia el puerto.

Todavía estaban holgazaneando tres o cuatro boteros próximos al apostadero de barcos y me acerqué a ellos. Le pregunté a uno si podía alquilar un bote a remo. Le dije que quería hacer ejercicio durante un par de horas, y que quería remar yo mismo.

El hombre me miró como si creyera que estaba loco, pero cuando comprendió que estaba dispuesto a pagar bien por su bote, aceptó el trato. Regateé con él durante diez minutos y por fin alquilé el bote por tres horas por cinco mil liras. Le di el dinero y él me llevó hasta el bote ayudándome a subir.

Era una noche hermosa, oscura, encendida de estrellas, y el mar estaba tan tranquilo como un estanque. Remé hasta perder de vista la tierra; entonces subí los remos y me quité la ropa. Me había puesto un pantalón de baño antes de salir del hotel, y así listo, volví a remar hacia la villa de Myra Setti.

Remé sin parar durante una hora antes de ver, en la distancia, una luz roja en el muro del puerto.

Dejé de remar, permitiendo que el bote vagara a la ventura. Sobre el puerto podía ver el perfil de la villa. Había luz en una de las habitaciones de la planta baja.

Comencé a remar otra vez, y finalmente llegué a las rocas sólo a algunos cientos de metros del lugar en que había encontrado a Helen. Rodeando el pie del acantilado, a otros trescientos metros más allá, estaba la villa de Myra.

Encallé el bote en la playa, empujándolo hacia arriba en la suave arena, asegurándome que la marea no se lo llevara. Entonces me zambullí en el mar y comencé a nadar hacia la villa.

El mar estaba templado y avanzaba con rapidez, teniendo cuidado de no hacer ruido. Silenciosamente nadé hasta el puerto manteniéndome fuera del círculo de la luz roja que se reflejaba en el agua quieta.

Había dos lanchas con poderosos motores ancladas en el puerto y un pequeño bote a remo. Me dirigí hacia la escalinata que llevaba a la villa. Nadaba con cautela, mirando el muro del puerto, con los oídos alertas para detectar cualquier ruido sospechoso. Fue una suerte que estuviera alerta, porque de pronto vi una pequeña chispa roja que trazaba un círculo en el aire y que luego caía en el mar apagándose con sibilante chisporroteo. Alguien en la sombra y a quien no podía divisar, acababa de arrojar una colilla de cigarrillo.

Caminé por el agua, sin hacer ruido. Ya estaba muy cerca del muro del puerto y vi una argolla de amarre justamente arriba de mi cabeza y, con cuidado, llegué hasta ella y la tomé. Me colgué de la anilla mirando en la dirección desde donde había llegado

la colilla de cigarrillo.

Después de un minuto o poco más vislumbré la borrosa figura de un hombre sentado sobre un poste de amarre. Parecía estar mirando el mar. Se encontraba en el otro brazo de la bahía, a unos treinta metros más o menos de donde yo estaba y a igual distancia de la escalinata. Esperé. Después de cinco minutos, se puso de pie y caminó con lentitud a lo largo del brazo de la bahía hasta el otro extremo.

Pasó bajo la luz roja y pude verlo con claridad. Era alto y fuerte. Vestía una remera blanca, pantalones negros y una gorra de *yachting* echada hacia la nuca. Se apoyó sobre el muro dándome la espalda, y lo vi encender otro cigarrillo.

Me volví a meter en el agua nadando de pecho y en silencio hacia la escalinata. Con la mano en el último peldaño miré por encima del hombro. El hombre todavía seguía mirando las luces de Sorrento, con la espalda vuelta hacia mí. Salí del agua y con cautela subí la escalinata cuidando de permanecer a la sombra de los árboles. Volví a mirar, pero el hombre seguía inmóvil, mirando hacia otra parte.

Subí por la escalinata hasta que llegué a la terraza que dominaba el puerto. Ahí me detuve y levanté los ojos hacia arriba a la villa, a quince metros de mí.

Podía ver una gran ventana iluminada, sin cortinas. Allá arriba no había señales de vida, pero se oía la débil música de baile que llegaba de la radio o de un disco.

Siempre en las sombras, subí en silencio y con lentitud otros peldaños que me llevaron a una segunda terraza.

Había un parche de sombra oscuro, proyectado por un naranjo, frente a la ventana iluminada. Me mantuve en la sombra seguro de que nadie podría verme, y miré la amplia sala lujosamente amueblada.

Había cuatro hombres sentados alrededor de una mesa en el centro de la habitación. Estaban jugando al póker. Más allá, recostada en un sillón, estaba Myra Setti. Leía una revista y fumaba; a su lado había una radio de la cual procedía la música de baile.

Miré a los hombres de la mesa. Tres de ellos eran hombres de tipo rudo, de los que se pueden ver todos los días en las películas de Warner Bros. Sus ropas eran llamativas, las corbatas espectaculares, sus rostros, tostados por el sol, eran duros, magros, malévolos. Fue el cuarto hombre el que retuvo mi atención. Tendría más o menos unos cincuenta años; corpulento, grueso y de piel oscura. Había visto demasiadas fotografías de él en los periódicos en el pasado para no reconocerlo. Sentí una pequeña ola de triunfo que me recorría el cuerpo. ¡Yo había tenido éxito donde toda la fuerza de la policía italiana había fracasado! Debí haber imaginado antes que esta villa inaccesible podía ser el escondite de Frank Setti, pero, en alguna forma, no había pensado que él estuviera aquí.

Los cuatro hombres estaban atentos a su juego de póker. Era fácil ver quién estaba ganando. Seis altas pilas de fichas estaban delante de Setti. Los otros tres apenas si

tenían una ficha entre ellos. Mientras observaba, un hombre alto y magro arrojó sus cartas con un gesto de disgusto. Le dijo algo a Setti, quien le hizo una mueca lobuna, empujó hacia atrás la silla y se puso de pie. Los otros dos también arrojaron sus cartas y se recostaron en sus sillas protestando.

Setti miró a Myra y le dijo algo. Ella levantó los ojos, con expresión aburrida, hizo un gesto afirmativo con la cabeza, luego volvió a mirar su revista.

El hombre alto se acercó a la ventana y la abrió. Yo me agaché contra el muro. El sonido de la música se oía más fuerte ahora.

—Jerry se ha atrasado —dijo el hombre alto, hablando por sobre el hombro a Setti.

Setti se levantó de la mesa, estiró sus macizas piernas y se acercó a la ventana.

—Vendrá —respondió—. Jerry es un buen muchacho. Viene de lejos. —Miró a Myra—. Quita esa maldita cosa, ni siquiera oigo mi voz.

Sin levantar los ojos de la revista, Myra apagó la radio.

Setti y el hombre alto se quedaron en la ventana escuchando. Yo también escuché. Me pareció oír el débil palpar de un bote a motor en alguna parte en el mar.

—Ya viene —dijo el hombre alto—. Harry está allá abajo, ¿no es verdad?

—Es mejor que así sea —gruñó Setti. Se apartó de la ventana y salió de la habitación. Un momento después apareció en la terraza.

Comencé a traspasar. Sabía que si me encontraban aquí mi vida no valdría un cobre. Me cortarían el cuello y me arrojarían al mar. Mi escondite no era demasiado seguro. Si alguno se acercaba al naranjo con seguridad me verían. Era demasiado tarde ahora para salir de aquí. Me tendí chato, sin respirar, apretándome contra el muro de la terraza.

Setti se sentó en una de las mesas, como a quince metros de donde yo estaba. El hombre alto salió y se quedó mirando el mar.

—Aquí llega —dijo.

Myra apareció y se le reunió. Él señaló a la oscuridad.

—¿Lo ves?

—Lo veo —replicó ella. Puso sus manos en la parte superior del muro y se inclinó hacia adelante. Estaba tan cerca de mí que podía aspirar su perfume.

La luz roja del puerto se apagó y luego se encendió. Hubo una larga pausa. Setti prendió un cigarro. Myra y el hombre alto continuaban observando abajo, al mar. Yo estaba tan inmóvil que una lagartija, tomándome como parte del escenario, corrió por mi espalda desnuda.

Entonces oí los pasos de alguien que subía por los peldaños. Apareció un hombre, vistiendo una remera roja, pantalones negros y alpargatas. Era joven y rudo. Sonrió ampliamente a Myra al entrar a la terraza.

—Hola —elijo.

El aburrimiento de Myra se desvaneció. Le brindó una sonrisa deslumbrante.

—¡Hola, Jerry!

Éste cruzó hasta donde estaba sentado Setti y dejó caer en la mesa un paquete envuelto en tela impermeable.

—Hola, jefe. Aquí está.

Setti se reclinó y le sonrió.

—Bien, toma asiento, muchacho. Jake, tráele una copa.

Jake fue a la sala. Myra se acercó y Jerry le tomó la mano.

—¿Puedo besar a su hija, jefe? —preguntó sonriendo a Setti.

—Hazlo —respondió Setti encogiéndose de hombros—. Si ella lo quiere, ¿por qué me voy a negar? ¿Has tenido algún inconveniente?

—Ninguno.

Myra y él se besaron, luego la sentó en sus rodillas y la rodeó con sus brazos.

—Este es un buen lugar para esconderlo —continuó— pero ¿cómo hará para llevarlo a Niza, jefe?

—Carlo se ha ocupado de eso —respondió Setti—. ¡Y ese es un muchacho listo!

El rostro de Jerry se endureció.

—Podría ser demasiado listo. —Miró a Myra—. ¿Lo has estado viendo últimamente, pequeña?

Los ojos de Myra se abrieron grandes e inocentes.

—¿A Carlo? ¡No seas tonto! ¿Para qué querría un mono como ese cuando te tengo a ti?

—Supongo que tienes razón —respondió Jerry, con el ceño fruncido. No parecía convencido—. Bien, cuidado, pequeña. Manténte apartada de él.

Setti se acomodó en su silla, sonriendo y escuchando.

—Tienes celos —dijo Myra, tocando el rostro a Jerry—. No tienes de qué tenerlos...

Jerry le palmeó el muslo y miró a Setti.

—Se ha conseguido un periodista para que lleve el material a Niza: Ed Dawson del *Western Telegram* —dijo Setti, riendo de oreja a oreja.

—¡Dawson! —Jerry se inclinó hacia adelante—. ¡Conozco a ese sujeto! Lo he visto en Roma. ¿Lo va a hacer?

—Esa es la idea. Carlo lo ha acorralado. No podemos errarle con un tipo como Dawson actuando como correo. Es lo más ingenioso que jamás haya hecho Carlo.

—¡Bien, por el amor de Dios! ¡Sí, de veras que estuvo listo!

Jake se acercó con un whisky y soda y se lo tendió a Jerry.

—Ven, muchacho. Tengo el dinero para ti. —Dijo Setti, poniéndose de pie—. ¿Vas a quedarte un rato?

—No tengo que volver hasta mañana a la noche.

Myra se bajó de las faldas de Jerry y pasó su brazo por el de él.

—No importa el dinero ahora, querido —dijo—. Vamos a mi habitación, quiero hablar contigo.

Jerry miró a Setti.

—¿No le importa, jefe?

Setti sonrió.

—¡Por supuesto que no! Myra está crecida y hace lo que quiere. El dinero está listo para ti cuando lo quieras. ¿En qué fecha será la próxima entrega?

—Dentro de tres semanas. Ya está arreglado.

Llevando su vaso, Jerry siguió a Myra al interior de la villa. Jake se quedó mirándolos ceñudo.

—Carlo le clavaré un cuchillo a ese tipo uno de estos días —dijo.

Setti rio.

—¡Olvídalo! Deja que Myra se divierta. Si quiere tener dos amigos, que los tenga. —Arrojó lo que quedaba de su cigarro por encima de la terraza—. Pon el paquete en la caja fuerte, Jake. Carlo no lo necesita hasta el jueves. Tú lo llevarás a Roma el miércoles a la noche... ¿entendido?

Jake gruñó. Recogió el paquete envuelto en tela impermeable y los dos entraron a la villa.

Tan pronto desaparecieron, me puse de pie. Aquí estaba mi oportunidad. Si el paquete no llegaba a manos de Carlo el jueves, entonces yo no tendría que llevarlo a Niza. Sólo había una manera de resolver esto. Tenía que volver a prisa a Sorrento y alertar a Grandi.

Bajé las gradas hacia el puerto, teniendo cuidado de no hacer ruido. Llegué a los últimos peldaños, podía ver la luz roja en el muro del puerto, y me detuve en las sombras, buscando al hombre llamado Harry.

No había señales de él. Vacilé. ¿Dónde estaba? No me atrevía a deslizarme al agua hasta saber dónde estaba el hombre. Mis ojos buscaban en las oscuras sombras. Miré a ambos costados del puerto. No veía señales de él.

Entonces, de pronto advertí una respiración suave detrás de mí. Un frío me corrió desde la nuca por la espalda. Había dado media vuelta cuando un brazo musculoso y velludo me tomó por el cuello y me apretó la garganta, y una rodilla huesuda se hundió en mi espina dorsal.

DUODÉCIMA PARTE

En el breve segundo antes de que el brazo me apretara la garganta, quitando el aire de mis pulmones, comprendí que este hombre probablemente llamado Harry era tan fuerte sino más fuerte que yo. Yo estaba luchando por respirar y mis pulmones parecían estallar. No podía agarrarlo porque me estaba doblando hacia atrás, con su rodilla metida en mis riñones. Había sólo una manera de escapar de una cosa así. Me puse flácido. Mis piernas se doblaron y caí de rodillas. Al hacerlo conseguí arquear la espalda y traer al hombre hacia adelante.

Lo oí soltar una maldición, Y me apretó más fuerte, con verdadera fiereza, el cuello. Hice un esfuerzo desesperado para hacerlo pasar sobre mi cabeza, pero era demasiado pesado. En cambio mi viraje nos hizo perder el equilibrio a los dos. Mis pies resbalaron en las gradas mojadas y juntos rodamos al mar.

El golpe al caer en el agua hizo aflojar su mano. Me apoderé de su muñeca y libré mi cuello de su abrazo, luego me di vuelta como para encararlo y le dí un puñetazo en la mandíbula haciéndolo caer de espalda. Libre de él surgí a la superficie jadeando.

Mi temor era que gritara pidiendo ayuda. Sucediera lo que sucediera, los de la villa no debían enterarse de que yo había estado allí.

Sus puntapiés eran tan violentos que tuve que soltarlo. Juntos subimos a la superficie. Podía ver sus ojos mirándome y el gesto de su boca. Se me acercó y levantó su mano derecha fuera del agua. Vi el reflejo del acero. Me tiré a un lado. El cuchillo no se me clavó por una pulgada. Me sumergí, nadé en un círculo cerrado, advertí la forma oscura de su cuerpo a mi alcance y lo tomé por la cintura, sumergiéndolo bajo el agua. Mi mano izquierda había alcanzado y tomado su muñeca derecha.

Luchó como un demente y yo casi no podía sostenerlo. Lo mantuve abajo lo más que pude; entonces, cuando mis propios pulmones estuvieron a punto de estallar, lo dejé y subí a la superficie. A él le llevó cuatro o cinco segundos más salir a flote, y cuando lo hizo, advertí por sus débiles brazadas que estaba en las últimas.

Había perdido el cuchillo, y mientras trataba desesperadamente de alejarse de mí, emitió un gruñido.

Me lancé sobre él, poniendo mi mano entre sus hombros y lo sumergí de nuevo. Yo también estaba bajo el agua, pero ahora prácticamente el hombre no ofrecía resistencia y cuando volvimos a subir estaba terminado. Se hubiera ahogado de no haberlo sostenido por el cuello. Su cabeza colgaba sobre sus hombros y no podía oírlo respirar.

Estábamos a pocos metros del bote a remo. Lo eché encima de la embarcación, que casi vuelca al hacerlo. Me metí en el bote arrodillándome a su lado, Como parecía estar mal, lo puse boca abajo de manera que pudiera arrojar el agua que había

tragado; entonces desamarré, tomé los remos y comencé a remar lo más rápido que pude hacia Sorrento.

Habría hecho la mitad del camino —ya no se veían las luces de la villa— cuando Harry se movió y comenzó a balbucear. No le iba a dar la oportunidad de recuperarse. No me agradaba una pelea con él en el pequeño bote. Metí los remos en el bote, luego arrastrándome fui hasta el otro asiento, mientras él se incorporaba tratando de sentarse.

Levantó la cabeza y su barbilla ofrecía un blanco perfecto. Le dí un directo en la mandíbula que casi me sacó los nudillos. Cayó de espalda como herido de bala, y entonces, cuando su cabeza dio contra el fondo del bote, se desmayó.

Volví a mi asiento recogí los remos y comencé a remar otra vez. No dio señales de vida hasta que llegué al puerto de Sorrento.

Mi botero me estaba esperando, y sus ojos se le salieron de las órbitas cuando vio que yo no estaba en su bote. Casi se cayó sentado cuando tomé a Harry y lo dejé en la playa. El movimiento hizo que recuperara el sentido y lentamente quiso incorporarse. Me adelanté y apartando su débil mano izquierda a un costado le apliqué otro golpe en la mandíbula, enviándolo de espaldas a los pies del botero.

—¡Busque un policía! —le dije—. No se preocupe por su bote. ¡Traiga un policía, de prisa!

El policía debía haber estado apostado en la playa de estacionamiento y se acercó. Tuve suerte de que no discutiera como suelen hacerlo. Escuchó lo que le dije. El nombre de Frank Setti pareció significarle algo. Se volvió al botero y le dijo que se callara la boca, le puso esposas a Harry, buscó un automóvil y llevamos a Harry a la policía.

También tuve suerte de que Grandi estuviera en servicio. Me miró inexpresivamente cuando entré en su oficina, desnudo, excepto por el pantalón de baño. Cuando le dije que había encontrado a Frank Setti y que traía a uno de sus hombres, pareció revivir.

Le informé que había un paquete de drogas en la villa, y que si andaba de prisa tendría la evidencia que necesitaba para el arresto. Llamó por teléfono a la policía central en Roma y tuvo una rápida conversación con el Equipo de Narcóticos. Recibió órdenes de seguir adelante y registrar la villa.

Cuando se dirigía a la puerta le dije:

—Tenga cuidado. Hay cinco hombres allí, son rudos y peligrosos.

Me sonrió con acritud.

—Yo también puedo ser rudo y peligroso.

Salió y oí que gritaba algunas órdenes. Un poco después entró un policía y me indicó dónde podía darme una ducha caliente. También me dio un par de pantalones de franela y un sweater.

Cuando estuve vestido, Grandi había bajado a la playa donde tenía que esperar refuerzos de Nápoles. Decidí que tendría tiempo de telefonar a Maxwell antes que comenzara el *raid*.

Maxwell vino al teléfono. Le dije que en el término de una hora Frank Setti estaría arrestado, y le advertí que permaneciera en la oficina esperando detalles. Le informé que iba directamente a la playa donde la policía estaba embarcándose rumbo a la villa de Setti.

Maxwell respondió que advertiría a Nueva York lo que se avecinaba, y que esperaría a que yo volviera a llamar.

Tomé un taxi en dirección al puerto.

Grandi, con treinta carabinieri armados hasta los dientes, estaban subiendo en tres lanchas. Cuando sugerí que quería ir con ellos, Grandi me despidió.

Partieron rugiendo metiéndose en la oscuridad, dejándome con el botero, que ahora se tiraba de los pelos clamando por su bote.

Le dije que le mostraría dónde lo había dejado si podía encontrar una lancha que nos llevara hasta allá. Después de discutir un poco, persuadió a uno de sus amigos de que nos llevara y partimos.

Cuando recogimos el bote de la playa donde lo había dejado, Grandi y sus hombres habían descendido en la villa. Mantuve el oído alerta al ruido de un disparo pero no oí nada.

Conseguí convencer al botero de que me esperara en el embarcadero de Setti.

La luna había salido y pude ver las tres lanchas de la policía en el embarcadero.

Después de veinte minutos de espera vi un puñado de hombres que venían a lo largo del muro del puerto hasta las lanchas. Había una muchacha con ellos, supuse que sería Myra.

Le dije al botero que volviera a Sorrento y estaba esperando en la playa cuando Grandi, sus hombres y los prisioneros descendieron. Los habían atrapado a todos.

Mientras a empujones los hacían entrar al camión de la policía, crucé hasta donde estaba Grandi.

—¿Consiguió las drogas?

—Sí, las tengo.

—¿No hubo problemas?

Meneó la cabeza:

—No les di la oportunidad de causar problemas.

—No quiero mezclarme en esto. Tengo que volver a Roma en seguida. No me necesitará, ¿verdad?

—No. ¿Pero vendrá el próximo lunes para la indagatoria?

—Sí.

Dejándolo, subí al coche y volví al hotel. Llamé a Maxwell y le dí los detalles del

arresto de Setti. Le dije que le diera la historia a Matthews de Associated Press. Respondió que enviaría un cable en seguida a Nueva York y luego llamaría a Matthews.

—Vuelvo esta noche —le dije—. Te veré en la mañana.

Me preguntó si no pensaba que sería mejor quedarme en Nápoles y tomar las notas del caso cuando Setti apareciera en el juzgado.

Por supuesto. Tenía razón, pero yo pensaba en Carlo; ¿no sabía cómo iba a reaccionar Carlo cuando supiera que Setti había sido arrestado y que el paquete de drogas que estaba esperando había sido incautado! Tenía que tratar de convencerlo de que yo no tenía nada que ver con eso porque en caso contrario se vengaría.

—No lo citarán hasta dentro de un par de días. Tengo cosas que hacer en Roma.

—Bien, haz como te parezca. Te veré.

De vuelta en Roma alrededor de las nueve de la mañana siguiente y estando todavía en cama, volví a llamar a Maxwell.

Me contó que lo habían llamado de Nueva York pidiendo más detalles de la vida de Setti en Italia, si podía hacer algo a fin de conseguirlos.

Le respondí que podía ir a Nápoles pero que Gina no había venido hoy.

—Está ocupada con las cosas del departamento de Helen. No puedo dejar la oficina sin que alguien atienda los llamados telefónicos.

—¿No está allí ahora?

—Quiso el día libre. Estará en el apartamento de Helen alrededor de las diez. Dijo que el viejo quería que se desocupara el apartamento.

—Esas son sus órdenes. Yo iré hasta allí y la enviaré. Entonces podrás partir.

—Me imaginé que tú querías manejar este asunto en persona —respondió Maxwell—. Es la historia más importante en muchos años.

—Como estás a cargo de la oficina en Roma —respondí— esta historia es tuya. Haré que Gina vaya a la oficina a las once y media. Hay un avión para Nápoles a las dos de la tarde. Es mejor que hagas reservar el pasaje.

Dijo que lo haría.

Salté de la cama, me di una ducha, me afeité, me vestí, y luego bajé al garaje. Llegue al apartamento de Helen y toqué el timbre. Gina abrió la puerta.

—¡Vaya, hola Ed! —Su sonrisa era un poco vacilante.

—Hola —dije siguiendo sus pasos hasta la sala—. ¿Cómo andan las cosas por acá?

—Estoy empacando. Hay mucho que guardar. Terminaré en media hora.

—¿Te has deshecho de todo?

—Sí. —Se sentó en el brazo de un sofá y me miró—. ¿Qué ha estado sucediendo, Ed?

Me dejé caer en un sillón.

—Bastante. —Comencé a relatarle la captura de Setti—. Maxwell debe partir para Nápoles. Está esperándote ahora para que lo releves. Será mejor que vayas, Gina. Yo me encargaré de lo que resta por hacer.

—Tendrá que tomar el avión de las dos, de manera que hay mucho tiempo —dijo con firmeza Gina—. Ed, ¿cómo sabías que ese Setti estaba en la villa?

—¿Por qué te preocupa eso?

—Te lo estoy preguntando, Ed. Es demasiado bueno para ser cierto. Tienes que comprenderlo. Todos los policías de Italia han estado buscando a Setti. Entonces, tú lo encuentras, así como así. ¿Cómo supiste que estaba allí? Si yo no te lo pregunto alguien lo hará.

Comprendí que tenía razón. Ahora que surgía la cuestión me sorprendía que Grandi no me lo hubiera preguntado.

—Supongo que tienes razón —respondí. Bien, es una historia larga.

—Quiero oírla. Deliberadamente te has mantenido apartado de mí. Por favor, no lo niegues. Es así. Estás involucrado de alguna manera en este asunto, ¿no es así? Tú sabías que ella se hacía llamar Mrs. Douglas Sherrard. Hay algo que anda mal. Estoy preocupada. Por favor, dímelo.

—Tienes que mantenerte al margen de esto —le dije—. No hagas preguntas. Helen fue asesinada. Yo no la maté, pero la policía tiene la idea de que lo hice. Tienes que comprender que no puedo decirte nada sin comprometerte.

Sus pequeñas manos se cerraron en puños.

—¿Crees que me importa eso? —dijo—. ¡Quiero saber, Ed, por favor! ¿En qué problema estás metido?

—En bastantes problemas. Pero no puedo referirte los detalles. No puedo involucrarte en eso, Gina.

—Esa muchacha, ¿significaba algo para ti?

Titubeé.

—En un momento dado pensé que sí, pero cuando descubrí lo que era en realidad, reaccioné. Creo que me conduje como un...

—No lo digas. Yo lo sé. Dime lo que sucedió, Ed.

—Como un idiota me fui de cabeza y ahora tengo que soportar lo que venga.

—¿Tienes miedo de que el *signor* Chalmers se entere?

—Eso ya lo he superado. Me ha ofrecido el Departamento de Exterior. Cuando sepa en lo que he estado metido, no me lo dará. El Departamento de Exterior es importante para mí, Gina.

—¿Te irás de Roma?

—Esa era la idea, pero parecería que no voy a tener ningún empleo.

Hubo un silencio tan marcado, que me volví para mirarla. Se había puesto pálida y sus ojos estaban llenos de lágrimas.

—No te pongas así, Gina. No es el fin del mundo.

—Para ti quizás no lo sea.

Comprendí por primera vez desde que la conocí lo que en realidad significaba para mí. Me acerqué a ella. Poniéndole las manos en las caderas, la atraje hacia mí.

—Bien, lo admito, estoy en un tremendo lío. Todo por mi estúpida culpa. No tienes que involucrarte. Si sabes mucho, pueden culparte de cómplice.

—¡Por el amor de Dios, Ed! —dijo comenzando a llorar—. ¿Crées que eso me importa? Me importas tú.

Mis manos se deslizaron por su espalda. Ella levantó la cara, brillante de lágrimas, y mis labios se posaron en los suyos. Estuvimos así un largo rato. Luego la

aparté.

—Esta no es la manera —dije—. Supongo que he sido bastante tonto para correr tras esa tunante. Ahora tengo que pagarlo. Sepárate de mí, Gina. Tienes que alejarte de mí.

Sus dedos corrieron por mi pelo y sonrió.

—Puedo ayudarte. Sé que puedo hacerlo. ¿Quieres que lo haga?

—No quiero complicarte en eso.

—Ed, ¿me quieres un poco? ¿Significo algo para ti?

—Creo que sí. Me ha llevado mucho tiempo descubrirlo, ¿no es así? —La atraje hacia mí—. Pero está fuera de la cuestión. Necesito mucha suerte para superar esta situación. Carlotti está más o menos convencido de que yo soy el individuo que anda buscando.

—¿No quieres referirme lo que en verdad pasó? ¿Desde el principio?

Me senté y se lo conté. Toda la historia, sin omitir nada.

Permaneció silenciosa, con la cara pálida, los labios entreabiertos, y cuando hube terminado, suspiró profunda y lentamente.

—¡Oh, querido... ha sido espantoso para ti!

—Sí, ha sido bastante malo, pero yo me lo busqué. Si sólo pudiera echarle la culpa a Carlo de la muerte de Helen estaría liberado. Pero no sé cómo voy a hacerlo.

—Tienes que referirle a Carlotti toda la historia como lo has hecho conmigo. Suena a verdad. Él comprenderá. Se lo tienes que decir.

Sacudí la cabeza.

—Hay demasiadas evidencias en contra de mí. Se lo debí haber dicho antes. Sólo pensará que mis nervios se han quebrado y que estoy tratando de salir del enredo. Me arrestará, y no podré constreñir a Carlo. Tengo que atrapar a Carlo yo mismo.

—¡No, por favor, Ed! Se lo tienes que decir a Carlotti. Estoy segura que es lo único que debes hacer.

—Bien, pensaré en ello. Todavía no se lo voy a contar.

—Ed, de pronto he pensado en algo —interrumpió Gina poniéndose de pie de un salto—. Ayer mientras estuve aquí el cartero trajo una caja de películas dirigidas a Helen.

Me quedé mirándola.

—¿Una caja de películas?

—Sí. Ella debe haber las mandado revelar.

Advertí que mi corazón comenzaba a golpear y que me dolía.

—¿La tienes?

Abrió su cartera y sacó una caja amarilla.

—Podría ser la película que tomó en Sorrento —dijo y me tendió la caja.

Cuando me disponía a tomarla, la puerta se abrió de golpe. Los dos nos volvimos

con rapidez.

Carlo estaba en el dintel, sus labios gruesos sonrientes.

—Yo tomaré eso —dijo—. He esperado durante días a que apareciera. ¡Démela!

Los reflejos de Gina trabajaban mucho más a prisa que los míos. Debe haber reconocido a Carlo por la descripción que le dí, en el momento en que lo vio. Metió la caja en la cartera y estaba de pie cuando Carlo apenas había recorrido la mitad de la sala.

Gina giró sobre sus talones y se lanzó hacia la puerta del dormitorio.

Gruñendo, Carlo dio un salto hacia adelante, sus gruesos dedos tratando de atraparla. Cuando pasó frente a mí, estiré el pie y le hice una zancadilla. Cayó de bruces cuan largo era, con los dedos aferrados a la blusa de Gina. Ella giró frenéticamente con su cuerpo. La tela delgada se rasgó en el hombro y ella quedó libre. No intentó dar la vuelta por la parte más larga de la habitación. Se lanzó dentro del dormitorio, dio un portazo y oí el ruido de la llave al correr.

El apartamento estaba en el cuarto piso. No había salida desde el dormitorio, pero por lo menos la puerta era sólida. Carlo tendría una verdadera tarea para derribarla.

Todo esto pasó por mi mente mientras me levantaba de la silla en que estaba sentado.

Carlo todavía estaba en el suelo, maldiciendo. No cometí el error de atacarlo. Salté al otro extremo de la habitación hasta la chimenea y tomé un pesado atizador. Cuando volví ya estaba de pie.

Nos enfrentamos.

Se agachó, sus grandes manos estiradas hacia mí, sus dedos gruesos apretados. Tenía en su rostro una expresión que lo hacía parecer como algo escapado de la jungla.

—Está bien, cochino traidor —dijo con suavidad—. Ahora daré cuenta de ti.

Lo esperé.

Comenzó a avanzar despacio, girando ligeramente hacia la izquierda, sus ojos negros llenos de ira. Yo me volví un poco, listo para su ataque, el atizador en alto. Sabía que podía detenerlo si le daba un buen golpe en la cabeza.

Pero subestimé su agilidad. Conocía su rapidez pero no constaté su extraordinaria rapidez hasta que sorpresivamente se arrojó sobre mis rodillas.

Su hombro golpeó contra mi muslo mientras yo asentaba el atizador que cayó sobre la espalda, errando por milímetros la cabeza. Sentía como si una casa se hubiera desplomado sobre mí. Caímos juntos con tal violencia, que sacudió la habitación.

Solté el atizador y le di un puñetazo en la cara. No podía poner mucha fuerza en el golpe, pero le echó la cabeza hacia atrás. Dirigí otro golpe a su cuello, pero mi puño pasó por su cabeza cuando él lo esquivó. Carlo me dio un golpe en un lado del

cuello que me dejó mareado.

Coloqué la mano debajo de su barbilla y me lo saqué de encima. Me dirigió un puñetazo a la cabeza. Lo evité con el brazo derecho, le disparé un puntapié en el pecho que lo tumbó contra el sillón que salió resbalando hasta el otro extremo de la habitación, volteando una mesa y una lámpara.

Estaba de pie esperando su acometida. Nos entrechocamos como un par de toros de lucha. Le dí un golpe en la mandíbula y él uno en las costillas que me provocó náuseas.

Retrocedió; su rostro estaba contorsionado con ira salvaje. Mostraba los dientes con una mueca horrible. Me tranquilicé y lo esperé. Cuando llegó disparé mi izquierda en su cara que le hizo retroceder la cabeza. Lo esquivé mientras me tiraba otro golpe que pasó raspando mi mandíbula. Le lancé un gancho sobre un lado de la cabeza, trayéndolo hacia adelante, tomándolo demasiado alto para hacerle daño. Se me acercó aplicándome un golpe en las costillas de cuatro golpes cortos que casi me quitan el aliento. Me separé de él y salté refugiándome detrás del sillón y cuando él venía hacia mí, le empujé el sillón, que dio al traste con su acometida.

Golpe por golpe, sabía que era mejor que yo. Él golpeaba con la fuerza de un martinete y cada vez que daba en el blanco, yo me debilitaba.

Comencé a retroceder. Él avanzó, la sangre le corría de la barbilla porque tenía el labio partido. Cuando se acercó le arrojé la izquierda. Mi puño le dio en la nariz, pero no lo detuvo. Se vino hacia mí. Su puño por encima del hombro explotó contra mi oído. Fue un golpe tremendo, y sentí que se me aflojaban las rodillas. Levanté las manos para proteger mi mandíbula y recibí otro golpe en el cuerpo. Caí.

Esperé que me rematara, pero él estaba demasiado ansioso por atrapar a Gina. Me dejó y cruzó la habitación. Dio un formidable puntapié a la puerta del dormitorio; el pie contra la cerradura. La puerta se rompió, pero la cerradura resistió.

Desde adentro de la habitación oí el ruido de un vidrio que se rompía y a Gina que pedía auxilio a todo pulmón a través del vidrio roto.

No sé cómo logré ponerme en pie. Sentía las piernas de goma. Tambaleando me adelanté cuando él daba otro puntapié a la puerta. Puse mis brazos en derredor de su cuello y lo arrastré hacia atrás. Le tenía la garganta apretada. Pero era como tener entre las manos un gato montés. Era demasiado fuerte para mí. Se quitó mi brazo del cuello, me dio un codazo en el cuerpo, se volvió y sus dedos se apretaron a mi garganta. Puse mis manos bajo su barbilla y presioné. Durante un momento largo permanecimos inmóviles; sus dedos hundiéndose en mi garganta, mis manos empujando lentamente su cabeza para atrás. Yo le hacía doler más que él a mí, de manera que aflojó yéndose hacia atrás; se puso de pie mientras yo me levantaba sobre las rodillas.

Tomó distancia y me arrojó un golpe. Lo vi venir, pero estaba demasiado cansado

para poder evitarlo. Las luces explotaron ante mis ojos y me desmayé.

Estuve desmayado quizás durante tres o cuatro segundos. El ruido de la puerta del dormitorio que se rompía me hizo reaccionar, oí un grito desesperado y sabía que había llegado hasta Gina.

Tambaleante me puse de pie. Cerca de mí, en el piso, estaba el atizador. Lo tomé, vacilando atravesé la habitación y entré al dormitorio. Carlo tenía a Gina de espaldas en la cama. Una de sus grandes manos apretaba su cuello. Estaba de rodillas sobre ella. Gritaba:

—¿Dónde está? ¡Vamos, dámela, dámela!

Revoleé el atizador. Carlo se dio vuelta a medias, pero un poquito demasiado tarde. El atizador le dio en la parte superior de la cabeza. Su mano se deslizó del cuello de Gina. Él resbaló hacia un lado. Le di otro golpe. Cayó al piso.

Dejé a un lado el atizador, y pasando por encima de su cuerpo, me incliné sobre Gina.

—¿Te ha lastimado?

Me miró, su rostro estaba pálido. Trató de sonreír.

—No lo consiguió, Ed —dijo boqueando, luego volviendo la cabeza se puso a llorar.

—¿Qué está sucediendo aquí? —preguntó una voz. Miré por encima del hombro. Dos policías estaban en la puerta; uno de ellos tenía una pistola en la mano.

—Ahora no mucho —dije haciendo un esfuerzo para mantenerme erguido—. Este hombre entró a la casa y hubo lucha libre. Soy Ed Dawson del *Western Telegram*. El teniente Carlotti me conoce.

Al oír el nombre de Carlotti, los rostros de los policías se iluminaron.

—¿Quiere acusar a este hombre?

—Por supuesto. ¡Sáquenlo de aquí! Yo me arreglaré y luego iré a la policía.

Uno de los policías se inclinó sobre Carlo. Lo tomó por el cuello y lo puso de pie.

Yo ya conocía por experiencia el peligro de acercarme a Carlo y se lo advertí.

Carlo volvió a la vida. Su puño derecho se encontró con la mandíbula del policía, enviándolo contra el otro policía.

Carlo, ya de pie, me dio un revés en el rostro que me tendió en el lecho, y salió de la habitación.

El policía que tenía el arma en la mano, recobro el equilibrio, giró, levantó el arma y disparo.

Vi a Carlo trastabillar, pero llegó hasta la puerta cuando el policía volvió a disparar.

Carlo cayó sobre su manos y rodillas. Volvió la cabeza; su cara era una salvaje máscara de dolor y de furia. De alguna manera logró ponerse de pie y dio tres pasos vacilantes hacia el descanso al tope de la escalera.

El policía avanzó con lentitud hacia él.

Carlo pasó los ojos del policía a mí. Su rostro se contorsionó en un intento de sonrisa, sus ojos quedaron en blanco y sus rodillas cedieron. Rodó por las escaleras y aterrizó abajo con un ruido que sacudió el edificio.

Cuarenta minutos después, estaba de vuelta en mi apartamento, curándome las magulladuras. Había dejado a Gina en el suyo, y telefoneado a Maxwell para que retuviera todo hasta que me pusiera de nuevo en contacto con él. El policía me informó que Carlo todavía estaba con vida, pero desahuciado. Dijeron que le quedaba una hora más o menos de vida. Lo habían llevado de prisa al hospital.

Terminaba de ponerme una tira emplástica en una herida sobre el ojo cuando sonó el timbre de la puerta. Era Carlotti.

—Manchini pregunta por usted —dijo—. Se morirá pronto. Tengo un coche afuera. ¿Quiere venir?

Lo seguí hasta donde estaba esperando el coche de la policía. Mientras íbamos al hospital, Carlotti dijo:

—Parece que usted ha estado muy activo. Grandi me telefoneó diciendo que fue usted quien le informó sobre el escondite de Setti.

—Ya he tenido demasiada actividad.

Me miró pensativamente.

—Después que haya hablado con Manchini, quiero tener una conversación con usted.

Aquí se viene, pensé y le respondí que estaba a su disposición. No se habló nada más hasta que llegamos al hospital. Entonces, Carlotti dijo:

—Espero que esté todavía vivo. Estaba muy mal cuando lo dejé.

Nos llevaron en seguida a una sala privada donde yacía Carlo, custodiado por dos detectives. Aún vivía. Cuando entramos a la habitación sus ojos se abrieron y me dirigió una sonrisa torcida.

—Hola, compañero —dijo en un susurro ronco—. Lo he estado esperando.

—¿Qué quiere? —estaba de pie a su lado.

—Haga salir a los policías. Quiero hablarle a solas.

—Usted hablará delante de mí o no hablará —le dijo Carlotti.

Carlo lo miró.

—No sea tonto, policía. Si quiere saber cómo murió Helen Chalmers, salga de aquí y llévese a esos dos pies planos con usted. Quiero hablar con mi amigo primero. Luego tendré algo que decirle a usted.

Carlotti vaciló, luego se encogió de hombros.

—Le doy cinco minutos —dijo, y haciendo un gesto a los dos detectives salió. Lo siguieron y cerraron la puerta.

Carlo me miró:

—Tiene agallas, compinche, me gusta la forma en que pelea. Le voy a salvar. Les voy a decir que fui yo quien mató a Helen. Ahora ya no pueden hacerme nada. No

voy a durar mucho más. Si les digo que fui yo, ¿me hará usted un favor?

—Si puedo.

—Deshágase de esa película, compañero. —Un espasmo de dolor corrió por su cuerpo y cerró los ojos. Luego abriéndolos, hizo un gesto salvaje—. Me estoy convirtiendo en un marica, ¿no es así? ¿Me da su palabra de que no mostrará la película a nadie? ¡Tiene mucha importancia para mí, compañero!

—No creo que pueda hacerlo —respondí—. La policía debe verla si tiene algo que hacer con la muerte de Helen.

—Voy a decirles que yo la maté. El caso quedará cerrado —dijo Carlo. Cada palabra que pronunciaba lo hacía traspasar—. Vea usted la película. Ya comprenderá lo que quiero decir cuando la vea. No es una evidencia. Cuando la haya visto destrúyala. ¿Quiere hacer eso?

—Bien, si encuentro que no es una evidencia la destruiré.

—¿Me da su palabra?

—Sí. Pero tengo que estar seguro de que no es una evidencia.

Logró sonreír.

—Bien, hágalos entrar. Les daré mi confesión... toda.

—Hasta pronto, Carlo —y le estreché la mano.

—Hasta pronto, compañero. Fui un tonto en implicarlo en esto. No pensé que usted valiera tanto. Hágalos entrar de prisa.

Salí y le dije a Carlotti que Manchini quería verlo.

Él y los dos detectives entraron a la habitación y cerraron la puerta. Caminé por el pasillo hasta el hall de entrada. Esperé allí a Carlotti.

Veinte minutos después, llegó al hall.

—Ha muerto —dijo con sobriedad—. ¿Vamos a su apartamento? Quiero hablar con usted.

Bien, por lo menos no me llevaba a la policía. Anduvimos en silencio hasta mi apartamento.

—¿Quiere una copa? —pregunté tan pronto entramos a mi casa.

—Tomaré un Campari —respondió Carlotti.

Yo sabía que jamás bebía cuando estaba en servicio, y me sentí más cómodo. Le serví el Campari y un whisky con soda para mí y nos sentamos.

—Bien, veamos —dijo—. Manchini ha firmado una confesión diciendo que él ha matado a la *signorina* Chalmers. Tengo razones para creer que usted también estaba en la villa a la hora en que ella murió. Ha sido identificado por dos testigos. Me gustaría oír su explicación.

No vacilé. Le dí toda la historia sin ocultar nada. Lo único que no le dije fue que June Chalmers había contratado a Sarti para vigilar a Helen. Le comenté que pensaba que el cliente de Sarti había sido el mismo Chalmers.

Carlotti me escuchó sin interrumpirme. Cuando finalmente terminé, me miró durante un momento largo antes de decir:

—Creo que se ha comportado muy tontamente, *signor*.

Resultó un tal anti-clímax que hice una mueca.

—Supongo que sí, pero si usted hubiera estado en mi lugar, creo que se hubiera comportado de la misma manera. Tal como están las cosas, he perdido mi nuevo empleo. Todo esto es seguro que saldrá a relucir en la indagatoria.

Carlotti se tocó la nariz:

—No necesariamente; Manchini dijo que él era el hombre con quién la *signorina* planeaba pasar un mes en la villa. No veo razón alguna para no aceptar esa historia. Después de todo usted nos dio la información referente a Setti y siempre ha sido una ayuda en el pasado. Creo que su historia es verídica. Y no hay motivo para que sea castigado. Manchini dijo que había descubierto a la *signorina* sacando una película de la villa de Setti. Aparentemente Setti estaba en la terraza, Manchini comprendió que esta película podía ser utilizada como un arma para extorsionar a Setti. Tomó la cámara de la *signorina* y arrancó la película. Para darle una lección —según dijo— la castigó. Ella saltó para atrás y se cayó por el acantilado. Esta explicación será satisfactoria para el forense si le digo que nosotros nos damos por satisfechos. No creo que usted deba sufrir ningún castigo por una mujer de ese tipo. Mi consejo es que no diga una palabra que lo implique con el *signor* Chalmers.

—No es tan fácil como todo eso —respondí—. Ahora que Manchini ha muerto, nada detendrá a Sarti de tratar de chantajearme otra vez. Se lo podría contar a Chalmers.

Carlotti sonrió con frialdad.

—No tiene por qué preocuparse de Sarti. Manchini me dio suficiente evidencia como para encarcelado a Sarti durante años. Ya ha sido arrestado.

De pronto comprendí que estaba libre. Me había liberado de este enredo que creía que jamás se aclararía.

—Gracias, teniente. Está bien, no le diré una palabra a Chalmers. Ya no volveré a ocasionarle problemas. Si tengo suerte me iré a Nueva York.

Se puso de pie.

—No me ha causado problemas, *signor*. Hay momentos en que es bueno poder ayudar a un amigo.

Cuando hubo partido saqué de mi bolsillo la caja de película y la di vueltas en mi mano. ¿Qué contendría? ¿Por qué motivo Carlo parecía tan ansioso de hacer un trato conmigo? Me quedé pensando un momento largo. Luego, recordando que Giuseppe Frenzi tenía un proyector de 16 milímetros, lo llamé y le pregunté si me lo prestaba por una hora.

—Está instalado en mi apartamento, Ed —respondió—. Ve allá y utilízalo. El

encargado te dejará entrar. Tengo trabajo hasta los ojos y no podré librarme de él hasta tarde. Iré a explicarte cómo se maneja.

—Lo sé manejar. Gracias, Giuseppe. —Corté. Media hora más tarde, estaba en el apartamento de Frenzi con la película de Helen metida en el proyector. Apagué las luces y comencé a rodar la película.

Indudablemente. Helen sabía sacar fotografías. Las vistas de Sorrento que se proyectaban en la pantalla eran de primer orden. Desde la *piazza* concurrida, la escena cambió a la villa y luego a unas tomas desde la cima del acantilado. Yo estaba sentado en la orilla de la silla con el corazón palpitante, observando la pantalla con fijeza. De pronto hubo una larga toma de la villa de Setti. Sólo podía ver dos hombres en la terraza. Luego la escena cambió a un *close-up* tomado por el poderoso lente telefoto de Helen. Estaba Setti, se lo reconocía con facilidad, hablando con Carlo y un momento después se les reunió Myra. De manera que Carlo había dicho la verdad a Carlotti. Debe haber visto a Helen en el acantilado mientras ella tomaba la película, luego vino a buscarla, arrancando la cámara de sus manos, y dando la cachetada que la había enviado rodando por el acantilado. Entonces, ¿por qué estaba tan ansioso para que nadie viera la película si ya le había dicho a Carlotti lo que pasó?

Tuve la respuesta en la toma siguiente. Desde la terraza la escena cambió una vez más hacia la cima del acantilado. Carlo estaba parado dando la espalda a la cámara, mirando al mar. De pronto se volvió y su cara oscura y tosca se iluminó. La cámara se desvió de él en dirección a lo que él estaba mirando. Se veía a una muchacha venir por el sendero. Saludó a Carlo. Él se acercó a encontrarla y tomándola en sus brazos la atrajo hacia sí y la besó.

La toma duró cerca de veinte segundos. Yo estaba de pie mirando la pantalla casi sin creer a mis ojos. *¡La muchacha a quien Carlo tenía en los brazos era June Chalmers!*

Sherwin Chalmers y su esposa llegaron al hotel Vesuvius la tarde del viernes antes de la indagatoria.

Él y yo tuvimos una sesión de dos horas. Le referí la historia del pasado de Helen y su vida en Roma. Le dejé leer algunos de los informes de Sarti, habiendo retirado los que me concernían. Le dije que Carlo Manchini era el hombre conocido como Douglas Sherrard.

Chalmers escuchó y leyó los informes, con un cigarro entre sus dientes, con la cara impávida. Cuando terminó, arrojó la carpeta de Sarti sobre la mesa, se puso de pie y caminó hacia la ventana.

—Ha hecho un buen trabajo, Dawson. Esto ha sido un rudo golpe para mí, como puede imaginarse. No tenía idea de que mi hija se comportara así. Obtuvo su merecido. Lo que hay que hacer ahora es evitar la publicidad.

Sabía que sería imposible, pero no se lo dije.

—Iré a hablar con el forense —siguió diciendo Chalmers—. Él puede acallararlo. También hablaré con el jefe de policía. Queme esos informes. Ha terminado su trabajo aquí ¿Podría venir conmigo a Nueva York, después de la indagatorio?

—Tengo algunos arreglos que hacer, Mr. Chalmers. Puedo estar en Nueva York dentro de diez días.

—Hágalo. —Se apartó de la ventana—. Estoy satisfecho con usted, Dawson. Es mejor que el canalla haya muerto. Voy a ver a ese individuo, el forense.

No me ofrecí a acompañarlo. Bajé con él hasta donde esperaba el Rolls y lo vi partir, luego crucé hasta el escritorio del recepcionista y le dije al empleado que pasara mi tarjeta a Mrs. Chalmers. Hizo el llamado y me dijo que subiera.

June Chalmers estaba sentada mirando por la ventana, el puerto. Volvió la cabeza cuando entré a la salita; sus ojos me miraron fijamente.

—Mr. Chalmers acaba de decirme que está complacido conmigo —le dije, cerrando la puerta y acercándome a la ventana— quiere que vuelva a Nueva York lo antes posible para hacerme cargo del Departamento de Exterior.

—Mis felicitaciones, Mr. Dawson —dijo— pero ¿por qué me lo dice?

—Porque necesito su aprobación.

Arqueó las cejas.

—¿Por qué habría de aprobarlo?

—Por la obvia razón de que, si usted no lo aprueba, podría evitar que tomara el puesto.

Ella desvió la mirada, abrió su cartera, sacó un cigarrillo y antes de que le ofreciera el encendedor lo había prendido.

—No lo comprendo, Mr. Dawson. No tengo nada que hacer con los asuntos de

negocios de mi marido.

—Desde que usted sabe que soy el hombre llamado Douglas Sherrard, estoy deseando saber si intenta decírselo a su marido.

Vi como apretaba los puños.

—Yo no me meto en lo que no me importa, Mr. Dawson. Helen no significaba nada para mí. No tenía interés en sus amantes.

—Yo no era su amante. ¿Eso significa que usted no se lo va a decir?

—Sí.

Saqué la caja de la película de mi bolsillo.

—Usted querrá destruir esto.

Se volvió con rapidez. Su cara intensamente pálida.

—¿Qué quiere decir? ¿Por qué habría de querer destruirla?

—Si usted no lo hace, lo haré yo. Carlo me pidió que me deshiciera de ella, pero pensé que sería más satisfactorio para usted si usted misma lo hacía.

Aspiró profundamente.

—¿De manera que la maldita tomó otra película? —se puso de pie y comenzó a pasear por la habitación—. ¿Sabe lo que hay ahí dentro?

—Sí. Carlo me dijo que lo viera.

Se volvió, con la cara del color del marfil, pero se ingenió en sonreír.

—De manera que sabemos algo uno de otro, Mr. Dawson. Yo no lo traicionaré. ¿Qué hará usted con respecto a mí?

Volví a ofrecerle la película.

—Tendrá un problema para destruirla. No se quema con facilidad. Yo la cortaré en trocitos y la tiraré en el baño.

—Gracias. Le estoy muy agradecida. —Se sentó—. Mi marido me dijo que Carlo se declaró el asesino de Helen.

—Así es.

—Pero no es verdad. Él lo dijo para evitar que la policía siguiera investigando. ¿Supongo que usted imagina que éramos amantes? —me miró—. Quiero que sepa esto. Creo que yo era la única persona en el mundo a quien él trató decentemente. Nos conocimos en Nueva York cuando yo era cantante en *Palm Grove Club*. Lo conocí mucho antes que a mi marido. Sabía que era inculto, brutal y peligroso, pero tenía su lado bueno. Significó mucho para mí. Estaba loca por él. Le escribí cartas estúpidas que él conservó. ¿Recuerda que Menotti se desembarazó de Setti? Carlo me dijo que tendría que volver a Roma con Setti. Pensé que jamás lo vería otra vez. Sherwin Chalmers se enamoró de mí. Me casé con él porque estaba cansada de cantar en cabarets baratos y estar siempre corta de dinero. Lo lamento desde entonces, pero eso es asunto mío, y no interfiere en esto. —Sonrió con amargura—. Como dicen, el puesto hiede, pero la paga es buena. Soy una de esas personas inservibles y débiles

que no pueden ser felices si no tienen mucho dinero, de manera que por el momento mi marido es importante para *mí*. —Guardó silencio, luego dijo—. ¡Espero no provocar náuseas! A menudo me las provoco a *mí*.

No le respondí.

—Helen era amante de Menotti —continuó—. Carlo descubrió que era drogadicta. Le dijo a Setti que podía vengarse de Menotti a través de Helen. Setti lo envió de vuelta a Nueva York. Tontamente, no pude mantenerme alejada de él. Helen nos vio juntos. Cuando Carlo se aproximó a ella para proponerle traicionar a Menotti, ella estuvo de acuerdo. Fue al departamento de Carlo mientras estaban negociando el precio. No sé cómo lo hizo, pero se apoderó de cuatro cartas mías dirigidas a Carlo. Esto lo descubrimos mucho tiempo después. Por dos mil dólares dejó entrar a Carlo en el departamento de Menotti. Quiero que crea que yo no sabía nada de esto hasta que me encontré con Carlo, semanas más tarde, en la cima del acantilado donde Helen murió. Fue ella quien me lo dijo.

—No tiene por qué decirme todo eso, Mrs. Chalmers. Lo único que quiero saber es cómo murió Helen.

—No tiene sentido sin los detalles sucios —replicó—. Helen comenzó a extorsionarme. Me dijo que tenía cuatro cartas escritas por mí a Carlo y que si no le daba cien dólares por semana se lo diría a su padre. Yo podía darle cien dólares semanales, de manera que pagué. Estaba segura que Helen llevaba mala vida, y se me ocurrió que podría descubrir algo de ella para obligarla a devolverme las cartas. Cuando vino a Roma, pedí a una agencia investigadora que la vigilara y me informara. Cuando supe que había tomado una villa con el nombre de Mrs. Douglas Sherrard, y que iba a vivir allí con un hombre, decidí que era mi oportunidad. Proyecté venir, enfrentarla y amenazarla con decírselo a su padre si no me devolvía mis cartas. Le dije a mi marido que quería hacer unas compras en París. Él aborrece hacer compras, y, además estaba muy ocupado. Convino en encontrarse conmigo después. Fui a París, luego a Sorrento. Fui hasta la villa pero Helen no estaba. Mientras la aguardaba caminé hacia la cima del acantilado y me encontré con Carlo. Helen también debió haber estado allí oculta, con la cámara. Debe haber estado filmando nuestro encuentro. ¿Es eso lo que contiene la película?

—Hay una filmación de veinte segundos del encuentro de ustedes. Como esa toma está en los últimos pies de película, supongo que debe haber vuelto a la villa para poner un rollo nuevo, dejando el que ya estaba filmado en el buzón que está fuera de la villa, y debió haber subido otra vez al acantilado con la esperanza de sacar otras tomas.

—Sí, eso es lo que debe haber sucedido. Carlo oyó funcionar la máquina filmadora. Atrapó a Helen. Hubo una terrible escena. Ella me dijo que Carlo había matado a Menotti. Amenazó con referírselo a la policía. Dijo que había sacado tomas

de Setti en la terraza de la villa que está más abajo, y que él tendría que pagarle la película si no quería que se la diera a la policía. Parecía medio loca, gritando y desvariando. Carlo la golpeó en la cara. Estaba tratando de hacerla callar. La cámara se le cayó. Ella se volvió y comenzó a correr. Fue horrible. Siguió corriendo hasta que se cayó del acantilado. No se mató a propósito. Era que no sabía adonde iba. Estaba medio loca. Carlo no la mató. Tiene usted que creerlo.

Corrí los dedos por mi pelo.

—Sí, lo creo. Carlo sacó la película de la cámara y no se le ocurrió mirar en el buzón.

—No pensamos en el buzón. Cuando regresé a Nápoles no dejé de pensar en la posibilidad de que ella tuviera más películas en alguna parte. Cuando Carlo me llamó por teléfono más tarde, le dije que fuera a la villa y destruyera las películas que encontrara por si acaso había sacado más tomas. Creo que fue cuando usted estuvo allí. Él también fue al departamento de Helen. Encontró las cuatro cartas que ella había sustraído —las cartas que yo le escribí a él— y las destruyó. Quiero que crea que no tenía la menor idea de que Carlo estuviera tratando de incriminarlo a usted, Mr. Dawson. Quiero que crea eso. Carlo siempre fue bueno conmigo, pero sé que tenía una veta muy corrompida. No podía hacer nada contra eso. Era mi mala suerte estar enamorada de él.

Dejó de hablar y miró por la ventana. Hubo una larga pausa.

—Gracias por decirme todo esto —le dije—. Puedo comprender el problema que tenía. Sé cómo debe haberse sentido. Ella también me metió en un lío. —Me puse de pie—. Destruya esa película. No sé qué saldrá a luz en esa indagatoria. Su marido está tratando de arreglarlo. Conociéndolo, quizás lo logre. En cuanto a mí concierne, no tiene nada de qué preocuparse.

Chalmers logró silenciarlo. El veredicto fue homicidio intencionado contra Toni Amando, conocido como Carlo Manchini, con insuficiente evidencia para demostrar el motivo. Los periodistas habían sido advertidos para que no hicieran demasiadas preguntas. Carlotti estuvo suave y nada comprometedor.

No vi a June Chalmers mientras estuvo en Nápoles. Ella y Chalmers partieron tan pronto terminó la indagatoria y volvieron a Roma.

Yo me dirigí directamente a la oficina. Gina estaba allí sola.

—Ya ha terminado y estoy libre de culpa y cargo —le dije—. Vuelo a Nueva York el domingo.

Hizo un esfuerzo para sonreír.

—Es lo que quieres, ¿no es cierto? —preguntó.

—Es lo que quiero, siempre que no vaya solo —le respondí—. Quiero llevarme algo de Roma.

Sus ojos comenzaron a chispear.

—Algo ¿como qué? —preguntó.

—Algo que es joven, hermosa y lista. ¿Quieres venir conmigo?

Se puso de pie de un salto.

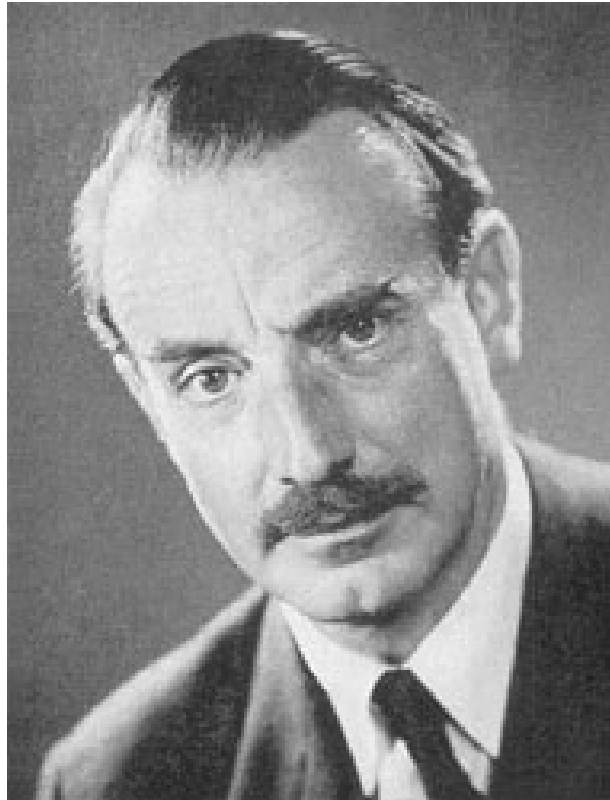
—¡Oh, sí... querido! ¡Sí... sí... sí...!

Estaba en mis brazos y la estaba besando cuando entró Maxwell.

—¡Vaya... sí que está bueno! ¿Por qué no se me ocurrió hacer eso? —preguntó con amargura.

Yo le hice un gesto con la mano indicando su oficina.

—¿No ves que estamos ocupados? —respondí acercándome más a Gina.



JAMES HADLEY CHASE nació en Londres en 1906. Está casado con Sylvia Ray. Estudió en Rochester y vivió durante un tiempo en Francia. Fue director de La revista de las Reales Fuerzas Aéreas. Ha escrito más de cincuenta novelas policiales, que lo han colocado a la cabeza de los escritores del género. Es para muchos críticos el «Maestro», tanto por su estilo como por su inventiva. Según un crítico francés de *La Revue* de París es uno de los pocos escritores de intriga que siempre está en condiciones de contestar inteligentemente la pregunta: ¿Qué ocurre después?